

PUNTO DE VISTA

AÑO XII 34
NUMERO 34
JUL/ 89
SEPT 89

₡500

REVISTA DE CULTURA

Capitalismo
Democracia

EL PSICOANALISIS
Y SU HISTORIA

BORGES

BIOY
CASARES

HEIDEGGER

Pluralismo
Y
Nación

SABATO / GUARIGLIA /
SARLO / VEZZETTI / BECEYRO /
GRAMUGLIO / PRIETO /
PRZEWORSKI / WALLERSTEIN

EN LOS MEJORES KIOSCOS



Y LIBRERIAS

PUNTO DE VISTA

puede adquirirse en:

Librerías del interior:

Río Cuarto: Librería Lema. Sobremonte 617.

Río Negro: Quimuhé Libros. España 1414. General Roca.

Córdoba: Rayuela. Colón 678.

Catamarca: Librería Raúl Achával. República 516.

San Luis: Librería Mediterráneo. Pringles 1018.

Uruguay:

Quiosco Salvador: Michelini y 18 de Julio - Paraguay y 18 de Julio (Montevideo).

Librería América Latina: 18 de Julio 2089 (Montevideo).



Punto de Vista - Revista de Cultura
Julio-septiembre 1989 - N° 34

Consejo de dirección

Carlos Altamirano
José Aricó
María Teresa Gramuglio
Juan Carlos Portantiero
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora

Beatriz Sarlo

Diagramación

Eugenio Tavelli

La Fundación Pablo Iglesias financió parcialmente este número de *Punto de Vista*

Suscripciones:

En la Argentina:

A 1.500 (un año)

En el exterior:

vía superficie: 25 dólares (6 números)

Vía aérea: 30 dólares.

Corrección:

Alejandra Diego

Composición y armado:

Arbol Alto

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina. Teléfono: 953-1581.

Impresión: Talleres Gráficos Litodar, Viel 1444, Buenos Aires, Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.

Editorial

Diffícilmente una publicación como *Punto de Vista* pueda presentar a sus lectores este número 34, correspondiente al mes de julio de 1989, sin comunicarles también preocupaciones suscitadas en el Consejo de Dirección por los cambios que se están produciendo en la Argentina.

No pretendemos abrir hoy un balance detallado del desastroso desenlace de la gestión radical ni, mucho menos, definir lo que ha comenzado a ser el gobierno del nuevo presidente y el perfil del conglomerado menemista: las transmuciones, deslizamientos, enmascaramientos, inclusiones y exclusiones han sido tantos y tan vertiginosos que un análisis escrito ahora corre el riesgo de la obsolescencia. El nuevo presidente ha sorprendido al país, empezando por dejar atónitos a sectores importantes de su propio partido, de lo que tradicionalmente se denomina su "columna vertebral", y a todos aquellos que pronostican una reedición más o menos actualizada del peronismo en la conocida versión histórica. La audacia (¿el aventurerismo?) del doctor Menem para componer su gabinete y recomponer su discurso anuncia tiempos nuevos y difíciles. El mismo lo ha declarado: los sacrificios han de ser durísimos.

¿Qué quiere decir esto, sobre todo si no se aclara al mismo tiempo quiénes padecerán mayormente esa dureza? De nuevo, el país está al borde de cambios que se anuncian fundamentales; la convocatoria, libre de toda epicidad, es a achicar el estado, reestructurar la economía y enfrentar las causas que han conducido a la actual situación. Para encarar esas tareas el doctor Menem ha llamado a figuras que, de acuerdo con las divisiones clásicas, podrían ubicarse fácilmente en la derecha. La "revolución productiva" propuesta por el candidato se ha permutado en una afirmación silenciosa de algo que evoca la "vía chilena al capitalismo". Pero, se sabe (y lo señala en este número el artículo de Przeworski y Wallerstein), la vía chilena incluyó no solo sacrificios muy grandes de los sectores asalariados sino también represión. Es probable que el doctor Menem confíe en un milagro argentino, que evite la represión incluida en el modelo implantado por Pinochet, pero quedará por verse si eso es posible. Mientras los economistas debaten sobre los aspectos técnicos de planes que (usando la jerga actual) cierran o no cierran, es decir mientras el debate se circunscribe a la dimensión técnica presente en una gestión económica cualquiera, la ciudadanía (estupefacta por la hiperinflación que devora a la política misma) puede descubrir que el contenido de su opción electoral, que los deseos y las esperanzas presentes en el voto que consagró a Menem no serán correspondidos por su acción de gobierno.

A esta altura de las definiciones parece clara la dirección que se imprimirá a esa acción. Más que de transformaciones y cambios se trata de consolidar procesos que vienen desarrollándose ya hace varios años en la Argentina: la polarización creciente de la sociedad, la legitimación de los mecanismos más salvajes de redistribución del ingreso, el fortalecimiento de sectores económicos cada vez más concentrados. Al convocar precisamente a los que han sobresalido en este proceso, a quienes han logrado de una u otra manera acumular poder en estos años de miserias colectivas, Menem no hace sino elegir un camino, que es el de la profundización de lo que nuestra sociedad viene sufriendo desde hace más de una década.

Y, mientras tanto, algo que parece una obviedad no entra

(a veces por obstáculos técnicos pero básicamente por razones políticas) en el debate público: *hay varios caminos y no uno sólo de reestructuración de la economía*. Como lo demuestran otras experiencias, la modernización, que siempre tiene costos no necesariamente en todos los países tiene que tener costos idénticos, ni necesariamente éstos deben recaer sobre los mismos sectores: la política es precisamente un espacio de discusión, acuerdo y conflicto donde dirimir estrategias y tácticas, incluidas las de la economía que no debe considerarse una dimensión transpolítica por compleja que sea, en su ámbito, la toma de decisiones. Por lo menos en una perspectiva de izquierda democrática, no habría esfera donde sea imposible una discusión de valores y, precisamente, además, de aquellos valores de justicia y equidad, de defensa de derechos humanos básicos que constituyen el amazón ideal de transformaciones profundas.

Y en este punto, otro interrogante. Si bien el doctor Menem dio a entender durante su campaña que creía llegado el momento de algo llamado por él "pacificación nacional", que concernía a los juicios de militares que violaron los derechos humanos dirigiendo la empresa de muerte y tortura iniciada en 1975, el nombramiento de su ministro de defensa es una señal bien elocuente de los términos en los que se traducirá esa "pacificación". No es necesario conjeturar mucho del jurista que, en 1983, consideró que la ley de amnistía, emitida por Bignone en el ocaso de la dictadura militar, tenía efectos irreversibles. El actual entendimiento de Menem con la máxima dirigencia de la derecha ucedeísta, que parece tener como base acuerdos sobre estrategia económica, con toda probabilidad incluye ideas sobre el futuro de los militares que violaron derechos humanos.

Se abre, también, un período de mutaciones en los dos grandes partidos. Menem quizás puede ser considerado como iniciador de una propuesta original de derecha populista: esto es, lugar de síntesis de los temas ideológicos de la derecha con las formas de interpelación política que lo hicieron el elegido de los pobres en las últimas elecciones. Hasta dónde esta síntesis sea posible, todavía hoy figura en el elenco de los interrogantes, así como el que concierne al destino de lo que se llamó renovación peronista. Desde la oposición, el radicalismo también proyecta lucha ideológica para los próximos meses, lucha cuyos temas se encarnan en el ex-presidente y en el ex-candidato a la presidencia. Los cambios en ambos partidos los enfrentan con conflictos de sentido e intereses respecto de sus clientelas tradicionales, cuya resolución parece difícil de prever.

Así las cosas, el campo cultural-ideológico necesitará de instrumentos independientes que puedan convertirse en espacios de discusión de alternativas y que, sobre todo, subsistan fuera de las dos grandes áreas de influencia que configuran el peronismo y el radicalismo. La cuestión de la cultura no será una cuestión menor si se considera que por sus debates y sus temas han pasado muchos de los nudos ideológicos e históricos significativos de la Argentina de este siglo. Y a los intelectuales de izquierda cabe la responsabilidad no sólo de la defensa de un espacio sino de los principios y valores que pueden fundar una sociedad democrática y más justa de lo que hoy dejan prever los proyectos políticos en curso.

Pluralismo y Nación

Hilda Sabato

—Somos Nación?— *nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cemento?*

—Argentinos?— *Hasta donde y desde cuando, bueno es darse cuenta de ello*". (D.F. Sarmiento: *Conflictos y armonías de razas en América*).

El debate sobre el pluralismo en la sociedad argentina contemporánea apenas comienza. Frente a los estragos causados por el autoritarismo en nuestra historia, sólo muy recientemente se ha comenzado a hablar de sociedad pluralista, de respeto por las diferencias, del valor de una heterogeneidad muy postergada en la cultura política e ideológica de nuestro país. El atractivo persistente de constelaciones ideológicas que disuelven en el ácido de supuestas esencias nacionales identidades de clase, de género, culturales en sentido amplio, impide la profundización de ese debate en la dirección que tal vez resulta más apasionante. Me refiero a la discusión acerca de pluralismo y nación.

Es esta una discusión que en buena parte del mundo occidental ha llevado en las últimas décadas a un replanteamiento global acerca de cómo debe construirse una sociedad democrática y pluralista, a partir de un cuestionamiento de las premisas mismas sobre las cuales se conformaron las naciones modernas. Una concepción hegemónica durante largas décadas en Occidente entendía que la creación de una identidad nacional que tendiera a disolver las identidades regionales, étnicas, sectoriales, era un paso indispensable en la construcción de las naciones. Aunque esa concepción no fue aceptada sin resistencias, a veces muy violentas, terminó por imponerse y fue bajo su signo que se constituyeron la mayor parte de las naciones en el siglo XIX. Más allá de manifestaciones aisladas de cuestionamiento a esos procesos, fue sólo en esa década revulsiva de 1960 cuando se desató un debate público en torno

a los mismos y a la concepción que estaba en la base de todos ellos.

Producto en buena medida de las luchas llevadas adelante por las minorías en los Estados Unidos y por las nacionalidades en países como España, este debate pone en cuestión la noción misma de *nación*. A partir de una crítica al modelo integracionista, que supone la disolución de las identidades previas como condición necesaria para la constitución de una nación, se abrió la posibilidad de pensar a la sociedad nacional de manera novedosa, concibiéndola como un mosaico plural y heterogéneo, como el resultado de la articulación de los diversos grupos que la integran, con sus identidades originarias y sus diferencias. En los Estados Unidos, esta perspectiva alimentó toda una corriente intelectual cuya "... crítica a la integración se mezclaba y con frecuencia se confundía con las críticas al prejuicio, la discriminación y la violencia..."¹, pues entendía que la imposición del modelo integracionista había ahogado las fuerzas de la diversidad, y toda posibilidad de construcción de una sociedad pluralista. La controversia acerca del proceso histórico de formación de la nación estaba pues en la base de una verdadera confrontación entre modelos diferentes de sociedad deseable.

En la Argentina, esta discusión ha estado ausente, y las reiteradas menciones al pluralismo no han alcanzado para poner en cuestión el proceso de constitución de nuestra nación desde esa perspectiva. Lo que sigue es un intento de iniciar un debate en esa dirección, tomando como punto de partida el tema de nación e inmigración. Es este un tema clave para abordar la cuestión del pluralismo: la *integración* de los

¹ Fred Wacker: "Liberalism, Ethnicity and American Social Science" en *Social History*, vol. 10, nº 3, 1985, p. 384.

millones de inmigrantes que llegaron a nuestro país fue una preocupación central de las clases dirigentes y del estado argentino durante largas décadas, en un proceso que estuvo marcado con toda fuerza por la concepción de nación hegemónica en el siglo XIX. Los resultados de los esfuerzos realizados en ese sentido no gozaron de la aprobación unánime de los contemporáneos, pero con el tiempo la noción de la Argentina como crisol de razas ganó terreno. Y no solamente se produjo toda una literatura de análisis social que enfatiza la historia de la integración de los inmigrantes a través de la disolución de sus identidades originarias, para conformar una amalgama original y diferente, sino que también esa es la versión más arraigada en el sentido común de los argentinos, que no sólo conciben que así fue efectivamente la historia de nuestra sociedad, sino que además la valoran positivamente.

No es ésta la única visión que existe sobre la cuestión, y recientemente un conjunto de trabajos dedicados a estudiar aspectos puntuales de la historia de los inmigrantes se ha orientado por carriles nuevos, contrastando de manera explícita y militante su enfoque con el que predominó anteriormente. Adoptando la perspectiva del llamado *pluralismo cultural* han resuelto dar batalla contra las versiones "clásicas" sintetizadas en la fórmula de la sociedad como *crisol de razas*.

Existe pues en este terreno específico algún material como para iniciar el debate. Revisar sus términos, sus alcances y limitaciones puede ser un buen punto de partida para provocar una discusión más amplia sobre *pluralismo y nación*.

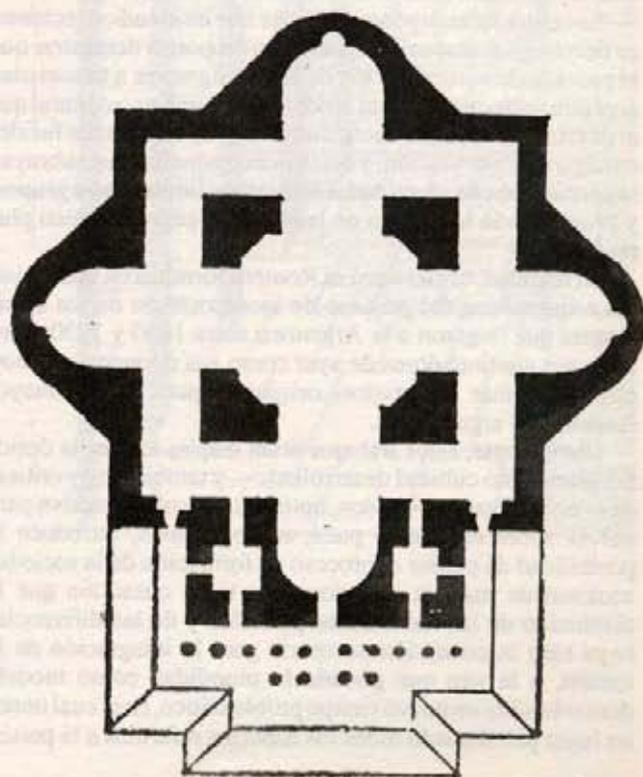
Un modelo de nación

Durante las primeras décadas de la gran inmigración, la élite política argentina confiaba en las bondades intrínsecas de la incorporación de europeos portadores de los valores de la civilización al cuerpo de la sociedad local, cuyos componentes nativos aparecían como decididamente incapaces de protagonizar el proceso de transformación que esa elite se proponía conducir desde el Estado. En la lucha que ella estaba dispuesta a librar contra las fuerzas del pasado y la tradición, los inmigrantes eran considerados actores principales, miembros privilegiados de una nación que se forjaría a partir de los ideales de libertad y progreso postulados desde arriba y supuestamente compartidos por los recién llegados. En esta etapa, los inmigrantes eran pensados, pues, como la materia prima de la nueva nacionalidad.

Sólo unas décadas más tarde, en los albores del nuevo siglo, cuando los inmigrantes sumaban cientos de miles y las transformaciones por las que atravesaba la sociedad resultaban a la vez que más espectaculares, más dramáticas y conflictivas que lo previsto por las élites dirigentes, se imponía una nueva concepción de nación. Agotado "...ese progresismo liberal que se proponía —utilizando entre otros instrumentos la inmigración masiva— construir una nación contra su pasado más bien que a partir de él"², fue surgiendo un nuevo nacionalismo, que priorizaba la cuestión nacional sobre cualquier coincidencia ideológica. Nacido como respuesta al desafío que representaban las caras oscuras del proceso de modernización, con su secuela de conflictos sociales y de marginalidad urbana, este nuevo nacionalismo era, sin embargo, "algo más que una receta de control social" y en un momento de agudi-

zación de las rivalidades interimperialistas en el mundo, reflejaba "la necesidad de una cohesión nacional más sólida para afrontar (ese) clima..."³. Para lograr esa cohesión, desde el Estado se instrumentaron medidas y pusieron en marcha distintos dispositivos cuyo fin era doble: por una parte, integrar; por la otra, segregar. Integrar lo asimilable, incorporar lo que se consideraba incorporable, a la vez que aislar a aquellos individuos o focos resistentes al orden que se imponía desde arriba. "En este registro, la nación se constituye como una maquinaria necesariamente autoritaria que integra a condición de segregar..."⁴. Los inmigrantes y sus descendientes estaban en el centro de las preocupaciones de una ideología que precisamente se proponía la "nacionalización compulsiva"⁵, la *argentinización*.

Más allá de los conflictos a que puede haber dado lugar la puesta en marcha de ese proyecto, más allá incluso de sus éxitos y sus fracasos, en el mediano plazo fue aceptado en términos generales por buena parte de la sociedad argentina, que además adoptó como valor positivo la noción de crisol de razas. De esta manera, las bases de ese diseño de sociedad no solamente no fueron puestas en cuestión en términos de valores, sino que tampoco se puso en duda cuál había sido el resultado efectivo de todo el proceso: se estaba frente a una sociedad que era un crisol. Las migraciones internas que se aceleraron a partir de 1930 y las que luego provinieron de los países vecinos de Latinoamérica no hicieron sino acentuar esa convicción: para quienes integraban las mayorías urbanas blancas, descendientes de los inmigrantes europeos, no cabía duda de que ellos formaban parte de una amalgama previa, definida ahora también merced a la diferencia, a la distancia racial y social que los separaba de las nuevas oleadas de inmigrantes.



² Tulio Halperín Donghi: "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador: el caso argentino (1810-1914)" en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, vol. 13, 1976, p. 482. También publicado en su libro *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

³ *Ibid.*, p. 480.

⁴ Oscar Terán: *José Ingenieros: Pensar la Nación*, Buenos Aires, Alianza Bolsillo, 1986, p. 48.

⁵ *Ibid.* p. 44.

Esta imagen del proceso de formación de la sociedad nacional de alguna manera fue confirmada en la década del 1960, cuando la etapa de la gran inmigración comenzó a estudiarse sistemáticamente. En el campo académico, los trabajos clásicos que sentaron las bases de esta visión son los de José Luis Romero y Gino Germani. Con la sugerente expresión de sociedad aluvial Romero caracterizó tempranamente el período de la gran inmigración cuando "...el aluvión inmigratorio incorporado a la sociedad criolla adquirió caracteres de conglomerado, esto es, de masa informe, no definida en las relaciones entre sus partes ni en los caracteres del conjunto"⁶, y enfatizó el proceso de cruzamiento entre masa inmigrante y masa criolla. Por su parte, y teniendo en cuenta la magnitud del impacto inmigratorio en este país, Germani descartó toda posibilidad de absorción de esos extranjeros en el cuerpo de la sociedad nativa, sosteniendo en cambio la hipótesis de la emergencia de una nueva estructura y un nuevo tipo social, producto sincrético de los diversos componentes nativos y extranjeros que se conjugaron en esa Argentina *crisol de razas*.

Estas hipótesis influyeron de manera decisiva en los trabajos posteriores de historiadores y científicos sociales. Inspirados por el paradigma integracionista que atravesó buena parte de la literatura social entre la segunda posguerra y 1970, en particular de la referida al proceso de modernización en los EEUU, los estudios sobre la Argentina buscaban también en las nociones de asimilación e integración las claves para explicar la historia. De esta manera, y aunque con un punto de partida diferente, se volvía a mirar al pasado atendiendo sobre todo a los fenómenos de hibridación y mezcla.

Es contra estas hipótesis básicas que en estudios recientes se despliega el arsenal de quienes se proponen demostrar que el proceso de incorporación de los inmigrantes a la sociedad argentina respondió más al modelo del pluralismo cultural que al de crisol de razas, es decir, cuestionando las ideas de fusión, amalgama e hibridación, y sosteniendo aquellas que subrayan la perduración de identidades étnicas, de límites entre grupos, y proponiendo la imagen de la sociedad como mosaico plural.⁸

En realidad, ni Germani ni Romero formularon una visión tan esquemática del proceso de incorporación de los inmigrantes que llegaron a la Argentina entre 1850 y 1930, pero tanto sus continuadores de ayer como sus oponentes de hoy eligen eliminar los matices originales para dar así mayor fuerza a sus argumentos.

Obviamente, estos trabajos están inspirados por la óptica del pluralismo cultural desarrollada —y también muy criticada— en los Estados Unidos, óptica que resulta atractiva para volver sobre el pasado pues, como dijimos, introduce la posibilidad de pensar el proceso de formación de la sociedad nacional de manera novedosa. En tanto cuestiona que la disolución de las identidades parciales y de las diferencias haya sido la condición necesaria para la integración de la nación, a la vez que postula la pluralidad como modelo deseable, abre un nuevo campo problemático, en el cual tienen un lugar privilegiado todos los aspectos referidos a la persis-

tencia de formas diversas de identidad y solidaridad grupal. Descubrir esas formas, mostrarlas, demostrar su vitalidad y su vigencia han sido pues objetivos centrales para historiadores y científicos sociales enrolados en esa corriente.

En el caso argentino, los trabajos que han adoptado este enfoque son, en un sentido, menos ambiciosos. En efecto, su preocupación central ha sido la de demostrar la persistencia de identidades étnicas en el proceso de incorporación de los inmigrantes a la sociedad nacional. Pero en otro plano, estos trabajos van un paso más allá, pues no se conforman con mirar la historia con esta nueva perspectiva, atendiendo a las cuestiones que ella permite poner de relieve, sino que sostienen que en nuestro país el resultado efectivo del proceso de formación nacional se ajustó más al modelo de mosaico plural que al de crisol de razas. Sin duda, en la demostración de este último punto quienes han adoptado esta perspectiva han sido menos exitosos que en la tarea de renovar los estudios sobre inmigración. En su entusiasmo por destacar la conservación de lo étnico, exploran solamente los aspectos que les permiten probar que esa dimensión existió, sin atender a aquellos que podrían marcar precisamente los límites de esa dimensión.

¿Existían fuerzas, mecanismos, procesos que contribuyeran a la integración de los inmigrantes a la sociedad argentina, tal como lo propone el paradigma del crisol de razas? Basta una rápida mirada a la literatura histórica sobre el período para permitirnos responder positivamente a la pregunta, pues tanto en el terreno material como en el simbólico, en muy variados campos aparecen indicios de la existencia de tendencias que apuntaban al proceso de asimilación. Los trabajos que se inscriben en el pluralismo cultural no dan, no pueden dar, cuenta de esas cuestiones. Quedan así muchos temas sin tratar, zonas enteras de la problemática migratoria que no encuentran espacio para plantearse desde este enfoque.⁹

He aquí los límites de una óptica que se propone como alternativa a la visión clásica y más arraigada fundada en el paradigma integracionista. En una y otra tres planos se superponen y confunden, pues en cada caso no solamente se trata de una manera a la vez de mirar el pasado y de interpretarlo, sino también de pensar el presente y el futuro en función de un modelo de sociedad deseable. En ese sentido, ambas visiones se plantean como excluyentes, y en esencia, optimistas: cada cual confirma que el proceso siguió el cauce que aparece como deseable, minimizando conflictos, resistencias, contradicciones. Atender a ellos sin duda lleva a poner en cuestión la posibilidad misma de pensar el problema en términos dicotómicos de la asimilación o no de los inmigrantes a la sociedad argentina.

Pluralismo sin esencias

Tal vez habría que plantearse el problema de manera diferente, pues, como ya señalara Germani, resulta por lo menos forzado hablar de "integración" o "asimilación" a una

⁶ José Luis Romero: *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1946, p. 175.

⁷ Ver esp. Gino Germani: *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

⁸ Buena parte de los artículos que publica la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos* pueden ubicarse en esta corriente. Un conjunto de estos artículos ha sido compilado por Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli en dos volúmenes: *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985 y *L'Italia nella Società Argentina*, Roma, Centro Studi Emigrazione, 1988.

⁹ Ver Hilda Sabato: "El pluralismo cultural en la Argentina: un balance crítico", Buenos Aires, 1988 (en prensa).

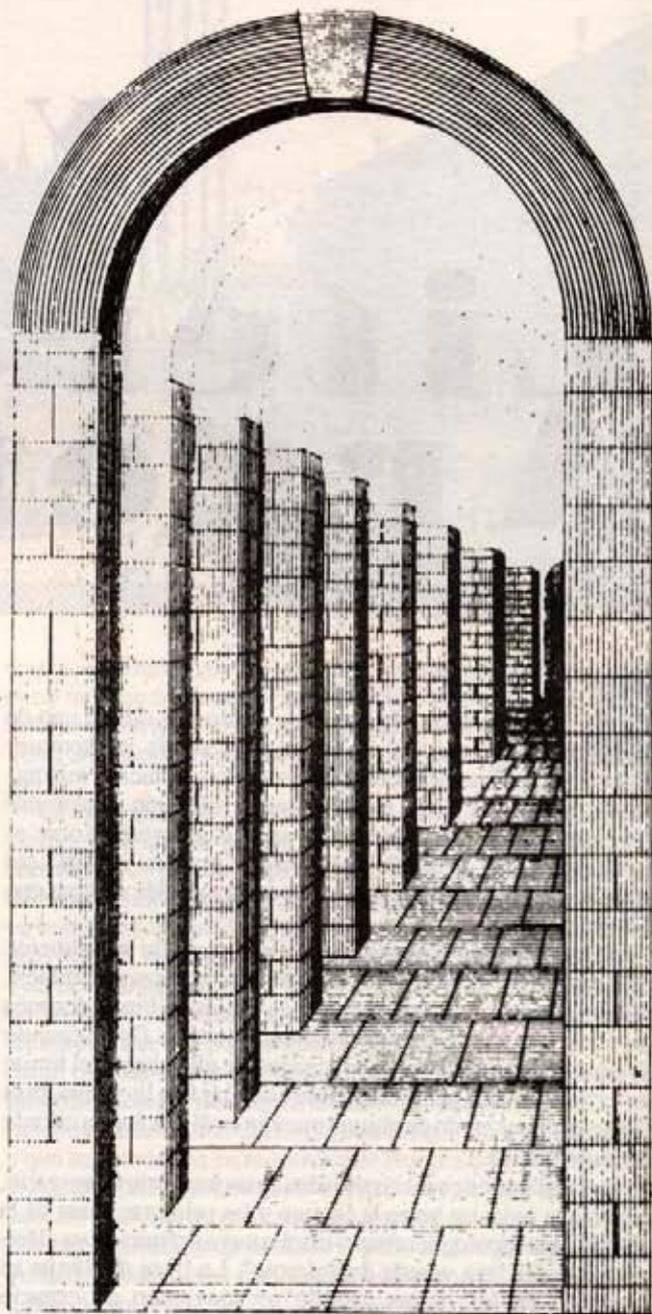
"sociedad argentina" para los inmigrantes que llegaron a este país hacia fines del siglo pasado y principios de éste. En efecto, es difícil concebir una "sociedad argentina" previa a la incorporación de los millones de inmigrantes que fueron parte principal de la profunda transformación que convirtió al territorio argentino en una nación. Más bien habría que pensar cómo se construyó una nueva sociedad en toda esta etapa, cómo se articularon los diversos sectores, los recién venidos de todas partes, inmigrantes europeos de diferentes orígenes, migrantes internos, los que eran locales pero que posiblemente también se sentían "extraños" en un mundo que cambiaba aceleradamente. Con esta perspectiva, habría que preguntarse entonces si existían fuerzas, mecanismos o procesos que favorecieran la disolución de las identidades originarias, como quiera que estas se definieran, y que alimentaran la constitución de nuevas identidades. Para ello, hay que mirar a la sociedad misma en su dinámica, pero también al Estado, pues en esta etapa desde el Estado se propusieron y pusieron en marcha mecanismos tendientes a promover, acelerar, incluso forjar ese proceso, con la convicción de que ese era el camino para forjar la nueva nacionalidad.

¿Por qué no concebir entonces el proceso de incorporación de inmigrantes como parte del proceso más amplio, muy conflictivo y contradictorio, de formación de la sociedad nacional, caracterizado por una tensión permanente entre los mecanismos de preservación de solidaridades, identidades, instituciones étnicas y sectoriales previas, y aquellos que tendían a disolverlas y a forjar otras nuevas? No se trata simplemente de postular el éxito de un modelo de nación impuesto desde arriba, desde el estado, sobre una sociedad inerte o indiferente, fracasada o derrotada, sino de explorar de qué manera y en qué dirección, en el seno de esa sociedad misma, en su vertiginosa transformación, se fueron produciendo los cambios.

Para hacerlo, tal vez sea necesario pensar de manera diferente la noción misma de sujeto y revisar el tema de la identidad, para atender a posibles procesos de ruptura y fragmentación. Descartar la idea de una identidad esencial, parece un paso indispensable para preguntarse no sólo por el conflicto y la convivencia de identidades que pueda haberse dado en cada individuo (sociales, culturales, de género) sino también de los que puedan haber aparecido en términos colectivos.

Pero sobre todo, será necesario pensar de manera diferente el proceso de formación de la nación. Porque tanto el enfoque integracionista como el pluralista abordan la historia de ese proceso a partir de concepciones previas muy fuertes de cómo debe ser una nación, concepciones que remiten a supuestas esencias y que actúan como referencias míticas. El proceso histórico no sería sino el despliegue en el tiempo de esas esencias: la nación como amalgama o la nación como mosaico son, por lo tanto, más que un resultado, un punto de partida.

De esta manera, la introducción del *pluralismo cultural* como enfoque para el tratamiento de nuestra historia, y en particular en el análisis de la inmigración, no ha alcanzado para desmitificar la noción de nación, ni para devolver a esa historia su carga de conflicto. Tareas que quedan pendientes para quienes aspiramos a la construcción de una sociedad laica, pluralista, donde el conflicto no se reprima ni aplaste en nombre de supuestas esencias compartidas.



BORGES

y la

Literatura Argentina

Beatriz Sarlo

Podría decirse que la literatura de Borges dibuja uno de los paradigmas (si no *el* paradigma) de la literatura argentina: una literatura construida (como la nación misma) en el cruce de la cultura europea con la inflexión rioplatense del castellano en el escenario de un país marginal. Sobre el modelo de "las orillas", que Borges inventa en sus tres primeros libros de poesía, hay que pensar también el lugar que Borges ocupa.

Borges libera a "las orillas" del estigma que socialmente acompañaba al compadrito, llamado en ocasiones, también, orillero. En lugar de considerar a las orillas un límite después del cual sólo puede saltarse al mundo rural de *Don Segundo Sombra*, Borges se detiene precisamente allí y hace del límite un territorio y una metáfora. Elige inscribir una literatura en el límite, reconociendo de alguna manera en él una forma cifrada de la Argentina.

Las orillas tienen las cualidades de un territorio imaginario, superficie indecisa entre la llanura y las primeras casas de la ciudad, una topología urbano-criolla cuya definición ya clásica es la calle "sin vereda de enfrente". La línea del límite se ensancha en las orillas cuando se convierten en espacio literario. Y, al mismo tiempo, se hace porosa. La escenografía de las orillas está horadada por baldíos y tapias con hornacinas, por la transparencia de las verjas y de los cercos de plantas, por patios desde donde la mirada escapa a la indeterminación del cielo. O, por lo menos, ésta es la construcción borgeana de un suburbio que ya desaparecía cuando escribe *Fervor de Buenos Aires*, *Cuaderno San Martín* y *Luna de enfrente*. A las orillas llegan "los carros del verano" y huelen a llanura; sus colores son también los que se usan allí donde las orillas terminan francamente en el campo. En las orillas, imperceptiblemente, la pulpería se transforma en almacén, la esquina rural en el cruce de dos calles. Borges escribe un mito para la ciudad que, en su opinión, andaba necesitándolos.

Desde un recuerdo de Buenos Aires, que casi no es suyo, opone a la ciudad moderna, esta ciudad estética sin centro, construida totalmente sobre la matriz de un margen. Lo que era evidente para sus contemporáneos, se vuelve invisible en la poesía de Borges durante los años veinte: Arlt o González Tuñón o Gironde no podían sino descubrir el movimiento de lo nuevo. Borges reconstruye aquello que probablemente no haya existido del todo y que, por eso mismo, se convierte en un soporte de la nostalgia. Las orillas amenazadas de la literatura están en cualquier parte de la ciudad, precisamente porque el margen que son no tiene centro. Una de sus formas, además del suburbio, es el barrio cuyo 'tono' experiencial y estético también fluye en un recurso al pasado:

"Alguna vez era una amistad este barrio,
un argumento de aversiones y afectos, como las otras cosas de
/amor;

apenas si persiste esa fe
en unos hechos distanciados que morirán:
en la milonga que de las Cinco Esquinas se acuerda,
en el patio como una firme rosa bajo las paredes crecientes,
en el despintado letrero que dice todavía *La Flor del Norte*,
en los varones de guitarra y envido del almacén,
en el recuerdo estacionario del ciego.
Este disperso amor es nuestro desanimado secreto.
Una cosa invisible está pereciendo del mundo,
un amor no más ancho que una música.
Se nos aparta el barrio,
los balconcitos retacones de mármol no nos enfrentan cielo.
Nuestro cariño se acobarda en desganos,
la estrella de aire de las Cinco Esquinas es otra".¹

¹ "Barrio Norte", de *Cuaderno San Martín*, en J.L.B., *Poemas* (1922-1943), Buenos Aires, Losada, 1943. Esta edición respeta, sin correcciones, la primera.



La naturaleza de las orillas se revela en el movimiento del paseante y, también, en el movimiento del lector que recorre de nuevo los rastros dejados por la literatura argentina que Borges reconoce en el siglo XIX: la poesía gauchesca. En uno de sus prólogos al *Martín Fierro*, Borges afirma: "Una función del arte es legar un ilusorio ayer a la memoria de los hombres"². Este ilusorio ayer es también, o quizás fundamentalmente, un lugar que, en toda su lectura del *Martín Fierro*, Borges disputa al campo, porque prefiere "esas calles largas que rebasan el horizonte y por las cuales el suburbio va empobreciéndose y desgarrándose tarde afuera"³.

Borges no podía sino interesarse por Carriego. Allí, de manera torpe si se quiere, estaba una materia que los escritores de su época consideraron marginal. Si, en la primera década de este siglo, el centro literario era Lugones y el modernismo, Carriego era precisamente el margen: un escritor que había tratado de ser modernista, para encontrar luego, en una decena de poemas sobre el suburbio, una forma atenuada del sentimentalismo que profetiza los tangos de Homero Manzi.

Carriego podía ser contrapuesto a Lugones, invirtiendo, con esta sola operación, todas las jerarquías estético-ideológicas que organizaban a la literatura argentina. La liquidación de Lugones fue una de las tareas donde Borges invirtió con más convicción su ironía crítica, desde los primeros textos de la década del veinte. *Evaristo Carriego* es un capítulo fundamental de esta militancia.

Por otra parte, Borges reconoce en él un pre-texto, en su sentido más literal. Carriego es el texto anterior a sus propios

textos; escribió lo que Borges no iba a escribir jamás pero que necesitaba como punto a partir del cual elaborar una teoría de la literatura argentina. *La canción del barrio* es un secreto Ur-Text, una hipótesis necesaria para la primera poesía de Borges.

La biografía que Borges escribe sobre Carriego es, obviamente, también un pre-texto.⁴ La historia de Palermo, que constituye el primer capítulo del libro, es un pretexto de historia, donde se traman algunas de las imágenes que Borges ya había trabajado con detalles en los que la única necesidad proviene de la poesía de Borges. El segundo capítulo, "Una vida de Evaristo Carriego", comienza exponiendo la paradoja de "que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero": es decir, que comienza afectando críticamente la idea misma de biografía. Luego, una lógica únicamente subjetiva hilvana los 'hechos' de la vida de Carriego, con los que Borges le atribuye y que se convierten en recuerdos de Borges. Los dos capítulos siguientes (en apariencia sobre *Misas herejes* y *La canción del barrio*) abundan en ocultas remisiones al primero y terminan con una definición de la materia poética de Carriego que, en verdad, puede leerse rectamente como una postulación borgeana de las orillas. El *Evaristo Carriego*, entonces, finge ser una biografía cuando en realidad se construye como un texto al que Borges pausadamente, y a lo largo de dos décadas, le fue agregando páginas llamadas complementarias, epígrafes, microrrelatos, cartas, que se relacionan de manera demasiado oblicua con su pretendido objeto.

Borges dijo que los relatos de *Historia universal de la*

² Jorge Luis Borges, *Prólogos con un prólogo de prólogos*, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1975, p.94. El texto citado es de 1962.

³ *Inquisiciones*, Buenos Aires, Proa, 1925, p. 58.

⁴ "La inocente biografía resulta un texto desapacible, insidioso", escribe Sylvia Molloy, *Las letras de Borges*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, p.27.

infamia habían sido los ejercicios de un tímido. También pertenece a un tímido esta biografía en la que tanto como construirse a Carriego se construye el personaje "Borges" y se diseña la topología imaginaria del suburbio, el límite entre la ciudad decente y la ciudad del compadrito, como uno de los espacios de su literatura. Más que la biografía que no fue, *Evaristo Carriego* es un tratado: el primer tomo de una enciclopedia sobre el Tlón suburbano que Borges inventa bajo la rúbrica de Buenos Aires. Y en este tomo no podía estar ausente, como en la enciclopedia de Tlón, una idea sobre el arte.

"En lo atafente a negar la existencia autónoma de las cosas visibles y palpables, fácil es avenirse a ello pensando: la Realidad es como esa imagen nuestra que surge en todos los espejos, simulacro que por nosotros existe, que con nosotros viene, gesticula y se va, pero en cuya busca basta ir, para dar siempre con él".⁵ Esta profesión de fe idealista, escrita por Borges cuando tenía poco más de veinte años, descansa sobre una metáfora que subraya la noción de simulacro. La literatura, especialmente, inventa esos espacios cuyo poder de convencimiento no está sino en la ilusión producida en el texto (que induce a lo que Borges gusta llamar, citando a Coleridge, "la suspensión de la duda"). "Carriego" y "las orillas" no son en este sentido simulacros de Buenos Aires o de un poeta menor, sino simulacros de lo que Borges escribe y, sobre todo, desde donde lo escribe. La realidad de ese personaje y ese espacio se funda, precisamente, en la invención.

Pero, ¿por qué Carriego y por qué "las orillas"? De este modo, Borges funda su literatura oponiéndose a dos puntos de resistencia. Muchas veces se ha dicho que los primeros libros de Borges, sus artículos de *Proa* y *Marín Fierro*, significan una ruptura con Lugones y el modernismo. Responden a la pregunta sobre cómo escribir después de y en contra de Lugones. Me parece un punto suficientemente claro y, en consecuencia, preferiría pasar al otro: creo que Borges también busca y propone una literatura diferente a *Don Segundo Sombra*.

Es cierto que jamás practicó con Güiraldes los juegos de guerrilla literaria que le inspiraba Lugones. Güiraldes estaba del lado de acá de las vanguardias del veinte, dirigió con Borges *Proa* y fue Borges uno de los destinatarios de sus reconocimientos abundantes a la misión renovadora que la juventud tenía en la literatura argentina.

Sin embargo, es posible hipotetizar que Borges se veía ciertamente alejado de la solución estética presentada en *Don Segundo Sombra*. El gauchismo de Güiraldes podía ser, para Borges, demasiado compacto. Cargado de pormenores camperos, abundante en descripciones de las tareas gauchas, respetuoso del costumbrismo, Güiraldes tiene que haber sido para Borges un novelista problemático.

En "El escritor argentino y la tradición", Borges hace una especie de defensa de *Don Segundo* que, a poco de ser leída con cuidado, siembra la duda:

"Los nacionalistas nos dicen que *Don Segundo Sombra* es el tipo de libro nacional; pero si comparamos *Don Segundo Sombra* con las obras de la tradición gauchesca, lo primero que notamos son las diferencias. *Don Segundo Sombra* abunda en metáforas de un tipo que nada tiene que ver con el habla de la campaña y sí con las metáforas de los cenáculos contemporáneos de Montmartre. En cuanto a la fábula, a la historia, es fácil comprobar en ella el influjo del *Kim* de Kipling, cuya acción está en la India y que fue escrito, a su vez, bajo el influjo

de *Huckleberry Finn* de Mark Twain, epopeya del Misisipi. Al hacer esta observación no quiero rebajar el valor de *Don Segundo Sombra*; al contrario, quiero hacer resaltar que para que nosotros tuviéramos ese libro fue necesario que Güiraldes recordara la técnica poética de los cenáculos franceses de su tiempo, y la obra de Kipling que había leído hacía muchos años; es decir, Kipling, y Mark Twain, y las metáforas de los poetas franceses fueron necesarios para este libro argentino, para este libro que no es menos argentino, lo repito por haber aceptado esas influencias".⁶

La defensa de *Don Segundo* es impecable, pero, precisamente por eso, me gustaría interrogarla en el marco del texto que la incluye. Borges, pocos párrafos más arriba, ha hecho su célebre afirmación sobre la ausencia de camellos en el *Corán*, ausencia provocada por la certidumbre que Mahoma experimentaba sobre su ser árabe. La ausencia de camellos, razona Borges exagerando hasta la paradoja la forma de su argumento, bastaría para probar la arabidad del *Corán*. El ejemplo le permite expresar su deseo de una literatura argentina discreta en su manejo del color local. Enseguida, pasa a criticar sus primeros libros que desbordaban, a su juicio, de cuchilleros, tapias y arrabales. Inmediatamente después viene la defensa transcrita de *Don Segundo*.

No es difícil pensarla como una contradicción. Pero preferiría considerarla como un argumento, que tiene mucho de argucia, en su polémica con el nacionalismo literario. Borges les arranca a los nacionalistas un texto, para demostrarles que ese texto, exhibido por ellos como realización de lo argentino, es precisamente una escritura de cruce cultural. La ironía presente en la frase "cenáculos contemporáneos de Montmartre", a los que Borges no era aficionado, es sólo una de las marcas que autoriza a pensar que, más que una defensa de *Don Segundo*, Borges toma a la novela también como pre-texto al utilizarla en una argumentación polémica respecto del nacionalismo. La elogia, pero las razones que anteceden y siguen tienden más bien a atenuar casi por completo su juicio.

Don Segundo es una novela demasiado evidentemente criolla para Borges. Las marcas localistas no serían prueba sino objeción respecto de su 'argentinidad', puesta tan de manifiesto como para despertar todas las sospechas. La abundancia y seguridad con que Güiraldes presenta el saber, la experiencia y el aprendizaje gauchos va en contra de lo que Borges considera cualidades básicamente argentinas: el pudor, la reticencia (que elogia en *La urna* de Enrique Banchs) están ausentes de la exhibición estilística y narrativa de Güiraldes. Hay demasiados caballos en *Don Segundo* para considerar seriamente su pretensión de texto nacional.

Borges prepara el camino para el resto de su argumentación y la conduce con habilidad a su núcleo ideológico-estético: "Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga [a la de los judíos y los irlandeses]; podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas".⁷

Precisamente esto es lo que Borges hace en su primer libro de relatos, *Historia universal de la infamia*, trabajando sobre materiales de segunda mano, versiones europeas de ficciones

⁵ "La encrucijada de Berkeley", *Inquisiciones*, cit., p. 120.

⁶ *Discusión*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 271.

⁷ *Ibid.*, p. 273. A partir de esta misma cita, Sylvia Molloy desarrolla el concepto de "lateralidad" de Borges en la cultura occidental.

orientales, vidas de bandidos norteamericanos, episodios casi insignificantes con piratas o falsos profetas. Dentro de la cultura occidental y sus versiones de Oriente, Borges va buscando historias marginales, ajenas a las grandes tradiciones literarias y que, en algunos casos, anuncian su gusto por el policial o subrayan su respeto por el relato de aventuras. Sus fuentes son libros menores o poco conocidos (excepto *Vida en el Misipi* de Mark Twain) en los que entra con la libertad de un marginal que se sabe trabajando en los márgenes.

Elige temas tan evidentemente exóticos que sería muy difícil considerar seriamente el problema de su exotismo respecto del mundo rioplatense. Y además, estos temas atraviesan un proceso de acriollamiento verbal que anuncia, con premeditación, el último relato del libro y primer cuento de compadres de Borges, "Hombre de la esquina rosada" (que a su vez es reescritura de "Hombres pelearon", un brevísimo

de milagros y exótica. Y luego, operando como lectores trágicamente activos, piensan el plan de actuar ese texto en la estancia, crucificando al hombre que se los ha comunicado.

La emoción de los Gutres nace, entonces, no del parecido sino de la diferencia. Parábola siniestra del poder de la lectura, enseña de todas formas cuáles son, según Borges, las fuerzas de la imaginación para la que el cruce cultural es un espacio imprescindible.

"Funes el memorioso" podría ser entendido como puesta en escena ficcional de lo que sucede cuando el discurso se produce prescindiendo de la mezcla. Funes puede recordar infinitamente pero es incapaz, afirma Borges, de pensar: "Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos". La literatura es, precisamente, una de las prácticas simbólicas que rompe esa inmediatez ligada a la memoria,



La distancia, afirmaría Borges, concebida como desplazamiento geográfico, cultural, poético, y ejercida como derecho de latinoamericanos, no sólo hace posible la ficción, sino que funda el placer del lector. También *Don Segundo Sombra* es el sustento de una ironía con la que Borges, varias décadas después, en 1970, vuelve a ficcionalizar esta proposición teórica. En una estancia del partido de Junín, a fines de los años veinte, un hombre de Buenos Aires comparte el aislamiento de una inundación con una familia de peones:

"En toda la casa no había otros libros que una serie de la revista *La Chacra*, un manual de veterinaria, un ejemplar de lujo del Tabaré, una *Historia del Shorthorn en la Argentina*, unos cuantos relatos eróticos o policiales y una novela reciente: *Don Segundo Sombra*. Espinosa, para distraer de algún modo la sobremesa inevitable, leyó un par de capítulos a los Gutres, que eran analfabetos. Desgraciadamente, el capataz había sido tropero y no le podían importar las andanzas de otro. Dijo que ese trabajo era liviano, que llevaban siempre un carguero con todo lo que se precisa y que, de no haber sido tropero, no habría llegado nunca hasta la Laguna de Gómez, hasta el Bragado y hasta los campos de los Núñez, en Chacabuco"⁸.

Lo que Borges hace con el episodio de la lectura de *Don Segundo* a los peones es, finalmente, afirmar la libertad o, más bien, la necesidad de la mezcla cultural. Los Gutres, del cuento "El Evangelio según Marcos", no encuentran placer en la lectura de la novela de Güiraldes, porque no pueden percibir en ella ninguna diferencia. El Evangelio que después les lee Espinosa, en cambio, los fascina por la historia a la vez llena

la percepción y la repetición. La literatura trabaja con lo heterogéneo, corta, pega, salta, mezcla: operaciones que Funes no puede realizar con sus percepciones ni, por lo tanto, con sus recuerdos.

El destino de Irineo Funes, habitante como Borges de "un pobre arrabal sudamericano", es quedar preso de la materia de su experiencia. Encerrado en un mundo donde no hay categorías sino percepciones, Funes puede proponerse sólo tareas imposibles: las del arte clasificatorio, muchas veces ironizadas por Borges, por ejemplo en "El idioma analítico de John Wilkins".

Funes, por otra parte, es una parábola acerca de las posibilidades e imposibilidades de la representación. Cuento filosófico sobre teoría literaria: esta sería una de sus posibles lecturas. Porque Funes lleva hasta el límite los problemas de la representación de la experiencia y el recuerdo de la experiencia en el discurso. Funes está cautivado por lo que Borges llamaría el azar desprolijo de la representación realista. Su situación es desesperada: el tiempo de lo narrado y el tiempo de la narración coinciden en su discurso de manera perfecta: "Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero"⁹. Funes ignora las elipsis y no puede cortar el continuum del tiempo recordado para organizarlo en la línea artificiosa del relato.

Sin duda, Borges se planteó el problema de cómo escribir en la Argentina y no sólo de cómo escribir. Sintió la atracción

⁸ "El Evangelio según Marcos", en *El informe de Brodie*, O. C., p. 1069-70.

⁹ "Funes el memorioso", O. C., p. 486.

y el límite de un destino sudamericano y los dramatizó en cuentos tan iguales en sus diferencias, como "El sur" e "Historia del guerrero y la cautiva". En ambos, el mundo criollo o indio toma una revancha sobre el espacio urbano y letrado. En ambos, Dahlmann y la cautiva son reconquistados por la fascinación que ejerce sobre ellos la dimensión simbólica de lo primitivo. Dahlmann, el bibliotecario que busca en el sur algo más que la recuperación de su salud, acepta el incomprendible duelo criollo que le exige un desconocido, pensando que esa forma impuesta de la muerte era, de todas las formas, la que hubiera elegido. La cautiva inglesa elige volver a la toltería, arrebatada, escribe Borges, por "un ímpetu secreto, un ímpetu más hondo que la razón".¹⁰

La literatura trabaja con la materia de este ímpetu. Lo real y la historia imprimen una resistencia en la ficción, que se construye como un movimiento de separación respecto de ellos. Ahora bien, para que esa separación sea pensable, Borges repite la necesidad del principio de diferencia: la muerte de Dahlmann es significativa no sólo porque remata un destino de duelo criollo bajo el cielo de la llanura (peripezia que comenzó a escribirse en *Martín Fierro*), sino porque es un bibliotecario y nieto de un pastor protestante europeo, el hombre en quien ese destino se cumple.

Dahlmann, dice Borges, cultivaba un "criollismo algo voluntario, pero nunca ostentoso", propio de un hombre de ciudad, lector de las *Mil y una noches*, ajeno a la dimensión arcaica (y quizás producida por el delirio) del pobre almacén de llanura adonde llega para recibir el mandato de un duelo. La relización de esta heterogeneidad (verdadero oximoron, como lo es la 'india-de ojos azules-cautiva-inglesa') es no sólo el doble origen de Dahlmann, nieto por vía materna de un jefe de la infantería de frontera, sino la cultura argentina misma.

La mezcla es, al mismo tiempo, indispensable y problemática. Borges está muy lejos de las apacibles soluciones sintéticas que harían de la Argentina el espacio de la fusión cultural. Por el contrario, toda su literatura está atravesada por el sentimiento de la *nostalgia*, porque se coloca en el límite entre dos mundos, en una línea tenue que los separa y los junta, pero que por su existencia misma marca la inseguridad de las relaciones. En este sentido, la literatura de Borges es de frontera entre Europa y América, marca distancias y transformaciones, del mismo modo que la inscripción de una escritura separa los espacios de la página de los espacios de la vida.¹¹

No se puede sentir nostalgia sino de aquello que se ha perdido, real o ilusoriamente. Borges perdió el saber de sus antepasados criollos y también, como argentino, ha perdido una forma de Europa. Si pudo entrar y salir de ambos mundos es también a costa de una relativa separación respecto de ellos. Esta es la libertad de los latinoamericanos (dirá Borges) pero construida sobre la conciencia de una falta. Leer toda la literatura en Buenos Aires, escribir a partir de algunos de esos textos, será una experiencia incomparable con la del escritor que lee desde el territorio seguro de una patria que puede recordar como propia una tradición cultural.

Esta encrucijada en que se producen los textos de la literatura argentina podría plantearse, en términos teóricos, con la paradoja de Pierre Menard. La ironía genera en "Pierre Menard, autor del Quijote" un estatuto ambivalente que, de todas formas, es el que Borges prefiere para su discurso. El relato tiene un carácter crítico que se ejerce sobre el mismo 'conocimiento' que produce.

"No quería componer otro Quijote —lo cual es fácil— sino *el Quijote*. Inútil agregar que no encaró nunca una transcripción mecánica del original; no se proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidirían —palabra por palabra y línea por línea— con las de Miguel de Cervantes".¹² Sobre los capítulos del Quijote que Menard logró escribir antes de su muerte, Borges afirma que "son infinitamente más ricos" que los de Cervantes, aunque, al mismo tiempo, son idénticos. ¿En qué se funda el plus contenido en esta paradoja?

Sin duda en que la atribución a Menard de los capítulos del Quijote enriquece a través del desplazamiento y el anacronismo el texto de Cervantes. Se destruye, por un lado, la idea de identidad fija de un texto; por el otro, la idea de autor; finalmente, la de escritura original. Con el método de Menard no existen las escrituras originales así como también queda afectada la propiedad sobre una obra. El sentido se construye en un espacio de frontera entre el tiempo de la escritura y el del relato, entre el tiempo de la escritura y el de la lectura. La enunciación modifica al enunciado.

No hay posibilidad, dice Menard o dice Borges, de que un texto resulte igual a su doble o a su transcripción exacta. Todos los textos son, desde este punto de vista, absolutamente originales, lo cual equivale a afirmar que ninguno puede aspirar a esta cualidad distintiva. Fascinado por las traducciones (que son otra modalidad de la transcripción, quizás más ardua y, en el límite, imposible), Borges ya había descubierto que "Presuponer que toda recombinación de elementos es obligatoriamente inferior a su original, es presuponer que el borrador 9 es obligatoriamente inferior al borrador H —ya que no puede haber sino borradores. El concepto de *texto definitivo* no corresponde sino a la religión o al cansancio".¹³

La literatura se compone de versiones. La paradoja de Pierre Menard pone en escena el proceso de la escritura llevándolo al límite del absurdo y la imposibilidad, pero haciéndolo, al mismo tiempo, visible. Esto, desde el margen geográfico cultural del Río de la Plata propone un nuevo tipo de colocación para el escritor y la literatura argentina, cuyas operaciones de mezcla, de libre elección sin "devociones" (para repetir la palabra que usa Borges) no tienen que respetar el orden de prelación jerárquica atribuido a los originales.

Durante décadas, en la Argentina, se aprendió con Borges una relación nueva y diferente con la literatura. Para ser literal: con Borges, la literatura argentina se reorganiza por completo, desde la tradición gauchesca a la ficcionalización de la teoría del intertexto antes que ésta apareciera en los manuales de crítica. Durante años, Borges también fue un lugar común de escritores y lectores argentinos, traducidas sus obras a una especie de lengua franca donde era posible mezclar las peripezias de sus relatos con las anécdotas que él inventaba para los mass-media o los repotajes le atribuían. Demostrar que en sus textos el problema de la literatura argentina es una cuestión central parece un esfuerzo casi innecesario, desaparecidas o atenuadas las olas de nacionalismo que lo denunciaron. Es, sin embargo, una de las formas posibles de releerlo hoy, cuando Borges parece herido por la fama previa a su muerte y por la sombra inmóvil de una gloria póstuma.

¹⁰ "Historia del guerrero y la cautiva", en *El Aleph*, O.C., p. 260.

¹¹ La frase pertenece a Edward Said, *Beginnings*, Nueva York, Columbia University Press, 1986, p. 237.

¹² "Pierre Menard, autor del Quijote", en *Ficciones*, O. C., p. 446.

¹³ "Las versiones homéricas", en *Discusión*, O. C., p. 239.

Bioy, Borges y Sur

María Teresa Gramuglio

I. Estrategias de escritor

Entre 1940 y 1977, Bioy Casares y Borges escribieron y publicaron juntos cuentos, traducciones, guiones cinematográficos, crónicas paródicas, antologías, una casinovela y hasta algún folleto de propaganda¹. Usaron primero el seudónimo Honorio Bustos Domecq, luego B. Suárez Lynch y finalmente sus propios nombres. En los dos últimos libros el nombre del autor ficticio que había sido el primer seudónimo aparece incorporado al título de las ficciones, y los nombres de los dos escritores figuran en la tapa como nombre de autor. Los desplazamientos de nombres y de seudónimos, sumados al caso de una escritura hecha entre dos, podrían abrir un trabajo sobre la distinción y las relaciones entre las instancias de autor, escritor y narrador; sobre los usos del nombre y del seudónimo; sobre la cuestión de la firma; sobre originalidad y propiedad en la escritura y otros temas afines. Aunque

este conjunto de cuestiones resultaría quizá el más adecuado a las preferencias actuales de la crítica, voy a interrogar una zona lateral y en buena parte anterior a esa práctica entre dos: la red de textos personales que obran como un fondo de intelección y un trabajo preparatorio tanto para aquellos que Bioy y Borges escribieron juntos, como para algunas de las ficciones que pertenecen a la producción individual de cada uno. Y ello porque creo que, como si allí empezara el verdadero trabajo de colaboración, en esa trama es posible leer las huellas de un conversado juego de réplicas que revela algo más que un diálogo intertextual². Un juego en que los dos jugadores, escondidos como los del truco en "el ruido criollo del diálogo", diseñan estrategias de escritor que proveen la apoyatura para los propios proyectos literarios, y en el cual, bajo la forma de un duelo (también criollo) disputan espacios y primacías, y dirimen, con fintas, con picardías, y también con ferocidad, cuestiones de poética y de política acerca de la literatura nacional.

Diálogo entonces, y también duelos, en los que *Sur* ocupa un lugar privilegiado como contexto de enunciación: allí se publicó la mayor parte de esos primeros textos laterales que exhiben sus huellas, y algunas de las primeras ficciones de Borges que resultaron de ellos. También allí se publicaron las primeras ficciones que Bioy y Borges escribieron juntos, las cuales, como espero ir mostrando en estas notas, tienen más vínculos de los que habitualmente se señalan con los motivos iniciales inscriptos en estos textos primeros.

El tramo inicial de la red está formado por las reseñas que Borges escribió sobre dos libros de Bioy anteriores a *La invención de Morel* (esos libros de cuyo nombre Bioy dice que ni quiere acordarse). La primera es sobre *La estatua casera*³. En ella, Borges procede a una descalificación de la literatura

¹ Las obras de ficción son: *Seis problemas para don Isidro Parodi* (con el seudónimo H. Bustos Domecq), Sur, Buenos Aires, 1942. *Dos fantasías memorables* (con el seudónimo H. Bustos Domecq), Oportet y Haereses, Buenos Aires, 1946. *Un modelo para la muerte* (con el seudónimo B. Suárez Lynch), Oportet y Haereses, Buenos Aires, 1946. Y con sus propios nombres, *Los orilleros. El paraíso de los creyentes*, Losada, Buenos Aires, 1955. *Crónicas de Bustos Domecq*, Losada, Buenos Aires, 1967. *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, Librería La Ciudad, Buenos Aires, 1977. Todas se han reeditado en el volumen de *Obras completas en colaboración* de Jorge Luis Borges, Emecé (hay varias ediciones).

² Suzanne Jill Levine ha analizado buena parte de los textos que se mencionan en este trabajo, exclusivamente desde el punto de vista de las relaciones intertextuales. Véase su "Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, la utopía como texto", en *Revista Iberoamericana*, N° 100-101, julio-diciembre de 1977.

³ *Sur*, N° 18, marzo de 1936.

Diálogos y Duelos

fantástica y proclama su casi inexistencia. Empieza diciendo: "Sospecho que un examen general de la literatura fantástica revelaría que es muy poco fantástica". A la postulación del fantástico que Bioy hacía en su libro, Borges opone los "modos de Chesterton", esto es, del policial. Del libro que está comentando, Borges elogia, como vuelto hacia sus propios proyectos iniciales, no lo fantástico, sino lo criollista y aun lo autobiográfico. Paradójicamente, también elogia cierta forma de realismo⁴. Sin embargo, y ahí está lo paradójico, termina con una afirmación que emparenta a Bioy con el fantástico: "Que yo sepa, nadie resiente como Bioy la inestabilidad de la vida, sus muchas grietas de entresueño y de muerte".

Muy poco después, Borges escribe la reseña de *Luis Greve, muerto*⁵. Los argumentos de la primera parecen en ésta darse vuelta. Primero, porque Borges, que había criticado antes la incoherencia de Bioy, critica ahora como equivocados a aquellos lectores que suponen incoherencia en Bioy, casi admitiendo haber sido él mismo uno de ellos. Y segundo, porque vincula el cuidado artificio de los relatos de Bioy con la literatura fantástica, a partir de lo cual procede a una verdadera vindicación del fantástico como un género que, por su rigor constructivo, puede oponerse a la narración realista por entonces predominante en la Argentina, y aun a la variante psicológica, representada en *Sur* por Mallea⁶. Escribe: "... 'Cómo perdí la vista' y 'Luis Greve, muerto' pueden o no agradar, pero su rigor y su lucidez, su premeditación y su arquitectura, son indudables. Se trata de dos cuentos fantásticos". Y añade: "Nuestra literatura es muy pobre en cuentos fantásticos. La facundia y la pereza criolla prefieren la informe *tranche de vie* o la mera acumulación de incoherencias. De ahí lo inusual de la obra de Bioy Casares"⁷. Más allá de la visible corrección del argumento inicial, creo que es lícito leer esta reseña en términos de estrategias de escritor, esto es, de construcción de espacios y alianzas para la propia escritura, cuando ella cuestiona la norma y propone un nuevo valor. Como si Borges dijera: hay, en la literatura argentina, un casillero vacío; es el del fantástico. Y él y Bioy Casares procederán a llenarlo: en 1940 publican, uno, "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" (en *Sur*), y el otro, *La invención de Morel*⁸.

El diálogo y los duelos continúan en la red de textos primeros: Borges escribe el prólogo de *La invención de Morel*, donde vuelve a polemizar con la novela psicológica, tanto por lo que estima su carácter informe como por su pretensión de

realismo, esto es, por escamotear su naturaleza de artificio verbal. A estas novelas, Borges opone la honestidad de la novela de aventuras, que no se propone como transcripción de la realidad, sino que admite de entrada su índole artificiosa y ficticia. Y les opone también el rigor de las tramas policiales y fantásticas. Según Borges, *La invención de Morel* combina, justamente, rasgos de estos tres géneros: el relato de aventuras, el policial y el fantástico. Sobre todo por este último, afirma, *La invención...* "traslada a nuestras tierras y a nuestro idioma un género nuevo". Es decir, lo mismo que él, Borges, había prescrito para la literatura argentina en su reseña de 1936, lo mismo que pone en marcha con "Tlön..." y con otros cuentos que escribe por esa época. Visto a la luz de estos textos laterales, el giro que se observa en la producción narrativa de Borges con las ficciones que empieza a escribir en los años cuarenta, parece estar muy ligado al diálogo con Bioy; su lectura de las ficciones de Bioy toma las formas de un uso estratégico y se inscribe, a su vez, en esa red textual donde se imprimen las huellas del duelo interno y de polémicas que, hacia afuera, recorren todo el campo literario.

A esa red pertenece la reseña de Bioy sobre *Jardín de senderos que se bifurcan*⁹, publicada en *Sur* en 1942, cuando él y Borges ya habían escrito juntos *Seis problemas para don Isidro Parodi*. La reseña refuerza los argumentos de preceptiva que Borges había prodigado en *Sur*, y elogia en los cuentos la postulación de una escritura autorreflexiva y de construcción rigurosa. Con menos jerga y más elegancia, Bioy dice que *Jardín...* "crea y satisface la necesidad de una literatura de la literatura y del pensamiento". Como *La invención...* para Borges, *Jardín*, para Bioy, logra modificar la narrativa: inicia un género nuevo, o, "por lo menos", atenúa, "lo renueva y amplía". Queda claro que es la novedad de los procedimientos y la facultad de producir un cambio en las convenciones lo que sustenta, otra vez, el valor.

En su reseña de *La estatua casera*, Borges había puesto en duda, como vimos, la existencia del fantástico; terminó por reconocerla en la de *Luis Greve, muerto*. Ahora, como retrucando, Bioy funde en un pasaje su reticencia, y, al mismo tiempo, su reconocimiento hacia el policial. Escribe: "Tal vez el género policial no haya producido un solo libro. Pero ha producido un ideal de invención, de rigor... para los argumentos. Destacar la importancia de la construcción: éste es quizá el significado del género en la historia de la literatura". Una profesión de fe formalista, en la línea de los ensayos de Borges en *Sur*.

Hasta aquí, las huellas del diálogo y del duelo entre los dos. Pero a continuación la reseña de Bioy se abre hacia afuera, a otra polémica, ya no contra el realismo, sino contra el nacionalismo, o, más precisamente, contra esa forma de nacionalismo literario (al cual Bioy no vacila en llamar *fascismo*), que afirma que una obra, para ser representativa de lo nacional, debe abundar en localismos; que proclama la mayor felicidad y bondad de la gente del campo sobre la de las ciudades; que pregona las superioridades de la ignorancia sobre la educación; y, finalmente, que venera la pampa y el folklore. En estas líneas se desliza una finta del duelo, en la cual el mismo Borges queda tocado: ¿cómo no recordar "La pampa y el suburbio son dioses", ese título de los años veinte que incurre en una de las formas de la veneración? Bioy no se detiene en esto, y concluye este tramo polémico con dos afirmaciones desafiantes. La primera, implica un cuestionamiento del pasado: "Nuestra mejor tradición, sostiene, es un país futuro". La

⁴ "Su voluntaria y cuidadosa incoherencia me impresiona menos que sus ocasionales desahogos autobiográficos, que su nihilismo criollo"; "Entiendo que en 'La vida múltiple de Juan Ruteno' los capítulos mejores son asimismo los que se parecen más a la realidad. Verbigracia: la evocación del verano denigrante de Buenos Aires". *Ibid.*, p. 86.

⁵ *Sur*, N° 39, diciembre de 1937.

⁶ John King señala que Borges, Bioy, Silvina Ocampo y Bianco van formando, hacia 1940, un subgrupo que constituye una alternativa estética en el interior de la revista. Véase *Sur. A study of the Argentine Literary Journal and its Role in the Development of a Culture. 1931-1970*. Cambridge University Press, 1986.

⁷ Estas reseñas se vinculan con los artículos de preceptiva literaria que Borges publicó desde la década del 30, también en *Sur*, algunos de los cuales fueron recogidos en *Discusión*. Al respecto, véase B. Sarlo, "Borges en *Sur*: un episodio del formalismo criollo", en *Punto de Vista*, año V, N° 16.

⁸ La crítica ha señalado que la primera de las reseñas que he comentado aquí contiene el programa narrativo de "Tlön..." y una alusión a *Plan de evasión*, que a su vez se prefigura en "Tlön...". Véase S. J. Levine, cit., y E. Rodríguez Monegal, cit. pp. 305-6.

⁹ *Sur*, N° 92, mayo de 1942.

segunda, que nuestra literatura es toda la literatura del mundo, y lo escribe así: "Podemos ser ecuanimes y lógicos: un pasado breve no permite una gran acumulación de errores que después habrá que defender. Podemos prescindir de cierto provincialismo de que adolecen algunos europeos. Es natural que para un francés la literatura sea la literatura francesa. Para un argentino, es natural que sea toda la buena literatura del mundo". En medio de la polémica, de nuevo el diálogo entre los dos, en la forma del eco anticipado de lo que Borges dirá por esos años en "El escritor argentino y la tradición"¹⁰. Con respecto a sus libros de los años veinte, dirá lo siguiente: "Durante muchos años, en libros ahora felizmente olvidados, traté de redactar el sabor, la esencia de los barrios extremos de Buenos Aires; naturalmente abundé en palabras locales, no prescindí de palabras como cuchilleros, milonga, tapia y otras, y escribí así aquellos olvidables y olvidados libros"; y, con respecto a la tradición literaria argentina: "Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esa tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental. (...) Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga [a la de los judíos y los irlandeses]; podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas".

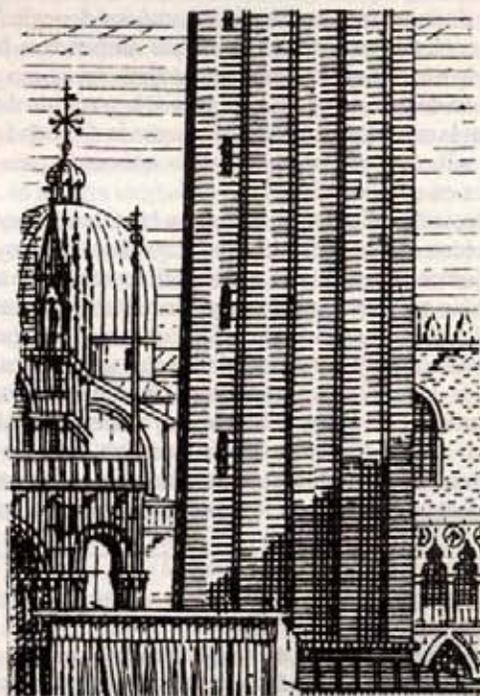
Resumo, entonces, este tramo de la red textual: Borges escribe sobre Bioy; Bioy escribe sobre Borges; discuten el policial y el fantástico; diseñan estrategias, llegan a una alianza y escriben el policial y el fantástico canónicos de la literatura argentina; polemizan con el realismo y el psicologismo; polemizan entre sí y con los otros sobre el nacionalismo literario, esto último, proclamándose auténticamente nacionalistas y reclamando para sí el derecho de fundar un nuevo nacionalismo, menos estrecho y proyectado hacia el futuro, hacia una literatura que vendrá, hacia una tradición sin supersticiones que se sienten autorizados a construir. En la red, las huellas del diálogo amistoso, el de la "conversada charla porteña", pero también del duelo entre ambos por lugares y prioridades. Y en la inflexión final, en nueva alianza, enfrentan juntos, como Martín Fierro y Cruz, a la partida policial: libran su pelea heterodoxa por lo nacional en la literatura argentina. Amistad y desafíos, diálogos y duelos, felicidades y ferocidades de la gauchesca, todo un paradigma de criollismo imprimiendo sus motivos en la estrategia literaria de los dos escritores.

Por otro lado, la red de textos se inserta en una serie de hechos literarios que a su vez incorporan otros textos. Bioy y Borges, junto con Silvina Ocampo, publican en 1940 la *Antología de la literatura fantástica*; en 1943, la selección de *Los mejores cuentos policiales*, en cuya solapa hacían una nueva vindicación del policial como "el género literario de nuestro tiempo"; finalmente, empiezan a dirigir la colección *Séptimo círculo* para Emecé. Estos hechos literarios (si es que todavía es posible hablar de hechos cuando se habla de literatura, si es que todavía es posible sostener que vale la pena organizarlos con algún sentido) forman parte del vasto operativo que Bioy y Borges realizan, alrededor de los años cuarenta, para crear condiciones de recepción para sus propios textos, los que

escriben por separado y también los que, a partir de entonces, escriben juntos. La red de textos y de hechos literarios funciona como una suerte de manifiesto disperso, en tanto va lanzando una poética que disputa el espacio a las ya existentes y aceptadas, y, sobre todo, porque en el mismo movimiento inscribe argumentos estéticos e ideológicos en torno a la pregunta que desde el Centenario se ha tomado obsesiva: cómo escribir la literatura nacional.

II. Bromas literarias y crítica política: el otro duelo

Desde este fondo polémico constituido por la trama de textos y de hechos literarios que participa de la doble naturaleza del manifiesto y de las estrategias de escritor, es decir, desde este contexto, pueden ser releídas las ficciones que Bioy y Borges escribieron juntos a partir de los años cuarenta. De nuevo *Sur* aparece como el lugar de enunciación de la novedad, y funcionando como banco de pruebas: dos de los cuentos de *Seis problemas para don Isidro Parodi* aparecieron primero en la revista, y la primera edición del libro fue publicada en 1942 por la editorial. En estos cuentos, Bioy y Borges, que, como traté de mostrar, habían realizado una verdadera ofensiva militante por el policial, colocan el género, de modo ostensible y paradójico, bajo el signo de la parodia. No es difícil conjeturar que la recepción poco exitosa que los cuentos tuvieron se debió a la exasperación de procedimientos paródicos en la escritura, un desvío inesperado que provocó en los lectores efectos de sorpresa, de perplejidad y aun de escándalo. Si hay que creer en las versiones que ambos han elaborado al respecto, parece que los *Seis problemas...* no gustaban a nadie, hasta el punto que no fueron casi comentados. Bioy cuenta que Borges solía bromear al respecto, diciendo que "sobre Bustos no hay nada escrito", y que en *Sur*, lejos de ser recibidos con entusiasmo, "se resignaron a publicarlos"¹¹.



¹⁰ Borges incorporó este ensayo a *Discusión*, en ediciones posteriores a la primera, que es de 1932. Fue publicado en *Sur* en el N° 232, enero/febrero de 1955. Proviene de una conferencia, probablemente de principios de los años 40, porque dice: "hará un año escribí una historia que se llama 'La muerte y la brújula'..."

¹¹ Véase Danubio Torres Fierro, *Memoria plural*, Sudamericana, Bs. As. 1986, p.p. 38-41. También Napoleón Murat, "Entretiens avec J.L.B.", en *L'Herne*, Paris, 1964, pp. 371-387.

La desconfianza que estos cuentos generaron tuvo mucho que ver con el seudónimo, el nombre estaba formado con apellidos tomados de las respectivas historias familiares: Domecq, un antepasado de Bioy, y Bustos, un antepasado de Borges; este último proporcionaba algún indicio para la identificación, ya que había provisto antes el seudónimo con que Borges firmó algunas de sus colaboraciones en *Crítica*. Si por un lado esta elección repetía el gesto frecuente de utilizar seudónimos para escribir relatos policiales (como hizo también, por ejemplo, Rodolfo Walsh, que usó el seudónimo Daniel Hernández, y después lo convirtió en el nombre de su personaje-detective) se podría pensar, además, que la renuncia a los nombres propios tiene algo que ver, más allá de la broma, con la idea de un borrado de la figura de autor, ya que esto se conecta estrechamente con las ideas de Borges sobre el carácter fortuito de la condición de autor, y con su cuestionamiento de las certidumbres sobre la originalidad y la propiedad privada de la escritura. Así, las nociones habituales de autoría y propiedad quedarían minadas en estos textos, no sólo porque se trata de una escritura entre dos, sino también por la utilización del seudónimo. Toda esta cuestión podría llevarnos a inferencias bien agudas, incluidas las referidas a ese otro, ese "tercer hombre" (o nombre) engendrado por la escritura entre dos¹², pero en el interior de estas notas me parece más pertinente detenerme a señalar que la elección de esos nombres provenientes del pasado familiar puede ser vista como un juego irónico con el tópico del linaje —tópico que es central en la construcción de imágenes de escritor, y muy especialmente en la literatura argentina. Pero si la parodia implica inversión, su exasperación invita a postular una inversión de la inversión: ¿estamos frente a una ironía sobre el tópico del linaje, o frente a una elección que, al exhibir nombres tomados del linaje familiar, refuerza la legitimidad social y autoriza a escribir el policial argentino, ese género bastardo que carece de linaje?

Las ficciones que Bioy y Borges escribieron juntos han generado su propia leyenda, en la que el duelo se pone en escena de manera sinuosa, casi como su denegación. Con pareja cortesía, en las versiones que ambos han fabricado acerca de ese trabajo en común, se adjudican el uno al otro la condición de maestro y asumen para sí la posición discipular, declaran la superioridad del otro, niegan la rivalidad y coinciden en subrayar el carácter festivo que tenía para ellos la escritura en colaboración¹³.

La decisión editorial de incluir en las *Obras completas* de Borges (en colaboración) los libros que Bioy y Borges escribieron juntos —cualquiera sea el pacto comercial o amistoso que la hizo posible— es el índice elocuente del desenlace de uno de los aspectos del duelo¹⁴. Si se observan los nombres de los colaboradores y la índole de los libros, se advierte que Bioy —además de ser el único colaborador masculino— es el único que escribió con Borges libros que pertenecen al género narrativo y que cultivan la ficción paródica. En ese volumen, estos libros forman un corpus respetable que ocupa más de cuatrocientas páginas. Las fechas de publicación se extienden

por más de treinta años, otro rasgo que las diferencia notoriamente del resto, en que la colaboración tiende a ser puntual, restringida a un período más breve y por lo general a un único libro (como si se tratara de amores cambiantes de Borges; Borges, que admiraba a Chesterton, hubiera usado este dato para discurrir sobre las diferencias entre el amor, que no necesita tiempo, y la amistad, que es larga). Si a estas diferencias se añade la evidencia del lugar también diferente que Bioy ocupa como escritor con respecto a las otras colaboradoras, se podría postular que la mencionada decisión editorial adquiere los aires de una expropiación; o, para decirlo con un término más afín al léxico borgiano, de una usurpación. El hecho ha sido aceptado con naturalidad, y a nadie se le ha ocurrido —que yo sepa— que esos libros bien podrían figurar también en un volumen de *Obras completas* de Bioy Casares (en colaboración): la usurpación aceptada puede ser considerada como un indicador más del lugar soberano que Borges ocupa en la literatura argentina.

Seis problemas... es un texto sobresaturado de todos aquellos procedimientos que, como la parodia, trabajan con referencia a otro discurso: la alusión, la cita, el pastiche, la estilización, etc. Con todos aquellos realiza una sátira que se ejerce, implacable, sobre distintos sectores sociales y culturales. La proliferación de estos procedimientos es tan barroca, que en muchos pasajes resulta difícil deslindar unos de otros, pues se suceden sin respiro en un mismo párrafo y aun en una misma frase. Tampoco es posible asignarles en bloque un efecto idéntico y uniforme, ya que su uso no siempre implica la descalificación del discurso referido. La cita, por ejemplo, puede tener funciones diferentes, de acuerdo con un sistema de valores implícito que se explicita en indicios textuales que apelan a la complicidad (y a la competencia) del lector. En "Las noches de Goliadkin", Gervasio Montenegro cuenta a Parodi su viaje en el tren del crimen, y en medio de su relato aparecen estas frases: "Un rayo de sol cayó sobre el campo. Bajo el benéfico derroche solar, los postes, los alambrados, los cardos, lloraron de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano. Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas...". Las frases son una cita oculta de *Don Segundo Sombra*, y están precedidas de una efusión acerca de "un lejano anticipo de la pampa, que habló a mi alma de argentino y de artista". Incrustadas en el discurso de un personaje descalificado como Gervasio Montenegro —escritor nacionalista, miembro de la Academia de Letras y dueño de un prostíbulo en Avellaneda—, quedan sometidas a la erosión de la parodia, que las convierte en signos ridículos de afectación literaria. Al mismo tiempo, el texto del que proviene la cita, *Don Segundo Sombra*, queda también alcanzado por la parodia, exhibido como solución rechazada de lo que se supone que debe ser la literatura nacional.¹⁵

¹² Véase R. Christ, entrevista a J.L.B., citada por E. Rodríguez Mogal, cit.

¹³ Véanse los testimonios de Borges y de Bioy citados por Emir Rodríguez Monegal en *Borges, una biografía literaria*, FCE, México, 1987, pp. 217, 264-65, 327-334.

¹⁴ Jorge Luis Borges, *Obras completas* en colaboración, reza la portadilla de Emecé. Los colaboradores van apareciendo por orden alfabético, por lo cual Bioy ocupa el primer lugar. Justicia alfabética.

¹⁵ La relación sinuosa de Borges con Güiraldes y con *Don Segundo Sombra* puede seguirse en varios textos, desde los ensayos de *El tamaño de mi esperanza* hasta el poema "Ricardo Güiraldes", pasando por "El escritor argentino y la tradición". *Don Segundo Sombra* prodiga los signos de la vida gaucha en un relato trabajado con procedimientos simbolistas y modernistas. Esta solución para escribir la literatura argentina fue comentada por Borges en varios ensayos. En *Seis problemas...* recibe la implacable descalificación que he señalado; más adelante, en un pasaje que participa de la hipérbole y del disparate, se refuerza la refutación: "... premedita una severa gauchización de las *Soledades* de Góngora, a las que dotará de bebederos y de jagüeles, de cojinillos y de nutrias".

Otra cita, también oculta, se encuentra al final de "Las previsiones de Sangiacomo", y pertenece al *Quijote*: "Allá se lo haya cada uno con su pecado. No es bien que los hombres honrados sean verdugos de otros hombres". La garantía de adhesión al sentido de la frase reside en la voz del emisor, Parodi, uno de los pocos lugares de estabilidad y de verdad en un texto tan inestable y acerbado de supercherías. Pero además, la prueba intertextual confirma el uso no paródico, en este caso, de la cita. Este pasaje del *Quijote* es un motivo que reaparece en otros lugares de la escritura de Borges: se alude a él en "Pierre Ménard, autor del Quijote"; se lo cita en "Nuestro pobre individualismo", y allí, justamente, como un rasgo positivo de la idiosincrasia argentina: aquél que certifica que el argentino, "para quien la amistad es una pasión y la policía una maffia", no se identifica con el Estado, aquél que hizo que Cruz no consintiera en que se matara a un valiente y se pusiera a pelear junto al desertor Martín Fierro contra la partida policial. Tales son los indicios de que en este caso la cita, ligada como está al sistema de valores implícito con que trabaja *Seis problemas...*, no tiene un efecto paródico, sino que, por el contrario, leída en sentido recto, autoriza el discurso de Parodi y legitima su decisión de no denunciar al culpable.

La proliferación barroca de procedimientos de discurso doble recubre a *Seis problemas...* con el emblema de la máscara. Hay máscara de los autores, que recurren al seudónimo; hay máscara de los personajes, que remiten a otros personajes, muchas veces habitantes del mundo de la literatura; hay máscara y mascarada en las tramas, plagadas de disfrazados, de falsos militares, falsos sacerdotes, falsos mendigos; hay escenas que transcurren en Carnaval; hay bromas, engaños y ceremonias falsas; las tramas suelen ser, a su vez, algo "tramado", que convierte a la peripecia en una representación teatral de dramas preconcebidos. La máscara trastorna permanentemente las oposiciones falso/verdadero, apariencia/realidad, y genera nuevas inversiones: el presunto asesino resulta ser la víctima ("La víctima de Tadeo Limardo"), el que parece ser el perseguidor resulta ser el perseguido ("La prolongada búsqueda de Tai-An"). El colmo de la inversión es la figura misma de Parodi: el detective es un preso¹⁶; con ello, se alcanza la parodia extrema del policía clásico, aquél cuyos pilares son Dupin y Sherlock Holmes, los razonadores que resuelven los crímenes apelando a la pura inteligencia, aquél que Bioy y Borges privilegiaban en sus colecciones y antologías. Y la invención de Parodi no se salva de ser, a su vez, materia para la sátira: en el prólogo —escrito por Gervasio Montenegro— se dice que esta "trouville" es una proeza argentina, realizada, conviene proclamarlo, bajo la presidencia del Dr. Castillo, ridiculizando esos ridículos discursos triunfalistas de un nacionalismo gritón que los argentinos hemos aprendido a conocer muy bien.

Isidro Parodi, el detective encarcelado, ceba mate, interminablemente, en un jarrito celeste, un leit-motiv criollista que resulta algo así como el equivalente autóctono del opio de Holmes. Parodi es un criollo viejo, y quizá debido a ello su voz, en medio de tanto carnaval textual, resulta, junto con la del narrador, una de las pocas voces autorizadas. Sin embargo,

tampoco queda a salvo de la ironía: "El penado de la celda 273, don Isidro Parodi, recibió con algún desgano a su visitante. 'Otro compadrito que viene a fastidiar', pensó. No sospechaba que veinte años atrás, antes de ascender a criollo viejo, él se expresaba del mismo modo, arrastrando las eses y prodigando ademanes". La ascesis carcelaria —y quizá habría que detenerse a considerar el tema de una razón encarcelada como otro índice de la crítica política— ha permitido a Parodi ese "ascenso" a una criolledad respetable, pero en otra vuelta de tuerca de los juegos irónicos, su prisión injusta se narra como un resultado típico de la "política criolla", fraguada entre comisarias y comités.

La autoridad de la voz de Parodi y su lugar de verdad quedan claramente establecidos en los desenlaces, cuando resuelve los enigmas y descubre a los culpables. Su confiabilidad con respecto al sistema de valores se confirma en el diálogo final con el chino Fang-She (a quien Parodi llama, como en traducción fonética, "don Pancho"). Allí, en ese cierre del texto, cuando hablan Parodi y Fang-She, no se acaba el humor pero sí la parodia:

"—Esta es mi historia. Usted puede entregarme a las autoridades.

"—Por mí, puede esperar sentado —dijo Parodi—. La gente de ahora no hace más que pedir que el gobierno le arregle todo. Ande usted pobre, y el gobierno tiene que darle un empleo; sufra un atraso en la salud, y el gobierno tiene que atenderlo en el hospital; deba una muerte, y en vez de expiarla por su cuenta, pida al gobierno que lo castigue. Usted dirá que yo no soy quién para hablar así, porque el estado me mantiene. Pero yo sigo creyendo, señor, que el hombre tiene que bastarse.

"—Yo también lo creo, señor Parodi —dijo pausadamente Fang-She—. Muchos hombres están muriendo ahora en el mundo para defender esa creencia".

Fecha en 1942, en plena guerra europea, este final reclama ser leído en su dimensión política, y se inscribe en la prédica contra los autoritarismos —comunismo, nazismo, fascismo— que *Sur* venía realizando desde la década del treinta¹⁷. Creo, además, que la crítica al nacionalismo literario, aunque trabajada en forma paródica y entreverada con otros registros que abarcan prácticamente todo el espectro de respuestas del campo literario nacional —representado por una fauna desopilante de escritores (hispanófilos, vanguardistas, periodistas, académicos, profesores, etc.) que abarrotan los cuentos, se integra también a esa dimensión. Si por un lado el lazo estaba ya insinuado en la reseña de Bioy sobre *Jardín...*, el fondo textual conformado en *Sur*, los ataques del nacionalismo católico a la revista y el creciente avance de la derecha pro-fascista que culminaría en el golpe del 43, son datos que orientan decididamente lo que parece chiste privado y broma literaria en una clara dirección política. ¿O acaso no se hace política cuando se hace crítica cultural?

La prédica de *Sur* puede verse no sólo como el fondo textual, sino también como el lugar de configuración de la matriz ideológica y del sistema de valores compartidos desde el cual las ficciones que Bioy y Borges escribieron juntos leerán los acontecimientos de la política nacional. De modo que en *Un modelo para la muerte*, que se presenta nuevamente, ya desde su mismo título, como parodia del policial, la crítica a los avances del nacionalismo y al golpe militar del 43 halla un referente, pese a su cada vez más delirante acumulación de recursos satíricos, en aquella matriz que *Sur* enunciaba

¹⁶ Umberto Eco señala otra inversión vinculada con esta inversión: "En lugar de la solución (desde fuera) de un delito cometido en una cámara cerrada, aquí tenemos la solución, desde una cámara cerrada, de una serie de delitos cometidos desde el exterior". Véase "La abducción en Uqbar", en *De los espejos y otros ensayos*, Lumen, Bs. As., 1988.

¹⁷ Véase mi artículo "Sur en la década del treinta: una revista política" en *Punto de vista*, año IX, N° 28, noviembre de 1986.

en otro registro y con otras voces, con el tono de lo serio y la forma ensayística. En *Un modelo para la muerte* el clero, los militares y el nacionalismo son los blancos favoritos de la sátira política. Del clero, aparecen representantes que apoyan el golpe militar y se mezclan con estafadores y prostitutas; de los militares, se prodigan ironías acerca de su "renuncia a los rigores castrenses" para llevar "una vida de sacrificio en el propio timón de la cosa pública"; de los nacionalistas, se destaca la invención de una "Asociación Aborígenista Argentina" (formada por irlandeses, italianos, judíos y alemanes que adoptan seudónimos indígenas), cuyas siglas A.A.A., quizá hoy parezcan proféticas¹⁸.

Como último nudo para este tramo de las ficciones que Bioy y Borges escribieron juntos, no es inadecuado tomar "La fiesta del monstruo", escrito en 1947¹⁹. Por la exasperada acumulación de los procedimientos, de los motivos y de los temas ideológicos ya presentes en las ficciones anteriores, se puede postular que constituye una culminación natural de la crítica política que Bioy y Borges practicaron en ellas, exasperada ahora por la presión a que se vio sometida la fracción del campo intelectual a que pertenecían con la presencia del peronismo en el poder y, sobre todo, de los peronistas en las calles²⁰. Ello es por cierto así, pero la acumulación es tan excesiva, que lo cuantitativo deviene cualitativo, y "La fiesta del monstruo" se convierte en el texto anómalo y monstruoso del tramo. No hay en él, como en las demás ficciones, un narrador que cede la palabra a otras voces, ni, por lo tanto, voces diferentes, ni discursos contrapuestos, ni diálogos, ni cartas, y la voz del que narra ocupa, monóticamente, toda la superficie de texto. El que cuenta es, para el sistema de valores implícito, un otro absoluto: un peronista que va a Plaza de Mayo a escuchar otro discurso, "la palabra del Monstruo", que también ocupa, monóticamente, "todo el país". El relato arma su escena textual y representa la escena política con un monologismo total, autoritario y represivo, que cancela el dialogismo propio de los procedimientos de discurso doble y adopta el registro de un humor negro, siniestro. La máxima proximidad del monólogo en primera persona se convierte en la máxima distancia. Aunque hay citas, burlas y parodias de discursos sociales (un abigarrado "diccionario de lugares comunes", formado con clichés y barbarismos de los discursos periodísticos y literarios, del habla popular y de la jerga burocrática, de los slogans militares y políticos) todos ellos quedan absorbidos en la voz monológica, que puede verse como el equivalente exacto de la condena —moral, política, también absoluta y monológica— de los disvalores que el discurso del otro exhibe.

"La fiesta del monstruo" lleva un epígrafe de "La refalosa"

¹⁸ El excelente y exhaustivo análisis de estos textos que realizó Andrés Avellaneda en *El habla de la ideología* (Sudamericana, Bs. As., 1983) me exime de abundar en este aspecto. Mi lectura difiere de la suya en cuanto a la emergencia y el alcance de lo que se debe leer como sátira política en ellos; a su vez, él difiere de Mc Adam ("El espejo y la mentira, dos cuentos de Borges y Bioy Casares", *Revista Iberoamericana*, N° 75, año 1971). Parece que cada vez vemos lo político emergiendo más temprano en estos textos, y abarcando zonas cada vez más amplias. De paso, me gustaría sugerir que la "marchita" a que se alude en *Un modelo para la muerte* quizá no sea, como cree Avellaneda, una referencia anacrónica a la marcha peronista, sino a otra, anterior, que glorificaba el golpe militar del 43. En un pasaje decía: "Cuatro de junio/ olímpico episodio de la historia". Algunos memoriosos la recuerdan.

¹⁹ Fue publicado en *Marcha*, Uruguay, en 1955, y luego en *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, en 1977.

²⁰ Véase A. Avellaneda, cit., p. 88.

de Ascasubi y es, por más de una razón, su reescritura²¹. Como en la amenaza de "La refalosa" (o como en "El matadero" de Echeverría), el grupo de manifestantes peronistas que va a plaza de Mayo mata a un "hombre de letras", un otro para el otro que habla. La víctima unitaria de los mazorqueros es reemplazada ahora por un judío, desplazando la oposición política hacia lo racial, con lo que se quiere señalar, más allá de la posible referencia a un hecho real, el antisemitismo del peronismo y, en consecuencia, su afinidad con el nazismo. Otra vez el contexto de *Sur* puede ser invocado como el más inmediato de los que operan en la escritura política de las ficciones que Bioy y Borges escribieron juntos, ya que la dicotomía civilización/barbarie y la asimilación del peronismo a los totalitarismos europeos fueron las claves ideológicas —anacrónicas y anatópicas— con que *Sur* leyó el peronismo.

De ese nudo arrancan otras dos ficciones, una escrita por Bioy y la otra por Borges, en las que se bifurcan y reparten aspectos de la visión del peronismo que se había construido en "La fiesta...": la asimilación con el rosismo marcada por el epígrafe, y el carácter de farsa y mascarada que el título y el desarrollo todo del relato le asignan. En 1952 Bioy escribió "Homenaje a Francisco Almeyra", que fue publicado en *Sur* en 1954. La historia de un poeta unitario, exiliado en Montevideo, que al volver a Buenos Aires es degollado por los mazorqueros, funciona, en el contexto de *Sur*, como otra "refalosa", esto es, como una alegoría de la suerte de los intelectuales bajo el régimen peronista. Una nota al pie ("Francisco Almeyra es un personaje de ficción"), el exilio en el Uruguay, las noticias y rumores sobre alzamientos para derrocar a Rosas, las referencias literarias, la repetición de la frase "tenemos Rosas para siempre" son, entre otras, las claves, exigidas por la censura, de una escritura política con alusiones que podemos suponer transparentes para los lectores de la época.

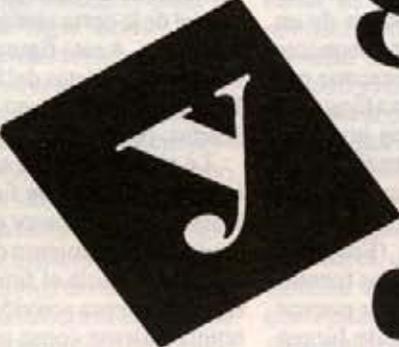
Si "Homenaje..." trabaja sobre la fórmula peronismo=rosismo, en "El simulacro", el texto de Borges, se recupera la otra dimensión visible en "La fiesta del monstruo", la de lo festivo, convertido en ritual incomprensible y broma macabra. "El simulacro" toma otro hecho multitudinario del peronismo, pero ya no la plaza, sino el velorio de Evita, y narra su repetición a la vez solemne y grotesca, en medio de los rancheríos, con una muñeca rubia en una caja de cartón. La fuerza simbólica que hechos de este tipo tuvieron (y aún tienen) para los sectores más populares del peronismo, es percibida críticamente como una "fúnebre farsa", que contiene "la cifra perfecta de una época irreal".

Con estas ficciones es posible cerrar un recorrido parcial por algunos tramos de la red textual que exhibe las huellas de diálogos y duelos, de proyectos literarios y de polémicas estéticas, de debates ideológicos y de posiciones políticas que hacen a un sistema de valores compartidos. La crítica cultural continuará, en otro momento y en otro género, en la sátira de las neovanguardias que alimenta las zonas más regocijantes de las *Crónicas de Bustos Domecq*. No obstante su carácter parcial, creo que desde esta perspectiva, es decir, desde este recorrido que va de las estrategias de escritor a la crítica cultural y política, se puede articular una lectura de los textos que Bioy y Borges escribieron juntos.

²¹ La lectura de "La refalosa" que hace Josefina Ludmer es singularmente iluminadora para hacer una lectura de "La fiesta del monstruo". De hecho, ella titula ese punto "La primera fiesta del monstruo". Véase su *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Sudamericana, Bs. As., 1988, pp. 169-178.

²² En *El Hacedor*, O.C., Emecé, Bs. As., 1977. Véase también "L'Illusion Comique", en *Sur*, N° 237, 1955.

Heidegger



el fascismo

Oswaldo Guariglia*

1 El 31 de mayo de 1976 en su número 23 la revista *Der Spiegel* de la R. Federal Alemana publicó un reportaje realizado a Martín Heidegger por su director, R. Augstein, y otro periodista en 1966. Ateniéndose puntualmente a la voluntad del filósofo, el reportaje no fue publicado hasta después de su muerte, acaecida una semana antes. En esa comunicación póstuma dirigida a una gran audiencia, la imagen que él transmitió seguía fielmente la elaborada por él mismo veinte años atrás, cuando el comité de desnazificación para la Universidad de Freiburg i. B. bajo el comando de las tropas francesas de ocupación dispuso que se investigasen sus actividades en el Tercer Reich. Si bien Heidegger no ocultaba su entusiasmo por "la majestuosidad y la grandeza de esta marcha" a la que él, en su discurso para la toma de posesión del cargo de Rector de la Universidad el 27 de mayo de 1933, invitaba a unirse a docentes y estudiantes, limitaba drásticamente su participación a unos pocos meses para pasar luego, paulatinamente, a la posición de un sospechoso para el régimen (Cp. *Der Spiegel*, nº 23 (1976), pp. 201 ss.). En términos generales esta imagen embellecida de las relaciones entre Heidegger y el nacionalsocialismo había sido fielmente acatada por sus numerosos discípulos y adherentes, quienes rechazaban de plano todo posible contacto entre el núcleo teórico de su pensamiento y sus compromisos políticos personales. Así se expresa aún alrededor de 1970 O. Pöggeler, oponiéndose a la supuesta unilateralidad de T. W. Adorno, quien insistía con vehemencia sobre el compromiso entre el pensamiento de Heidegger y el nazismo: "la forma como Heidegger en su lección *¿Qué es pensar?*, dentro del marco de un análisis de las posibilidades de una política 'occidental'

hace jugar, siguiendo a Nietzsche, las instituciones y la voluntad de ordenamientos jerárquicos en contra del disolvente democratismo occidental, no le es extraña (al pensamiento conservador de) Gehlen. Pero las tendencias 'conservadoras' de Heidegger (...) son manifiestamente accidentales para su punto de partida" (Cp. O. Pöggeler, *Filosofía y política en Heidegger*, Barcelona, Alfa, 1984, pp. 29-30).

Con especial beneplácito fue recibida y sostenida esta imagen, irradiada por el mismo filósofo y ampliada por sus discípulos, en la vecina Francia. En efecto, hallándose Heidegger aún bajo la estricta investigación de las fuerzas francesas de ocupación, las que finalmente dispusieron en 1947 su jubilación forzosa como profesor y el retiro de la *venia legendi* (contra lo que es habitual en las universidades alemanas), un grupo de intelectuales franceses bajo la guía de Jean Beaufret, ex-miembro de la resistencia y destinatario de la *Carta sobre el humanismo* en 1946, comenzó a realizar periódicas peregrinaciones a la cabaña de la Selva Negra en la que el filósofo meditaba sobre la historia del Ser que se oculta. A partir de entonces, la recepción de Heidegger en la Francia de la postguerra se mantuvo inalterada hasta los últimos representantes del postestructuralismo y postmodernismo, que encuentran tanto en Nietzsche como en él dos de sus más conspicuas fuentes de inspiración. Dentro de este panorama, no resultó extraño que las tímidas insinuaciones que apuntaban hacia el pasado nacionalsocialista del filósofo fueran prestamente acalladas. De este modo, como señala el historiador de la Universidad de Freiburg, Hugo Ott, hechos y circunstancias largamente conocidos y discutidos en Alemania, eran virtualmente reprimidos o ignorados a media hora de camino del otro lado de la frontera (Cp. H. Ott, "Wege und Abwege", *Neue Zürcher Zeitung*, 27 nov. 1987, p. 39).

Como es sabido, dentro de este pacífico paisaje el libro del investigador chileno residente en Berlín, Víctor Fariás, *Hei-*

(*) Profesor titular ordinario de ética, UBA, e investigador principal del CONICET.

degger et le nazisme (Paris, Verdier, 1987) tuvo el mismo efecto que el de una súbita tempestad. Farías obligaba a confrontarse con una masa de documentación que no solamente ponía al alcance del público francés lo que ya desde la recopilación de Guido Schneeberger, *Nachlese zu Heidegger* (Bern 1962) era ampliamente conocido para el público alemán, sino que la ampliaba considerablemente sobre la base de investigaciones propias en diversos archivos tanto de la República Federal de Alemania como de la República Democrática de Alemania, los cuales, en este último caso, se abrían por primera vez a la investigación por tratarse de un extranjero (Cp. Ott, *o. c.*, p. 39). El éxito del libro no solamente reside en su abundante documentación, sino en presentar por primera vez de un modo cronológico y detallado una biografía política de M. Heidegger, desde su más temprana juventud hasta el reportaje póstumo que señalamos al comienzo. En los primeros días del presente año la editorial alemana S. Fischer acaba de publicar la traducción alemana de dicha obra: V. Farías, *Heidegger und der Nationalsozialismus* (Frankfurt M., 1989), la que no solamente provee un acceso a las fuentes en su idioma original, sino que está enriquecida por nuevos hallazgos documentales y un importante prólogo de Jürgen Habermas, "Heidegger-Werk und Weltanschauung".

En el presente artículo expondré, en primer lugar, de forma sucinta los principales hechos históricos que se relacionan con la actuación de Heidegger bajo el nazismo tal como los ha reconstruido la más reciente investigación histórica no solamente por parte del citado Farías, sino también por parte de H. Ott y del mismo O. Pöggeler. Luego abordaré la cuestión de las relaciones entre el compromiso político de Heidegger con el fascismo y las distintas etapas de su pensamiento filosófico, tal como éstas son presentadas por Pöggeler, por Farías y, finalmente, por J. Habermas.

2. M. Heidegger nació en 1889 en la ciudad de Messkirch, perteneciente a la provincia de Baden, al sur de Alemania, en el seno de una familia que hoy denominaríamos 'de clase media baja'. Su padre desempeñaba el oficio de sacristán de la importante iglesia de la localidad y, simultáneamente, de artesano; su madre provenía de campesinos. La familia, de fe católica militante, se vio sumida durante la niñez de Heidegger en las disputas y luchas desencadenadas por la proclamación en el Concilio de 1870 de la infalibilidad papal y por el consiguiente cisma de los "viejos católicos", particularmente fuertes en esa región (Farías, pp. 50-52 —las referencias son a la edición alemana—). El padre de Heidegger se mantuvo fiel a la jerarquía católica y dio a su hijo una educación estricta, destinada a una carrera eclesiástica. Heidegger realizó estudios secundarios primero en el Gimnasio de la ciudad de Konstanz como interno en un hogar de estudiantes del Arzobispado con sede allí. Luego, en 1906 se traslada a Freiburg para terminar sus estudios secundarios en el Gimnasio de esta ciudad, sostenido mediante una beca destinada a solventar el estudio de talentosos candidatos de teología. Esta misma beca le permitió realizar sus estudios universitarios en la Facultad de Teología de esa ciudad. En 1909 ingresa por escasos días al noviciado jesuita de Tisis, junto a Feldkirch, para pasarse de inmediato al Seminario del Arzobispado de Freiburg, en el que permanece hasta la finalización de sus estudios en 1911 (Farías, pp. 57-62). En 1914 presentó su tesis de doctorado sobre "la teoría del juicio en el psicologismo" bajo la dirección de un joven y desconocido docente católico, A. Schneider. En 1915 obtuvo la *venia legendi* como docente habilitado (*Privatdozent*) en la Facultad de Teología, una posición que mantendrá oficialmente hasta su nombramiento como profe-

sor en Marburg en 1923. Farías describe con abundancia de datos el clima cultural de ese catolicismo ultramontano, nacionalista y antimodernista que imperaba en el sur de Alemania y se orientaba hacia la Viena finisecular, con cuyas corrientes espirituales estaba estrechamente emparentado. Una figura se convierte, para Farías, en símbolo de esta primera etapa de la formación de Heidegger, el monje agustino y predicador Abraham a Sancta Clara (1644-1709), quien, originario de la misma región del sur de Alemania y también de humilde extracción, llegó a convertirse en el predicador oficial de la corte vienesa durante los difíciles años del sitio de los turcos. A esta figura, típica representante de las corrientes contrarreformistas del barroco y exaltado antisemita, el joven Heidegger dedica uno de sus primeros artículos publicados (Farías, pp. 65-92).

La siguiente etapa en la biografía de Heidegger está señalada por dos hechos fundamentales: el nombramiento de E. Husserl como sucesor de H. Rickert en Freiburg en 1916 y su paulatino alejamiento de la iglesia católica, que parece haber culminado hacia el final de la Primera Guerra Mundial. Esta etapa de intensa actividad docente y de creación comprende su nombramiento como profesor extraordinario (cargo equivalente al de nuestro 'asociado') en la Universidad de Marburg en 1923, la aparición en 1927 de *Ser y tiempo*, su simultáneo ascenso a profesor ordinario en la citada universidad y, por último, el retorno a la universidad de Freiburg, ya como filósofo internacionalmente respetado, en 1928 para sustituir al maestro a quien estaba dedicado el libro que lo lanzara a la fama, E. Husserl. Farías extiende esta época hasta el año 1933, es decir, hasta la ascensión del nazismo al poder y la subsecuente designación de Heidegger como rector de la Universidad de Freiburg. Esta periodización está en línea con la concepción que Farías propone del desarrollo del pensamiento político del filósofo, el cual describe en su opinión un arco continuo desde su temprana juventud hasta el fin de la guerra. Otros autores, en especial Pöggeler y, tras él, Habermas, se inclinan por señalar una primera cesura hacia el año 1929, en el cual, de acuerdo con Pöggeler, "su pensamiento cayó en una crisis, como resultado de la cual él abandonó el punto de partida (de *Ser y tiempo*). Esta crisis tuvo también en quien, 'de nacimiento', era teólogo, dimensiones religiosas" (Cp. O. Pöggeler, "Den Führer führen? Heidegger und kein Ende", *Philosophische Rundschau* 32 (1985) 26-67, p. 39). Como quiera que sea, es claro que hacia 1930 el compromiso político del filósofo con el nacionalsocialismo adquiere dimensión pública y marca el inicio de una nueva actitud filosófica, que decide abandonar el claustro académico para confrontarse con las cuestiones del momento, en especial de orden político (Cp. O. Pöggeler, *o. c.* (1985), p. 50).

El máximo compromiso de Heidegger con el nacionalsocialismo está centrado en los diez meses durante los cuales se desempeñó como rector y 'Führer' de la universidad de Freiburg entre mayo de 1933 y abril de 1934. Heidegger mismo expuso su desempeño en esa oportunidad desde una perspectiva propia en la que muchos de los hechos eran vistos de muy distinta manera a la que luego mostraron los documentos. En primer lugar, en el *Document Center* de Berlín, donde se conserva el archivo del Tercer Reich, se encuentra la libreta de afiliación del filósofo al NSDAP, la cual atestigüa su ingreso al partido nazi el 1 de mayo de 1933 y su pertenencia a él así como el fiel cumplimiento de las cuotas partidarias hasta 1945 (Farías, p. 137). Luego, tanto las investigaciones de H. Ott como del mismo Farías han demostrado que la elección de Heidegger como rector de la universidad de Freiburg formó parte de un intento concatenado tanto de las

fuerzas estudiantiles que pertenecían al partido como de la administración central por desalojar del poder a los viejos profesores conservadores a fin de 'engancharse' también a las universidades en la marcha del partido hacia el poder totalitario. De este modo, los distintos discursos pronunciados en diversas oportunidades por el filósofo durante el desempeño de su cargo no quedan como episodios aislados, producto de una pasajera fiebre, sino que aparecen como expresión de un proyecto político radicalizado aún dentro del movimiento nazi, al que el filósofo daba el andamiaje teórico (Farías, p. 197-218). En este proyecto ocupa un lugar destacado el discurso inaugural del nuevo rector, pronunciado el 27 de mayo y repetido luego como conferencia en varias universidades, "La autoafirmación de la universidad alemana" (Breslau: W.G. Korn, 1933). En la parte estrictamente programática del discurso, Heidegger afirma: "Pues 'espíritu' no es vacía agudeza (...) ni la acumulación sin límites de articulaciones del entendimiento, ni siquiera la razón universal, sino que espíritu es la decisión sapiente y originariamente determinada en favor de la esencia del ser. Y el mundo espiritual de un pueblo no es la superestructura de una cultura ni el depósito de pertrechos para ser utilizados como conocimientos o valores, sino que él es el poder de la más profunda preservación de las fuerzas de la tierra y de la sangre como poder de la más íntima exaltación y de la más amplia conmoción de su existencia. Sólo un mundo espiritual garantiza su grandeza a un pueblo" (Heidegger, *o. c.*, p. 13). Desde esta perspectiva es evidente que para el nuevo rector y 'Führer' de la universidad, la libertad académica tradicional de las universidades alemanas desde W. von Humboldt hasta esa fecha fuera solamente un signo más de la decadencia liberal y nihilista en que estaba sumido el pueblo alemán: "La tan celebrada 'libertad académica' será erradicada de la universidad alemana, pues esta libertad era inauténtica, ya que era puramente negativa. Ella significaba preminentemente despreocupación, arbitrariedad de las intenciones e inclinaciones, carencia de compromiso tanto por acción como por omisión. El concepto de libertad del estudiante alemán es reconducido ahora a su verdad" (Heidegger, *o. c.*, p. 15). Esta nueva 'verdad' se despliega ahora en tres 'compromisos' ineludibles para todo estudiante: en primer lugar, el compromiso con la comunidad del pueblo, que es el *servicio del trabajo*; en segundo lugar, el compromiso con "el honor y el destino de la nación en medio de los otros pueblos", esto es: el *servicio militar*; por último, el compromiso con el legado espiritual del pueblo alemán, el *servicio del saber*. En efecto, para Heidegger el verdadero contenido del saber es aquel por medio del cual un pueblo lucha por su 'destino', "en la medida en que lleva a su historia hacia la apertura del poder superior a todos los poderes de la existencia humana que configuran el mundo. Así expuesto a la más extrema duda en torno a su existencia, este pueblo quiere ser un pueblo espiritual. El exige de sí y para sí en sus conductores y guardianes la más dura claridad del saber más alto, más amplio y más rico" (Heidegger, *o. c.*, p. 16). En el citado reportaje de *Der Spiegel* Heidegger destaca el papel que en su enumeración de los tres servicios juega el servicio del saber, el cual, si bien es citado en tercer lugar, ocupa el primero en importancia (*Der Spiegel*, p. 198). Ello, sin embargo, no mejora las cosas, pues como señalara un discípulo directo del filósofo, R. Marten, puesto que para Heidegger el mundo espiritual de un pueblo no es más su cultura sino las fuerzas ciegas de la sangre y el suelo, "el espíritu, a pesar de ser universal, pertenece a la propia sangre alemana, al propio hogar alemán" (Citado por Farías, pp. 157-158).

Objeto de discusión es la pertenencia de Heidegger a

alguna de las tendencias internas del nazismo. Mientras que Farías cree poder establecer vínculos evidentes entre el filósofo y el SA, la fracción más radicalizada conducida por Ernst Röhm, cuya liquidación el 30 de junio de 1934 ("Putsch de Röhm") deja al nuevo rector sin sustento político alguno, Hugo Ott declara sin ambages que se trata de una "pura construcción" (Ott, *o. c.*, p. 39). Como quiera que sea, la investigación histórica llega a conclusiones inapelables: contra lo afirmado por Heidegger mismo, su desempeño como rector se atuvo estrictamente a las líneas trazadas por el ministerio, contribuyó activamente a la 'limpieza' de la universidad alemana proponiendo la baja como profesor del químico y futuro premio Nobel Hermann Staudinger y, si bien tomó parte en la defensa de dos profesores judíos, Fränkel y Hevesy, por motivos preminentemente tácticos (la resonancia en el exterior), convalidó las decisiones contrarias del ministerio (Farías, pp. 169-180; Pöggeler, *o. c.* (1985, pp. 40-42). Por último, tampoco la controversia con el grupo de profesores conservadores de la Facultad de derecho que culmina con su renuncia tuvo el carácter de una abierta confrontación con la política del régimen, sino que constituyó un simple episodio de disidencia entre dos cursos de acción alternativos dentro de una misma política.

El período entre 1934 y el fin de la guerra es el que más sorpresas y rectificaciones ha traído con relación a la propia narración de los hechos dada por el filósofo en 1945 y en el reportaje de 1966. En efecto, mientras que para Heidegger mismo sus *Vorlesungen* de esos años, empezando por aquella publicada en 1953 bajo el título *Introducción a la metafísica*, que reproducía su curso de 1935, daban testimonio de su progresivo distanciamiento crítico frente al nazismo, tanto la labor filológica en los manuscritos originales como diversos testimonios de quienes fueron sus oyentes en aquellos años o contribuyeron a la corrección de los manuscritos para su primera publicación dan cuenta de numerosas tachaduras, omisiones y agregados que transformaron las referencias originales, favorables al movimiento, en supuestas críticas. Dos casos son particularmente esclarecedores al respecto. En el texto de 1953 de la *Introducción a la metafísica* se lee el siguiente párrafo: "Todo esto se llama filosofía. Lo que hoy se ofrece por todas partes como filosofía del nacionalsocialismo pero que no tiene absolutamente nada que ver con la interior verdad y grandeza de este movimiento (*a saber, con el encuentro entre la técnica planetariamente determinada y el hombre moderno*) hace su pesca en esas turbias aguas de 'valores' y 'totalidades' ". En el reportaje de *Der Spiegel*, ante una pregunta del periodista, en el sentido de que las palabras entre paréntesis habrían sido introducidas en 1953 a fin de dar a entender al lector contemporáneo en qué consistía la "interior grandeza y verdad de este movimiento", Heidegger asegura que la frase estaba ya en el manuscrito original pero no había sido leída. Un estrecho colaborador del filósofo, el ya citado R. Marten, da, sin embargo, otra versión del episodio: "cuando en 1953 (...) deliberábamos sobre la impresión del curso, (...) él cambió el segundo 'nacionalsocialismo' [luego de 'verdad y grandeza'] en 'movimiento' y añadió inmediatamente el paréntesis" (R. Marten, "Ein rassistisches Konzept von Humanität", *Badische Zeitung*, 19/20 dic. 1987, p. 14, cit. por Farías, p. 304; Marten reafirma el hecho en una carta a Habermas citada por éste en Farías, p. 399, n. 71). Es claro que, como señala el propio Marten, el nazismo se convierte así, junto al positivismo y al marxismo, en una perversión signada por el uso de la técnica. Por esa época, sin embargo, esa perversidad es atribuida por Heidegger solamente a las potencias antigermanas: Rusia y Norteamérica.

El otro caso es más grave aún, ya que, como lo denuncia Pöggeler, se ha suprimido, sin conocimiento del propio Heidegger, un pasaje entero en la edición de una de sus obras, el cual ha sido transmitido posteriormente por uno de sus oyentes. Se trata del curso sobre Schelling que Heidegger dio en el semestre de verano de 1936, en el cual él afirmaba en el pasaje eliminado lo siguiente: "Los dos hombres que han iniciado un contra-movimiento contra el nihilismo, Mussolini y Hitler, cada uno de una manera distinta han aprendido ambos de Nietzsche, ambos de un modo esencialmente distinto. El auténtico ámbito metafísico de Nietzsche, sin embargo, no ha entrado con ello aún en vigencia" (Cp. Pöggeler, *o.c.* (1985) p. 56).

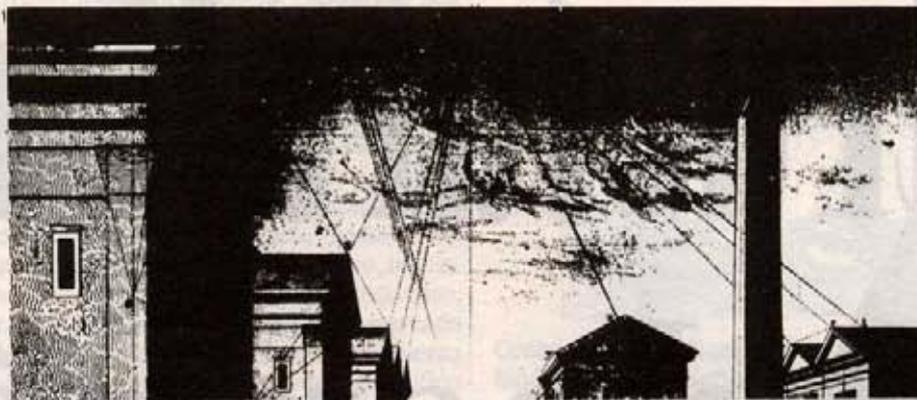
Los testimonios sobre la adhesión inmovible de Heidegger al fascismo como concepción del mundo y al nacionalsocialismo como movimiento político revolucionario, aun cuando lamentara sus desviaciones de las metas originales, son abrumadores y van más allá del fin de la guerra, como se manifiesta claramente en la respuesta que Heidegger envía a una carta de H. Marcuse, en la que su ex-discípulo le solicitaba vehementemente un repudio público del régimen criminal (Cp. Farías, pp. 374-375). Los puntos centrales de esta adhesión política pueden resumirse en los siguientes ítems: (i) desprecio y rechazo de la democracia como forma de organización política de la moderna sociedad; (ii) desprecio y rechazo de la ética, de los principios filosóficos del derecho y de la filosofía política como disciplinas filosóficas 'auténticas' y como formas valederas de pensamiento; (iii) afirmación de la validez incondicionada del héroe extracotidiano como fuente absoluta del destino histórico de un pueblo, por encima de toda ley y de todo derecho; (iv) validez incondicionada de un nacionalismo exacerbado que se centra en figuras míticas tales como 'el Destino', 'la esencia originaria de la palabra', la preeminencia del griego antiguo y del alemán como 'lenguas auténticamente filosóficas'; la 'tierra', 'región', 'hogar ancestral' como fuentes originarias de sentido para la existencia 'auténtica'; (v) sometimiento resuelto y decidido a la voluntad del líder como única vía abierta para acceder a la existencia 'auténtica', a la verdad 'desocultada' por parte de la masa, del pueblo (ejemplificado paradigmáticamente en los tres 'servicios' impuestos al estudiante alemán en el discurso inaugural). La breve enunciación que antecede pone ya de manifiesto una concatenación temática entre sus convicciones políticas y los ítems centrales de algunas de sus obras filosóficas. Al carácter de esta conexión nos referiremos en lo que sigue.

3. Al ir desvaneciéndose frente a la evidencia de los hechos la posición de los seguidores ortodoxos de Heidegger, que pretendían simplemente ignorar como un episodio marginal el compromiso político del maestro, se han conformado tres visiones bien diferenciadas del desarrollo filosófico del pensador en conexión con su cosmovisión política. Por una parte, la sostenida por Pöggeler actualmente, luego de la revisión de su postura anterior, resumida por él mismo de la siguiente manera: "En conclusión deseo intentar un resumen en forma de tesis (...) Heidegger optó por Hitler antes de 1933, por ejemplo en el año nuevo de 1932 con motivo de la elección del presidente del Reich. No fue llevado a esa opción por gente próxima a él, pues allí eran nacionales o aún nacionalistas, pero contra Hitler. Más bien el 'Führer' se le apareció como un salvador en una situación desesperada. A esta opción lo condujeron no solamente el shock de la primera guerra mundial y la ceguera para la tradición democrática, sino también la manera en que Heidegger relacionaba la ciencia y la

filosofía de un modo indiferenciado con la metafísica como problema y el modo en que buscaba un nuevo 'mito' en medio de una crisis de sus convicciones religiosas. Heidegger no aceptaba de ninguna manera el programa partidario del nacionalsocialismo en toda su extensión; él rechazaba el pensamiento racista y pretendía concebir la exigencia de una ciencia politizada de un modo más diferenciado" (Cp. Pöggeler, *o.c.* (1985), p. 62). Aún luego de la desilusión por Hitler, Heidegger se habría mantenido fiel a aquella primera opción por el nazismo, al cual, sin embargo, intentó desembozar como un totalitarismo político en sus cursos de años posteriores. "Este intento le dio el derecho de hablar, retrospectivamente, de una resistencia espiritual, que habría abierto los ojos a muchos estudiantes" (Pöggeler, *o.c.* (1985) p. 64). Desde esta perspectiva, el desarrollo posterior a la cesura habría retornado a los cauces anteriores a ella, tal como lo comprobaría la obra aún inédita de aquellos años, "Contribuciones a la filosofía", según Pöggeler "su obra principal" (Cp. *o.c.* (1985), p. 30).

Diametralmente opuesta es la imagen del desarrollo del pensamiento del filósofo propuesta por Farías. Luego de un largo camino de preparación que arranca en el medio nacionalista y clerical ultramontano de su adolescencia y juventud, prosigue en las tendencias autoritarias y ultranacionalistas claramente perceptibles en *El ser y el tiempo*, en especial en los par. 74 y 77 y desemboca en su activa participación en los medios culturales nacionalsocialistas hacia el comienzo de la década del 30, se produce el ingreso de Heidegger al partido nazi y la simultánea asunción del cargo de primer rector nacionalsocialista de la universidad de Freiburg no como la expresión de un momentáneo oportunismo, sino como el resultado de una larga y meditada evolución. Dentro del partido, Heidegger adhiere a la fracción más radicalizada, las SA de Röhm, a cuyo proyecto político él intenta dar un sustento filosófico. A pesar de su desilusión luego del Putsch de Röhm, el filósofo permanece fiel a la ideología nacionalsocialista más allá del fin de la guerra, y el último período de su pensamiento es incomprensible si se pierde de vista esta continuidad: "el discurso convencido sobre la superioridad espiritual de los alemanes, que se comprobaría en su lenguaje y se expresaría en su destino, la estilización de sus propios pensamientos y los de Hölderlin como una especie de paradigma y guía de la evolución espiritual de la humanidad así como, finalmente, su expresa oposición a toda forma de democracia" (Farías, p. 44). El pensamiento de Heidegger habría descrito un arco de curva, moviéndose siempre en la misma esfera antiliberal, antimodernista, antisemita, antidemocrática y nacionalista, que parte de Abraham a Sancta Clara al comienzo de su vida intelectual, y luego de pasar por el nazismo, retorna en el final a él (Farías, 377-391).

Frente a estas dos visiones contrapuestas pero en cierto modo complementarias, ya que acentúan en cada caso un aspecto sin duda presente en la evolución del pensamiento heideggeriano y en la incidencia de los acontecimientos históricos en él, Jürgen Habermas ha propuesto una interpretación alternativa, que tiene el mérito de retomar la cuestión desde una perspectiva a la vez más abarcadora y filosófica. En efecto, en su reciente libro sobre *El discurso filosófico de la modernidad*, el pensador de Frankfurt alinea a Heidegger junto a Nietzsche como los dos filósofos que someten al concepto ilustrado de la razón centrado en torno del sujeto a una crítica radical, que, a diferencia, por ejemplo, de M. Horkheimer y T. W. Adorno, rompe definitivamente con la dialéctica de la Ilustración (Cp. J. Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Frankfurt M.; Suhrkamp, 1985, pp. 106-107). Central en esta crítica es, para Habermas, la destruc-



centralización del Yo, esto es, del sujeto cognoscente, tal como éste se da en la fenomenología de E. Husserl, y su sustitución por el análisis de la estructura existencial preexistente, es decir, por una explicación de las conexiones de sentido en las cuales ya se encuentra la existencia cotidiana. "Por último, Heidegger elabora los motivos existenciales de tal manera que el esclarecimiento sobre las estructuras del ser-en-el-mundo se ofrecen al mismo tiempo como respuestas a la pregunta práctica por la vida correcta. Un enfático concepto de verdad como revelación fundamenta la validez de los juicios en la autenticidad de una existencia humana que se comporta frente al ente antes de toda ciencia" (Habermas, *o.c.*, p. 175). Ahora bien, como ya H. Marcuse en 1934 y K. Löwith en 1935, Habermas concibe el paso de la 'decisionalidad' de la existencia *individual*, que sigue siendo central en *Ser y tiempo*, a la decisionalidad *colectiva* por el destino de un pueblo, que Heidegger da en su fase revolucionaria entre 1929 y 1933, como una consecuencia *posible pero no necesaria* a partir de los conceptos fundamentales de la ontología existencial (Habermas, *o.c.* (1985) p. 187; Prólogo a Farías, p. 17-22). La fatal decisión por el nacionalsocialismo, en cambio, se explica por una particular recepción de la tradición ideológica ultraconservadora de la cultura alemana junto a la crisis espiritual del propio Heidegger en 1929, sostenida por Pöggeler: "con ello se abrió paso aquel *giro neopagano*, que empujará los motivos cristianos (de *Ser y tiempo*) en favor de una apelación al pensamiento arcaico" (Habermas, en: Farías, p. 18).

La desilusión y el desengaño por el amargo final no pasan, sin embargo, sin dejar profundas huellas en la obra filosófica. Al negarse a admitir *su* error como un error subjetivo, que no necesariamente surgía de la ontología de *Ser y tiempo*, y al perseverar, contra toda evidencia, en su visión 'de la interior grandeza y verdad' del fascismo, Heidegger debe apelar a una maniobra que deje a salvo el privilegiado acceso a la verdad como desocultamiento del filósofo. No es, por tanto, éste el que se ha equivocado en su juicio de los acontecimientos contemporáneos y en su toma de posición por esa nueva y criminal mitología, sino que ha sido la Verdad misma que se ha mantenido oculta, para desocultarse sólo paulatinamente en el fascismo como un movimiento histórico que se convierte ahora, junto al comunismo y al positivismo, en síntoma de la naturaleza demoníaca de la técnica como último estadio de la 'historia del Ser' (Habermas, *o.c.* (1985), pp. 188-190). Así nace, a través de una autocomprensión mistificada y mistificante del desarrollo del propio pensamiento, la 'última filosofía' de Heidegger, el concepto de la historia de la metafísica como historia del olvido del Ser y la sublimación del propio pensar como una mística atenta y recogida a los signos de una divinidad que se oculta. Con ello, Heidegger ha abandonado el campo del pensamiento predicativo y argumental, para

retirarse a la actitud airada del profeta o del ermitaño. "Me refiero (...) al gesto de Heidegger, 'que hay un pensamiento más estricto que el pensamiento conceptual'. Con este gesto se conecta, en primer lugar, la pretensión de que algunos pocos tienen un acceso privilegiado a la verdad, que disponen de un saber infalible y que pueden abstenerse de una argumentación pública. Con el gesto autoritario se unen, en segundo lugar, conceptos de moral y de verdad que pretenden desasir el conocimiento valedero de toda prueba y de todo reconocimiento intersubjetivo. Y en tercer lugar se ligán con él la disolución del pensamiento filosófico y su retiro del negocio igualitario de la ciencia, el desarraigo de lo extracotidiano del piso empírico que ofrece la praxis comunicativa cotidiana, y la destrucción del respeto igual para todos" (Habermas, en Farías, p. 35).

4. M. Heidegger ha sido, sin duda, una de las figuras que han marcado la filosofía del presente siglo mediante un pensamiento original, cuyos impulsos innovadores, como lo demuestra por ejemplo el análisis de la noción de 'autoconsciencia' por parte de E. Tugendhat, no se han todavía agotado (Cp. E. Tugendhat, *Selbstbewusstsein und Selbstbestimmung*, Frankfurt M.; Suhrkamp, 1979, cap. 8-10).

La genealogía de su pensamiento que se remonta al clima nacionalista y católico ultramontano del Sur alemán, por un lado, y esa particular ideología alemana elitista de fines del siglo pasado, que se nutría de una identificación con la Antigüedad griega clásica, la que debía florecer en un nuevo humanismo heroico de cuño germano, por el otro, explican, en cierto modo, tanto la radicalidad de su crítica a la filosofía moderna de la Ilustración como su desprecio por la moral y el derecho surgidos de ésta. Heidegger se convierte en el continuador de Nietzsche como contrafiguras que equilibran, desde el flanco antiliberal y antisocialista, la crítica a la razón instrumental iniciada por Marx desde la izquierda hegeliana y continuada en nuestro siglo por Lukács, Horkheimer y Adorno. El que su pensamiento no pudiera ofrecer resguardos frente a caídas en las profundidades del más completo inmaterialismo que ha presenciado la historia contemporánea, advierte sobre los riesgos a que está expuesto el crítico de la razón que intenta evadirse de la misma razón mediante un salto. No es de extrañar, entonces, que en la recepción del heideggerismo tanto dentro como fuera de Alemania y en especial en el mundo latino, incluyendo en éste muy particularmente nuestra región, los diversos motivos conjugados en las distintas etapas de su pensamiento se hayan entremezclado con aquellos otros de una tradición autóctona en la que, desde siempre, la Contra-ilustración llevó la voz cantante. Una historia de esas consonancias y disonancias sería, a no dudar, sumamente aleccionadora.

Estructuralismo Y después

Adolfo Prieto

El supuesto que preside la elaboración de este examen del recorrido del estructuralismo y del postestructuralismo en la Argentina, es el de que por el examen de estas dos variantes pasa el examen del postmodernismo en la Argentina, cualquiera sea la hipótesis de que se disponga para caracterizar la constitución de este fenómeno. Este supuesto se corresponde, por lo demás, con la privilegiada atención que se concede a la correlación entre ambos acontecimientos en todo debate en el que se discute la emergencia de la postmodernidad, o la de sus síntomas¹, y se funda, desde luego, en la aceptación de la fuerte presencia de las prácticas estructuralistas y postestructuralistas en determinados territorios de la cultura argentina contemporánea.

En síntesis retrospectiva, puede decirse que los años iniciales de la década del sesenta impresionan menos por su capacidad de reproducir las modalidades de pensamiento originadas en el ciclo abierto por el desarrollo y el término de la segunda guerra mundial, que por su capacidad de albergar los signos de un cambio tan radical como inminente, tan elusivo en sus metas como errático, contradictorio y desconcertante en la formulación de los recursos destinados a lograrlas. En el plano de la crítica literaria, el discurso dominante era todavía tributario de las direcciones contenidas en los escritos de Sartre, Lukacs, de Goldmann, del modelo marxista, de Freud, de la sociología empírica. Pero ya Ana María Barrenechea introducía en sus clases de la Universidad de Buenos Aires el estudio del formalismo ruso, con la familiaridad que le aseguraba su entrenamiento en los textos de los lingüistas del círculo de Praga, introducidos a su vez en la enseñanza universitaria por Amado Alonso, en los años cuarenta. Se empezaba a invocar, como contraseña, la posesión de algún ejemplar de la revista *Tel Quel*. La esotérica *Estructura de parentesco*, de Levi Strauss, era más solicitada por los estudiantes de letras que por los de antropología, sus destinatarios naturales.

¹ Véase la excelente "Guía del Post-modernismo", de Andreas Huyssen, en la versión ofrecida por *Punto de Vista*, Buenos Aires, año X, n° 29, abril-julio, 1987.

Sería difícil, pero no imposible, reconstruir la red de relaciones que fueron estableciéndose entre las líneas de interés reveladas por estos síntomas y las que empezaban a trabajar en la constitución de la atmósfera del *boom*, en ese acto de celebración de la cultura como producto de consumo abierto a un circuito de afluencia más vasto que el de las tradicionales élites. Sería menos difícil, pero no menos necesario, determinar el rol que la industria cultural jugó en el encuentro de esas relaciones y el grado de eficacia con que parecía legitimar a todos los fenómenos acogidos bajo su patrocinio. En todo caso, hacia el año 1966, este patrocinio había rescatado al estructuralismo de la marginalidad de la práctica académica y del ejercicio disperso de los cazadores de novedades.

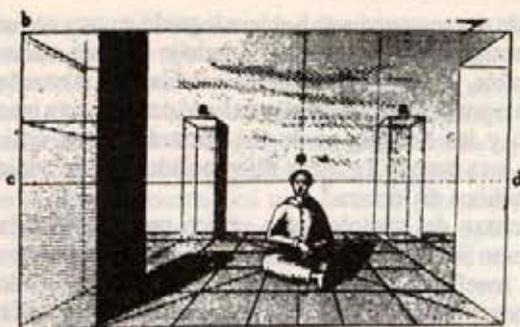
La carta genealógica del estructuralismo, sus jerarquías internas, sus consignas —es decir, la historia familiar a la que el periodismo acude con frecuencia para traducir la complejidad de los fenómenos culturales— fue ofrecida en el reportaje a Philippe Sollers que la revista *Primera Plana* publicó en diciembre de 1966. En esa historia familiar, Saussure era presentado como el patriarca de la nueva escuela; Barthes, su vocero indiscutido; Althusser, Lacan, Foucault, sus profetas mayores. Sollers, halagado por la creciente visibilidad internacional de *Tel Quel*, se adelantaba a resumir el pensamiento de sus colaboradores regulares: "esta es la obra de los sistemas", decía; el lenguaje ya no es más un medio "sino un fin en sí mismo"; "escribir una novela tradicional en estos momentos es un acto repetitivo"; nosotros... "trabajamos en la ruptura". La relación de la nueva crítica con la emergencia de una nueva narrativa latinoamericana, parecía más que sugerida en el contexto de una política cultural que había convertido a *Primera Plana*, desde su radiante acogida de *Rayuela*, en 1963, en el vehículo propagandístico por antonomasia del fenómeno del *boom*. No por azar, entonces, la misma revista que venía de saludar la sucesiva aparición de *La casa verde*, *Tres tristes tigres* y *Cien años de soledad*, publicaría, en noviembre de 1967, un artículo de cuatro páginas con el título: "Estructuralismo. El pensamiento de hoy", y un sub-título: "La invasión estructuralista llega a Buenos Aires".

Una mera precisión cronológica permite comprobar que uno de los trabajos citados en este artículo, *Estructuralismo y crítica literaria*², de Gerard Genet, llamado a constituirse en el evangelio de la nueva crítica, era la traducción de un texto publicado en Francia en 1965, y que la publicación de este texto venía así a preceder en apenas un año a la lectura del demoledor análisis del pensamiento estructuralista ofrecida por Derrida en la Universidad de John Hopkins, que muchos consideran, razonablemente, como el tornante fundador del postestructuralismo³. Este leve defasaje cronológico, inexistente, con seguridad, para los mejor enterados, y en todo caso, rápidamente superado por las propias urgencias del mercado editorial, marca la sorprendente dinámica de un pensamiento que se abría a las seductoras promesas del discurso científico al mismo tiempo que segregaba las pautas de su propia negación; que parecía colmar las expectativas de la modernidad con sus certezas epistemológicas, al tiempo que ensayaba las estrategias de su cuestionamiento y disolución.

Encabalgada en esta dinámica, la crítica literaria del estructuralismo, en su versión más ortodoxa, no pudo reclutar los practicantes ni disponer del tiempo necesario como para poner a prueba sus propias hipótesis de trabajo, ni de organizar una actividad que ocupara con plenitud el excepcional *momentum* que le concedía la coyuntura cultural. Entre 1967 y 1969, fieles a la descripción programática de Genet, o estimulados por las aproximaciones lingüísticas de Jakobson, las formalistas de Todorov o las semiológicas de Greimas o de Barthes, los primeros estructuralistas nativos, se reconocieran o no en esta caracterización, respondieron al desafío de la hora.

Los artículos recogidos por Nicolás Rosa en el volumen *Crítica y significación*, (1970)⁴, impresionan todavía, en algún sentido, como una muestra estratográfica en la que se ilustra el pasaje del existencialismo sartreano a la lectura del texto literario como reflexión sobre la lengua que lo actualiza. El mismo carácter transicional se advierte en los trabajos recogidos por Noé Jitrik en *El fuego de la especie* (1971)⁵, y en la heterogénea compilación preparada por Jorge Lafforgue, *Nueva novela latinoamericana* (1969, 1974). Algunos de los artículos de esta colección: los de Ludmer, Gregorich, Barrechea, Jitrik, Rosa son, ciertamente, aplicaciones de la crítica textual inmanentista postulada por el estructuralismo. Otro, como el de Piglia, fluctúa entre esta consigna metodológica y las consignas de la fenomenología y del marxismo. Y otro, como el titulado "Pruebas y hazañas de Adán Buenosayres", ofrece la absoluta novedad de proponerse como estricto ejercicio de aplicación estructuralista, y como crítica de sus supuestos metodológicos.

El grupo de trabajo integrado por Hortensia Lemos, Angel Nuñez, Nannina Rivarola, Beatriz Sarlo y Susana Zanetti, declara en la página inicial de este ensayo: "El análisis estructural de *Adán Buenosayres* que proponemos, parte de las consideraciones teóricas y métodos elaborados por A. J.



Greimas, Roland Barthes y Tzvetan Todorov. A manera de hipótesis, que se confirmará a lo largo del trabajo, describimos una novela contemporánea de acuerdo con un modelo de análisis del cuento folklórico". Las consideraciones teóricas, los métodos y el modelo invocados permitieron al grupo establecer, efectivamente, un inventario de significados que redujo la aparente complejidad del texto a un juego de oposiciones maniquea, típica de una cosmovisión autoritaria e individualista; pero se mostraron incompetentes para resolver la oposición Adán Buenosayres-autor-realidad argentina, para resolver el conflicto que se suscitaba entre el análisis de los componentes textuales y la ideología que el grupo atribuía al autor mismo de la novela: "(un) escritor que participa de un movimiento político nacional y popular, con efectiva significación revolucionaria en una América dependiente"⁶. Esta incompetencia, gruesamente inducida por un modo de interrogación extraño a las instancias teóricas y metodológicas en juego, denunciaba, si se quiere, una apresurada apropiación de los supuestos del estructuralismo; pero denunciaba también la impaciencia que algunos neófitos empezaban a sentir por una crítica que se auto-recortaba en el universo textual.

Por vía indirecta, la insólita falencia metodológica que descubrían los lectores de la novela de Marechal, parecía introducir el discurso polémico con que los primeros críticos del estructuralismo, en Francia, señalaron el anti-historicismo de la nueva escuela de pensamiento. No prosperó este discurso polémico en la Argentina; no adquirió, al menos, el carácter público que adquirió en Francia, pero sus líneas de fuerza tampoco estuvieron ausentes de la escena, y aunque pocos reprocharon a los practicantes de la nueva crítica su distanciamiento de la historia, muchos de estos practicantes se cuidaron muy bien de ignorarla por completo.

Es probable que al iniciarse la década del setenta, las incursiones inspiradas por la primera ola estructuralista, pudieran verificarse sólo en la redacción de monografías y tesis universitarias. La única discusión viva de la proliferante problemática de la nueva crítica siguió desarrollándose, de todas maneras, fuera de una universidad intervenida por el gobierno militar desde 1966, en seminarios y grupos de trabajo que funcionaron como una suerte de universidad paralela a lo largo de toda la década, si se descuenta el tormentoso intervalo de los años 73 y 74, y desbordándola hasta la etapa inicial de los ochenta. Sin el respaldo de la institución universitaria, sin revistas especializadas (con la notoria excepción de *Los libros*), sin el aparato de promoción del periodismo cultural que había instigado y agotado la eferescencia del *boom*, y, desde luego, en circunstancias políticas extremadamente adversas, la discusión de esta problemática no alcanzó la dimensión ni la difusión que el

² Gerard Genet, *Estructuralismo y crítica literaria*, Córdoba, Editorial Universitaria de Córdoba, 1967.

³ "La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines", conferencia leída el 21 de octubre de 1966, en The John Hopkins University, incorporada luego al volumen, *L'écriture et la différence*, Paris, Seuil, 1967.

⁴ Nicolás Rosa, *Crítica y significación*, Buenos Aires, Galerna, 1970.

⁵ Noé Jitrik, *El fuego de la especie*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 1971.

⁶ "Pruebas y hazañas de Adán Buenosayres", en Jorge Lafforgue, *Nueva novela latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1974. Vol.2.

número de sus sostenedores hubiera logrado en otra coyuntura. El prestigio de estos grupos de trabajo fue, sin embargo, considerable, y lo que se produjo en sus filas, o fue enseñado, aceptado o promovido desde ellas, afectó de una u otra manera el léxico y las estrategias de los otros discursos críticos, trazando una común frontera diferenciadora entre viejos y nuevos hábitos de lectura⁷.

El rechazo del sociologismo crítico preside, todavía, el movimiento inicial de *Cien años de soledad. Una interpretación*, de Josefina Ludmer⁸. Escrito en 1970, publicado en 1972, el texto muestra las marcas de ese rechazo en su enfática apelación a las estructuras fuertes del relato, en su recuento minucioso de todas las constancias (binarismo, repeticiones, entramado relacional) capaces de sostener una lectura estrictamente atendida a las instancias del relato, y de proveer una vía de acceso que demuestra que los juegos estilísticos, los juegos narrativos y los de estructura se homologan en tanto y en cuanto *Cien años de soledad* es "absolutamente coherente en todos sus niveles". La apelación a un análisis formal, complaciente con el uso de gráficos y diagramas que puso de rigor el primer estructuralismo, informa el proyecto crítico de Ludmer, pero no lo clausura en el límite que se impusieron sus más conocidos observantes. En este proyecto se introduce, en efecto, una variante que contradice y que, en el fondo, niega los supuestos del positivismo científico que legitimaban el análisis y los resultados del análisis; una variante que empieza a desinteresarse de la persecución de las estructuras y que busca sustituir el rol del observador metódico, distante, impersonal, por el del crítico que produce una escritura sobre la escritura del texto analizado.

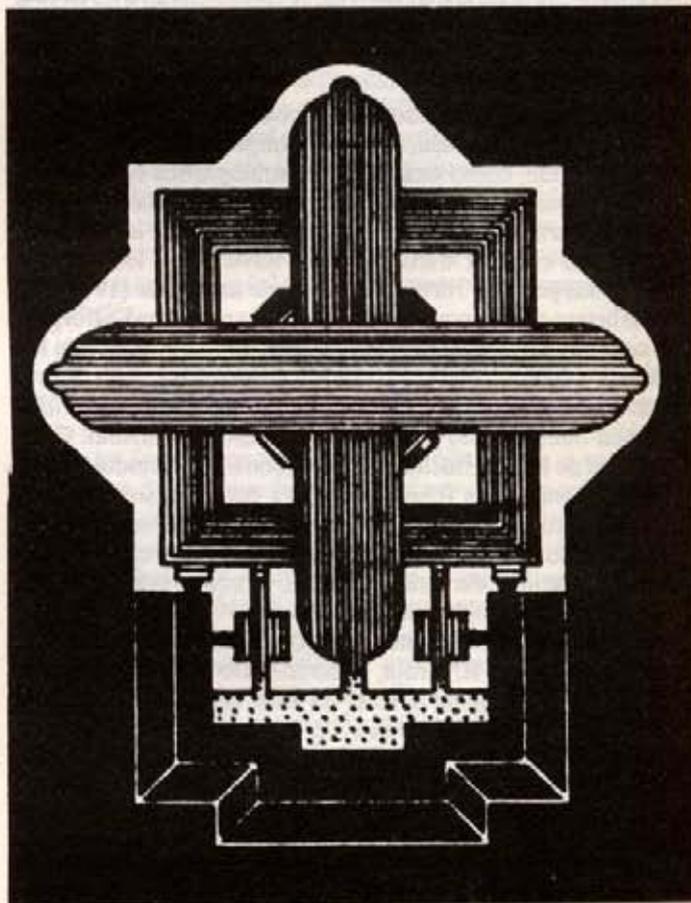
El desmembramiento de determinados fragmentos de lectura y la ubicación dislocada, arbitraria, de dos "Intervalos", de dos incisiones practicadas en la fluencia textual, pueden entenderse ya en las modalidades operativas que culminarían en *S/Z*, el seminal ensayo de Barthes, publicado en 1970, y que apuntaban, decididamente, a la emancipación del discurso crítico de su tradicional función ancilar respecto a su objeto de estudio, la literatura. Y cuando Ludmer dice, con el entero tablero de control en sus manos, que *Cien años de soledad*, una novela armada sobre el cruce de un árbol genealógico y el mito de Edipo, es también una historia que coincide con la historia personal del autor, una novela profundamente política y una novela políticamente progresista en la medida en que postula la superación de lo reprimido y de las fuerzas que en lo económico, lo político y lo social han reprimido y continúan reprimiendo a América Latina, sus afirmaciones no remiten ya, necesariamente, al texto del que se arranca: la novela, sino al texto en el que se concluye: la crítica.

En *Onetti. Los procesos de construcción del relato*, (1977), Ludmer re-examina el estatuto del discurso crítico. Señala que "en el proceso de anulación de los géneros, el momento esencial es el de la desjerarquización: ninguno 'por encima de otro' ningún imperialismo. Se trata de un campo común de conexiones mutuas; el discurso crítico no es un apéndice (una colonia), sino otro texto que se sitúa en uno de los tantos cortes

intertextuales que erige la escritura; narra un drama, poetiza. Y, sobre todo, reescribe: ese es su sello..."⁹.

Este nuevo espacio de escritura constituido no ya para descifrar una verdad oculta o para interpretar, sino para provocar y ayudar a la transformación del sentido, ubica en su centro gravitacional un tipo de actividad que se reserva, obviamente, todas las iniciativas. Es como si la figura del autor, cuya muerte se acababa de oficializar en el discurso fúnebre de Foucault¹⁰, se reencarnara ahora en la figura del crítico; como si la intencionalidad operativa del crítico se articulara ahora, con franqueza, en el entramado de su saber profesional, su cultura, su visión del mundo, su ideología, sus deseos, su imaginación. El texto de Onetti genera el texto de Ludmer y éste el del crítico que lo re-escribe en un proceso de semiosis que no reconoce otra legalidad que la de su efectiva expansión.

En un estrecho paralelo con estas reflexiones sobre el discurso crítico, deben considerarse las que Noé Jitrik reúne bajo el enunciado de "trabajo crítico", aunque en este caso tales reflexiones recorren un arco temporal más amplio y responden a un proyecto de sistematización más explícito. En efecto, desde "Producción literaria y producción social", artículo escrito en 1973, hasta "Nuevas precisiones sobre trabajo crítico", 1978, *La memoria compartida*, 1982, y *los dos ejes de la cruz*, 1983, redactados ya en el exilio mexicano, Jitrik ha venido elaborando el marco conceptual que cohesiona sus diversas aproximaciones al ejercicio de la crítica y que



⁷ Otro de esos discursos críticos, el de la dependencia, ha sido minuciosamente registrado y evaluado en el artículo de Jorge Panesi, "La crítica argentina y el discurso de la dependencia", en *Filología*, año XX, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1985.

⁸ Este rechazo aparece explícitamente reconocido en el prólogo a la segunda edición de *Cien años de soledad. Una interpretación*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

⁹ Josefina Ludmer, *Onetti. Los procesos de construcción del relato*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

¹⁰ Michel Foucault, "Qu'est-ce qu'un Auteur?", *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, vol. LXIV, Paris, A. Colin, 1970.

aspira a convertirse, eventualmente, en el marco conceptual de una tendencia de la crítica latinoamericana contemporánea. El "trabajo crítico" se define en este marco conceptual como un trabajo de re-escritura, como un modo específico de incorporarse a un proceso de producción textual que desborda al que se ofrece como objeto originario de análisis. Esta incorporación no se apoya en las certidumbres de un cientificismo despojado ahora de sus seculares premisas de validación, y admite que por las grietas del viejo objetivismo se re-introduce el sujeto como instancia productiva con "su bagaje ideológico y su carga histórica".

El "trabajo crítico" se hace parte así de un proceso de semiosis que se abre a otros órdenes de la realidad y del conocimiento que fueron tradicionalmente recortados en una aureola de especificidad irreductible, y progresa, o puede, esperanzadamente, progresar, en una serie de desplazamientos y concatenaciones cuyo horizonte de contención es la vida social, en la que estamos todos, "aún los teóricos y la teoría, aún los escritores y quienes trabajan sobre ellos". Y si la vida social, dice Jitrik, es un texto que procede de una memoria colectiva, y si la política es lo que lleva esa memoria al porvenir, desde donde se comprende, "la política hace lo mismo que un texto que viniendo de lejos se forma ya, en, sobre y desde el porvenir"¹¹. En la constitución de la utopía, infiere, se instala el significante final. Estas reflexiones, importa señalarlo, fueron elaboradas en momentos en que la realidad política de América latina en general, y de Argentina, en particular, volvían apenas imaginable el vínculo entre esa realidad y el campo operativo de una teoría de la crítica literaria.

Menos nítidas, aunque seguramente, no menos presionadas por la realidad política que filtran las reflexiones de Ludmer y de Jitrik, las reflexiones sobre el discurso crítico de Nicolás Rosa, diseminadas en el volumen, *Los fulgores del simulacro*, 1987, oscilan entre la atención debida a las hipótesis y a la terminología surgidas en el campo de la teoría desde el año inicial de la década del setenta, la función política atribuible a la crítica literaria, y la naturaleza de un proceso de ficcionalización que terminaría absorbiendo, necesariamente, al discurso crítico.

Tal como estas reflexiones aparecen condensadas en las páginas que anteceden a la recopilación, revelan el itinerario zigzagueante de una actividad excepcionalmente alerta a las, a menudo, contradictorias proposiciones de la teoría literaria contemporánea. Y este itinerario zigzagueante favorece el efecto de percepción de una producción fragmentaria, asullada, absorta, con frecuencia en la contemplación de sus propios movimientos, condición que favorece, a su vez, la persuasividad del proclamado efecto de disolución de los contornos de una actividad que se ficcionaliza en sus contactos con un objeto de estudio con el que no puede entrar en relación y que se convierte, por lo mismo, en simulacro de simulacros que se desplazan.

Pero también en este itinerario se revela la función de anclaje atribuida al productor del texto crítico, enfatizada, si cabe, por precisas referencias autobiográficas, y se revela la

función política del discurso crítico: "si es posible importar saberes técnicos sobre los que apoyar la reflexión teórica, es imposible generar un discurso crítico fuera del entramado social donde se ejerce: la actividad crítica solo puede dar cuenta de los fenómenos argentinos o americanos porque son los únicos objetos "adecuados" a esa reflexión, son los únicos que pueden engendrar una transferencia positiva, una reincidencia dialógica suficiente. Somos lectores de lo universal, pero sólo somos escritores de lo particular"¹².

Esta revisión de los escritos de Ludmer, de Jitrik y de Rosa no hace justicia, seguramente, a la riqueza y a la complejidad de los mismos, ni se presenta con la convicción de haber transitado con éxito por los hermetismos y los endurecimientos crípticos de su textura, pero si ha logrado una aproximación a la dinámica de sus respectivos proyectos críticos, esta aproximación parece visualizar: a) el abandono gradual y compartido de muchas de las premisas del primer estructuralismo: la coerción del modelo lingüístico, el inmanentismo textual, la confianza en el conocimiento científico; b) la autonomía de la actividad crítica; c) la incorporación de la actividad crítica en un proceso de producción semiótica que desborda el objeto originario de análisis; d) la postulación de la variante "latinoamérica" como significante global que condiciona o clausura el proceso de producción semiótica en el que se instala la actividad crítica.

Los términos de relación entre el estructuralismo y las prácticas postestructuralistas tal como se ilustran en los casos citados, permiten, a su vez, allegar algunas observaciones sobre el comportamiento de una y otra modalidad en los marcos conceptuales del modernismo y del postmodernismo.

El estructuralismo fue, radicalmente, moderno, en cuanto sostenía la viabilidad del conocimiento científico; pero al negar la historia, agregaba un antihumanismo que amputaba seriamente el impulso del proyecto modernista. En su corta trayectoria argentina, el estructuralismo no alcanzó a recorrer las dimensiones de esta amputación, aunque, por lo menos los lectores de "Pruebas y hazañas de Adán Buenosayres", llegarán a denunciarla. El postestructuralismo, en términos relacionales, es un postmodernismo, en la medida en que se desentiende, desconfía o niega, llanamente, el discurso científico, y se desentiende, desconfía o niega el discurso o los discursos legitimadores con que la modernidad fundaba su utopía de liberación. No es, necesariamente anti-historia, pero la historia naufraga en la multiplicidad de discursos que cruzan en la orgía de los significantes liberados; no es necesariamente antihumanista, pero el humanismo se disuelve, con frecuencia, en los juegos interminables de lecturas que sustituyen y desplazan a otras lecturas. El postestructuralismo, en la Argentina, ha seguido hasta ahora, estas grandes líneas de desarrollo, pero ha reintroducido en sus prácticas a la historia, que había desalojado el estructuralismo. Ha optado por el modernismo, por la idea de una modernidad a la que todavía, supuestamente, se la percibe en estado de incompletud, porque se la percibe, necesariamente, desde la perspectiva de la historia latinoamericana.

¹¹ Noe Jitrik, "Nuevas precisiones sobre trabajo crítico", en *Lingüística y Literatura*, Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1978.

¹² Nicolás Rosa, *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1987.

Crítica Argentina 1988:

esos raros objetos nuevos

Al tiempo en que la arbitrariedad los descascara, los sistemas ofrecen un amparo para organizar la experiencia. Quizás sea nada más que el azar la causa que dató en 1988 la edición de tres libros que, cada vez con mayores reservas, se pueden atribuir a la crítica literaria. Tal vez porque sus autores eran críticos imaginemos que aún lo son, y compatibilicemos entonces lo que a primera vista se presenta heterogéneo. Tal vez ocurra que siguen siendo críticos literarios, sólo que su objeto ha sido afectado —como el de tantos otros campos de estudio— por metamorfosis empeñadas en hacer olvidar estadios anteriores. No se intenta con esto promover el manierismo, sino más bien tantear alguna aproximación a los problemas que plantea la lectura de estos tres libros recientes, aún desde la pregunta más basta: qué es la crítica literaria hoy.

Uno hace de la ciudad del cambio su obsesión; otro busca la patria en un género y el tercero encuentra en un discurso el espacio donde leer los entreveros entre lo letrado y lo popular. Los tres olvidan lo puntual y construyen lo diverso atravesado por la política. Más directa o más oblicuamente, los tres disfrutan de los beneficios de la renovación contornista y, dispuestos a lo nuevo, se constituyen en raros objetos que provocan desplazamientos en el uso de los libros de crítica: para ser leídos antes que consultados, en tanto fueron escritos y no llenados. Son críticos de los modelos de la tradición a la que pertenecen —los citan como un modo de diferenciarse— y actúan una renovación paralela a la que de común se exige a los libros cuya finalidad primordial es estética. Los sobrevuela la dificultad, tanto teórica como metodológica, de reflexionar sobre los objetos que exceden la cultura letrada, de construir la mirada que haga, de dos espacios, uno solo. Sin embargo, sus lectores virtuales no coinciden y cada libro —cada crítico— exhibe diferentes anhelos de interlocución, de circulación, de visibilidad social. Sus editores los han destinado a colecciones que no compatibilizan entre sí con nitidez.

Además del azaroso año de edición y de su condición de libros argentinos —en sus miradas, sus pasiones—, sólo la diversidad los reúne, y de ella se intentará hacer la hebra que los hilvane apenas lo necesario. A la pálida luz de un tiempo que se consuela con lo irremediable de la monotonía, los libros de Beatriz Sarlo, Adolfo Prieto y Josefina Ludmer alumbran la diversidad de la producción intelectual. Quizás no todo lo sólido fatalmente desvanezca.

Beatriz Sarlo: "Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930"

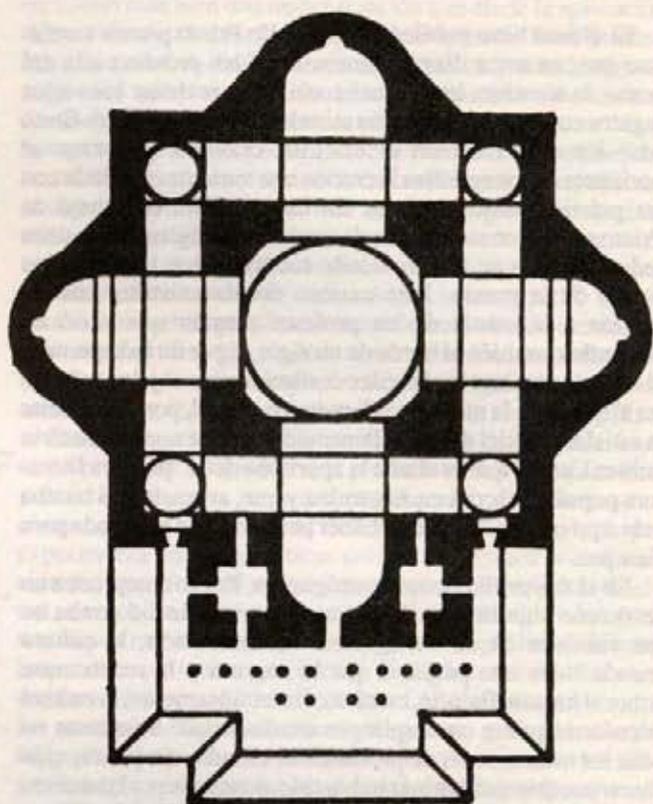
"Es posible que la historia de la cultura y, en particular de la literatura y el arte no se liberen jamás de la tarea de redefinir permanentemente su discurso y su objeto, ¿de qué historia se trata? ¿de qué trata esta historia?" *Una modernidad periférica* propone un nuevo modo de urdir las tramas que cuentan la historia convocando una constelación de discursos y prácticas con un deseo próximo a la utopía: reconstruir la experiencia vertiginosa del cambio en ese escenario versátil y permeable en que "el futuro era hoy". *Cito revisitada.*

Una ciudad —Buenos Aires— se constituye en una noción organizadora del pensamiento sobre la cultura cuya silueta puede delinearse rastreando huellas de las transformaciones sociales, buscando puntos de condensación que sintonicen un diálogo en los restos fragmentarios y contradictorios de una cultura que se debate entre lo nuevo y la pérdida irreparable. Modernas quimeras sobrevolando paisajes fracturados en los

cuadros de Xul Solar; luces fantasmagóricas —“reflejos de azul de metileno, amarillos de ácido pícrico”— en la calle Corrientes de las aguafuertes portefías de Arlt; anuncios de gramófonos portátiles en *Caras y Caretas*; orillas suburbanas, cuerpos despedazados, rosas blindadas, deshechos humanos, en la literatura de Borges, Gironde, Tuñón o Castelnuovo; voces femeninas ante miradas masculinas en los poemas o en las biografías de Norah Lange o Victoria Ocampo; un simulacro fatal o un romance esperanzado en los ensayos de Martínez Estrada o Scalabrini Ortiz: la heterogeneidad no sólo conforma el objeto sino que también provee la hipótesis básica: “un libro de mezcla sobre una cultura también de mezcla”. Así, fragmentos diversos de la cultura, datos históricos y sociales, historias de vida, van diseñando líneas de convergencia y divergencia que organizan un mapa emblemático de la experiencia contradictoria del cambio: de las invenciones futuristas a las anacrónicas fantasías reparadoras, del erotismo a la represión, de la utopía al fatalismo. Ya sea que se vincule con el régimen de la historia intelectual, la historia cultural o que recurra a pautas metodológicas variables, la elección de esta modalidad discursiva —irrespetuosa de las fronteras de la crítica literaria— se presenta explícitamente como resistencia a cánones epistemológicos rígidos y como marcada insatisfacción frente a la docilidad del discurso crítico ante modelos teóricos vinculados a modas intelectuales.

Si *Una modernidad periférica* reconoce una deuda para con *Viena, fin de siglo* de Carl Schorske, en tanto apuesta a la posibilidad de pensar la cultura urbana descubriendo la relación entre universos heterogéneos (y con Walter Benjamin, que ya había leído a Baudelaire para leer el París del Segundo Imperio), los nombres que se mezclan al momento de reconocer diálogos intelectuales, las estrategias de lectura, sugieren una nueva concepción del discurso crítico que —desconfiando de los límites canónicos de la sociología de la literatura— multiplica las posibilidades de captar la densidad semántica y simbólica del mundo social. Un deseo de transparencia que interroga obsesivamente las configuraciones estético-ideológicas que condensan los procesos sociales.

Los trabajos más recientes de Beatriz Sarlo habían agregado a su campo de investigación —concentrado esencialmente en los procesos culturales y la literatura de las primeras décadas del siglo— la producción literaria argentina contemporánea, señalando una concepción ética y política en la elección de los objetos y los modos de abordarlos. Si durante la dictadura militar la literatura había encontrado formas de figurar la historia y la política obturadas en otros discursos sociales, la lectura crítica reconocía y reproducía ese gesto. Ahora, esta vuelta al Buenos Aires de principios de siglo sugiere una renovada concepción de la historia de la literatura que decide arrojar una mirada al pasado como prehistoria de nuestro tiempo. El surgimiento de un repertorio amplio de respuestas acerca de la modernización, la revolución, el lugar de la mujer o de la nacionalidad, puede leerse entonces desde el presente, diseminando señales sobre este final provisional de la historia demasiado tumultuoso y confuso, demasiado presente para la imaginación histórica y la interpretación crítica. “Al elucidar la génesis, el significado y las limitaciones de las ideas en su época —dice Schorske— podremos entender mejor nuestras actuales afinidades con ellas”. La producción literaria, las relaciones entre los actores del campo intelectual, las revistas del período pueden leerse entonces como escenario de debates políticos y estéticos y, a la vez, como espacios en que nuevos valores —la primacía de lo nuevo, la revolución, la pedagogía social— inician una larga



historia de fundamentaciones. También desde el presente puede hipotetizarse para ese período un mayor espacio de contacto entre diversas esferas culturales: Arlt y la novela sentimental, las ciencias ocultas o las revistas de divulgación técnica, Raúl González Tuñón y Borges en las páginas de *Crítica*, Olivari y su trabajo con el registro popular de la lengua, Enrique González Tuñón y su glosa del tango. *Una modernidad periférica* pautta estos cruces significativos desde la perspectiva de corte monográfico propuesto, que elige reconstruir la experiencia de la modernidad a partir de diversas fracciones de la esfera de la cultura letrada.

En esta sucesiva tarea de redefinir su objeto y su discurso, el último trabajo de Beatriz Sarlo define no sólo su concepción epistemológica del discurso crítico, sino también el espacio deseado de interlocución social. Rechazando la especialización como valor y privilegiando la significatividad social de su discurso, confiesa una cierta nostalgia sartreana por aquella mirada estrábica que reconoce en los intelectuales de *Contorno*: una mirada que intente ver más allá de los contornos de sus propios saberes y que convoque al mismo tiempo, miradas ajenas. Con otra marca menos nostálgica y más habermasiana, su discurso se resiste a la privatización de los espacios académicos e intenta un registro que anule una distancia creciente entre una cultura de expertos y la esfera del debate público. Enfrentados a la opacidad de las relaciones sociales, los nuevos caminos críticos tantean respuestas cotidianamente elocuentes, translúcidas. “En el término final (utópico) —dice Barthes— está la transparencia, como si la consistencia de la interlocución social pudiera un día esclarecerse, aligerarse, calarse hasta la invisibilidad”.

El último libro publicado de Adolfo Prieto parece confirmar que, en estos días de luminosidad tan próxima a la del ocaso, la aventura intelectual consiste en visitar los viejos lugares construyendo nuevas miradas sobre lo ya visto. En su caso los ojos retornan al discurso criollista y anexan al horizonte de los estudios literarios una variante que linda con las prácticas arqueológicas. En este sentido, el trabajo de Prieto semeja un inesperado desentierro de objetos argentinos redescubiertos en Berlín, donde sobrevivieron incluso a los azares de la guerra. Este curioso desplazamiento, posible gracias a la manía de un profesor alemán que vivió en Argentina también al borde de un siglo, si por un lado permite el reencuentro con los frágiles destinos de los objetos culturales alejados de la mano de la bendición oficial, por otro admite la satisfacción del deseo de llenar un blanco de nuestra historia cultural, aquel que ocultaba la aparición de la "primera literatura popular" escrita en Argentina y que, arrojada una bomba más aquí o más allá, podría haber permanecido enterrada para siempre.

En el desarrollo de su investigación, Prieto comprueba un fenómeno significativo. Mientras nuestra sociedad erraba en los vaivenes de su vertiginosa modernización, la cultura letrada sufre una parálisis que la angosta y la reconcentra sobre sí hasta asfixiarla, en tanto, simultáneamente, la cultura popular adquiere un despliegue inusitado que trastorna no sólo los mecanismos de producción, circulación y recepción literarias, sino que además había sido alcanzada por las nuevas políticas educativas e inmigratorias, las campañas de alfabetización y el periodismo. Entre las franjas populares la literatura criollista satisfizo los reclamos de quienes se iniciaban en las destrezas de la lectura, al tiempo en que se convirtió en "forma de civilización" que modelaba sus conductas y les ofrecía valores y respuestas para los nuevos tiempos. El trabajo de Prieto, entonces, revisita al criollismo en el período de su mayor visibilidad social —1880 a 1910—, pero disponiendo una mirada en las junturas donde dos culturas se contactan, repelen, interpenetran y complementan. Las intersecciones, que la historia literaria había destinado al olvido, se ofrecen a primera vista como un conflicto estético, pero gradualmente descubren conecos cargados de significación política. La mirada de Prieto fusiona lo memorable y lo perdido restaurando las estridencias, y luego describiendo la agonía de una literatura "perniciosa" y "malsana", efímera, bajo el imperio de la voz oficial. Quizás como nunca la literatura argentina revelaba las formas de un uso político.

¿Cómo reconstruir esta experiencia perdida? Los estudios culturales de nuestra época, que quizás a la distancia se lleguen a percibir como la variante realista de la crítica, ofrecen la alternativa de desprenderse de la estrechez metodológica a cambio de recuperar una densidad histórica en la que nada de lo cultural resulta ajeno. Prieto, guiado por una decisión intelectual de leer el conflicto y no alguno de sus frentes, opta por una estrategia que va cercando su objeto con bordes sucesivos —inmigración, educación primaria, alfabetización, periodismo, censos, informes— hasta sitiar lo literario en una interrelación de series que confiere un carácter reversible al pasaje literatura/sociedad, a la vez que contruye una trama con suficiente espesor como para verificar que los tiempos de la autonomía literaria eran aún lejanos, y que el espacio del discurso criollista es significativo de hondos conflictos sociales que atravesaban la modernización del país.

Si este fuera el movimiento del libro de Prieto, también podría hablarse de una estética del mismo. Extensas transcripciones con valor probatorio, acumulación de datos insospechados, recurrencia a la mensura, cruce de informaciones que se alumbra entre sí, son procedimientos que verosimilizan la reconstrucción, la tornan confiable y delinean un efecto de densidad, mediante el cual se tiene la ilusión de aproximarse a cómo fue la vida de vastos sectores sociales en el período ya indicado —entre ellos el de un embrionario campo intelectual—, en la medida en que el desentierro discursivo permite, al menos hipotéticamente, la recuperación de prácticas extradiscursivas de esos mismos sectores (fiestas, reuniones sociales, agrupamientos, exclusiones).

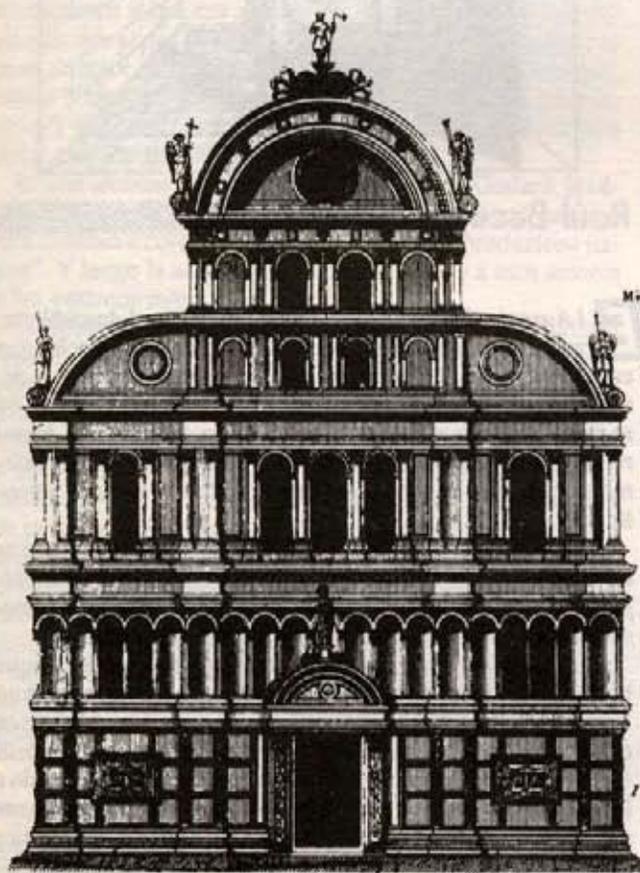
Aún así, el proyecto de Prieto vuelve a plantear la complejidad de la aproximación crítica para el estudio de la literatura popular. Al momento de construir la "red textual" del criollismo, la sorprendente cantidad de volúmenes que permanecen en los anaqueles berlineses se adelgaza hasta la concentración en algunas de las novelas de Gutiérrez y otros pocos textos de esta "primera literatura popular" argentina. Si, por un lado, esta es una determinación de la propia mirada que se aplica a los momentos de cruce entre culturas letrada y popular, es decir, ahí donde efectivamente se percibe el conflicto de la modernización, por otro hace reingresar las dificultades específicas para la valoración estética de un objeto —la literatura popular— que tanto fascina como desconsuela al condensar una tensión que parece infranqueable. Si esta literatura provee textos heterogéneos, sucios, encantadores, su conjunto en cambio revela una contracara donde las variantes formales son escasas y el valor de lo nuevo es desestimado en beneficio de la seguridad en la recepción, tal como Mukarovsky lo señalara en sus ensayos de los años '30. De ahí que, hostilizada por la alianza de artistas e intelectuales asociados a los privilegios de la modernización, esta literatura popular se haya agotado sin encontrar el modelo alternativo que reemplazara al *Moreira* de Gutiérrez, cuando su propio público, diversificado y provisto de mejores destrezas, reclamaba también los beneficios del cambio.

Josefina Ludmer: "El género gauchesco. Un tratado sobre la patria"

En un gesto especular con la literatura la crítica lee y reescribe los textos fundando su espacio, trabajando su materia. Si a Borges que lee y reescribe a Carriego o a Hernández "el cuerpo del otro le sirve para buscarse", al crítico, el cuerpo escrito de la literatura le sirve para delimitar su espacio y definir su práctica. "Definir qué lee un crítico, cuáles son sus objetos es definir el sentido de su crítica". *El género gauchesco*, el último trabajo de Josefina Ludmer, exhibe claramente la elección en la misma economía denotativa del título. Pero ¿cómo leer hoy un objeto que se sitúa casi por debajo o por detrás de una larga tradición de sucesivas reescrituras? El mismo Borges ya había suscitado el diálogo con los dos tonos del género, el lamento y el desafío: "Llego ahora a la obra máxima: el *Martín Fierro*. Sospecho que no hay otro libro argentino que haya sabido provocar de la crítica un dispendio igual de inutilidades." Desde el subtítulo, *Un tratado sobre la patria* responde al desafío. Frente a la inutilidad dispendiosa de ciertas páginas críticas, reivindica la categoría de *uso*, no sólo para definir al género, sino también para definir el trabajo

crítico: un uso de la literatura que signifique el presente y la patria.

La elección del género supone un arribo de Ludmer, después de un itinerario que recorrió el texto, los textos, como marco de investigación de los procesos de construcción narrativa. Una nueva concepción del objeto permite pensar ahora las prácticas literarias argentinas en su especificidad. Trabajar



el género como conjunción de literatura y política, voz escrita y voz oral, "uso letrado de la cultura popular", significa trabajar sobre la emergencia y los usos futuros de una matriz fundante en la cultura nacional.

Los trabajos anteriores de Ludmer habían diseñado un modo de leer: un sincretismo crítico que trabaja a partir de sus propias categorías de análisis para investigar la ideología de los textos a partir de los modos de producción textual e intertextual. En *El género gauchesco* la intertextualidad organiza una trama aún más compleja que intenta descentrar el sistema y sus entradas posibles. Los textos son leídos en un diálogo constante con otros del género, con otros géneros, desde una "perspectiva cambiante" que permite idas y vueltas sobre los objetos que adquieren así posiciones relativas y, en consecuencia, nuevas posibilidades de sentido. Esta "movilidad y diversidad" intenta inhibir la lectura crítica como ordenamiento represivo, oponiendo una microscopía siempre cambiante en la que se descubre la utopía de la crítica: un aleph de visibilidad total, el objeto sin límites. Toda "antología", sin embargo, supone un sujeto que recorta y recoge sintonías y diferencias. La lectura intertextual exige una selección que, en este caso, entre toda la literatura futura elige a Borges y a *El*

fiord de Lamborghini para leer la reaparición de los tonos y gestos del género.

Esta búsqueda de especificidad y de categorías explicativas propias no significa el rechazo de las teorías de la literatura, sino más bien una nueva relación que elude la aplicación de modelos y el eclecticismo desideologizado. Si se pueden escuchar ecos de Bajtín, Derrida, Kristeva, y aún de alguna *rara avis* en el cuerpo de la teoría literaria (Hofstadter, Cantor), la escritura crítica desdibuja vínculos estrechos y compone una enciclopedia que se borra en el cuerpo final del texto. Queda apenas el recuerdo de un diálogo y un espejismo: el objeto mismo parece proveer esas categorías teóricas. Las citas y notas bibliográficas componen, por otra parte, una segunda enciclopedia donde distintas disciplinas confirman, verifican, desde la auxiliaridad de las notas, aquello que el texto traduce en su propia escritura. Se trata en todo caso de un uso estereográfico que elude la contaminación con el discurso de otros saberes (sociología, semiótica, lingüística, historia, antropología, lógica) preservando su propia especificidad.

Esta concepción del objeto y los modos de leerlo deviene en un producto *sui generis* que produce su teoría de la crítica y de la literatura en su propia construcción. *El género gauchesco* puede leerse entonces como un "libro objeto" que experimenta nuevas prácticas críticas: ejercicios de diccionario, ejercicios de montaje, notas personales, fichas técnicas, antologías. La experimentación responde, sin embargo, a una lógica interna: un juego de espejos en el que la crítica hace lo que dice que hacen sus objetos. Si el género define los usos de la voz (del) gaucho, el crítico lee el diccionario y confronta los resultados. Si los escritores del género son escritores de biografías de gauchos, el crítico escribe —monta— las biografías de los escritores que, en otro juego de espejos, permiten leer sus biografías del género. Si la gauchesca es una yuxtaposición de voces, legalidades, tonos, el crítico compone un montaje de biografías, textos de Chomsky, Mauss, Eisenstein, Pierce, que permiten enlazar categorías propuestas para leer el género: el anarquismo, el racismo, el don, La Ley. Como todo montaje, queda abierto a nuevos lazos que multiplican las posibilidades de sentido. El crítico aparece *EN OFF* y sugiere una nueva definición del trabajo crítico: un montaje de textos leídos (en un mapa disciplinario y geográfico heterogéneo) que organizan tramas que no se cierran nunca.

La audacia teórica y el rigor microscópico del trabajo crítico de Josefina Ludmer, la cuidadosa defensa de su especificidad discursiva, se transforman en consecuencia, en índices paradójicos de sus alcances y sus límites. La eficacia de los usos políticos de la literatura parece debatirse hoy no sólo en la capacidad del discurso crítico de cumplir sus objetivos epistemológicos y sus presupuestos ideológicos, sino también en la posibilidad de ampliar el marco de su receptividad social. *El género gauchesco* recupera, sin embargo, un tono desacomodado en el discurso académico. Desde el proyecto engañosamente anacrónico de escribir un *tratado*, hasta la recurrencia en una trama semántica, simbólica y social de intraducibles —gestos, resonancias, ritmos que condensan la nacionalidad— puede advertirse una nueva inflexión del discurso crítico que reconoce la necesidad de perder distancia con el objeto cuando se trata de registrar "los tonos de la patria". Un gesto que podría resumirse en una última —o primera— definición de la crítica que se anota con el tono de una nota personal: "una mezcla de panfleto, es decir de estética con análisis y teoría, donde llevamos a la práctica el poema y lo usamos de un modo brutalmente directo en nuestra escritura."

LA HISTORIA DE BARBARA



Raúl Beceyro

El *Ausente*, film de Rafael Filippelli, pone al descubierto, para quienes no se hubieran dado cuenta, un hecho que concierne a todo el cine argentino realizado en esta época democrática. Todos los filmes argentinos hechos a partir del 84 se elaboran en un estado de tensión con la, llamémosla, historia argentina. Con medios, enfoques y perspectivas muy diferentes cada uno de esos films quiere narrar la historia argentina.

El grupo más numeroso está integrado por los films que se refieren a la dictadura militar (1976-83). *La noche de los lápices* directa, casi obscuramente y muchos otros films de manera incidental, mostraron secuestros y desapariciones.

Pero curiosamente la película más prestigiosa de las que hablaron de la dictadura militar, *La historia oficial*, resulta un film totalmente ajeno a la historia. En un artículo publicado en el número 26 de la revista *Punto de Vista* el propio Filippelli escribió: "*La historia oficial*, cuyo tema parece estar ligado a los últimos años de la política argentina y más precisamente a la cuestión de los desaparecidos, es tan exterior a la política que, modificándole dos o tres escenas del guión, se convertiría rápidamente en un film sobre las desventuras de una madre adoptiva".

La primera originalidad de *El Ausente*, el primero de los numerosos elementos que hacen de la película de Filippelli un "planeta ajeno al sistema solar del cine argentino", es que comienza *antes*. *El Ausente* se inicia con el triunfo de Raúl Salas (el René Salamanca de la ficción) en la elección interna de la regional Córdoba del gremio Smata, hecho que sucede en 1972. Y más todavía: *El Ausente* termina *antes*. Uno puede pensar que el plano final de la película, el plano general del frente de la casa en donde Salas-Salamanca está *guardado*, sucede el día 23 de marzo de 1976.

El Ausente también difiere de los films que ejemplifican maneras diferentes de narrar la historia. Difiere de las películas "eternas", cuyo ejemplo caricaturesco es *La sagrada familia*. El film de Pablo César pretende criticar a las instituciones (ejército, iglesia, familia) que funcionan en todas las circunstancias históricas. Critica caracteres permanentes, estables, los que hacen a esas instituciones idénticas a sí mismas en todos los contextos. Critica a esas instituciones por lo que son, *siempre*. Pero en verdad el ejército o la iglesia *nunca* son así.

Tampoco *El Ausente* pertenece a ese otro grupo de películas cuya referencia no es ya la historia argentina, sino la historia... del cine argentino, aunque en sus aspectos minúsculos o, aún siendo importantes, meramente industriales.

1988, por ejemplo, fue el Año I de la Era de las Co-producciones. Varias películas lo atestiguan, pero no en el simple hecho de ser co-producciones, sino en la organización de sus materiales, en la manera de ejercitar su imaginación.

Un productor argentino logra organizar una co-producción con Checoslovaquia; entre las condiciones está el filmar en Praga, ya que los checos disponen de grandes estudios, en los cuales ya se filmó *Amadeus*. Entonces un dócil director imagina una historia en la cual un director de cine argentino va a filmar a Praga una película sobre la vida de Franz Kafka. Más precisamente sobre sus amores. El director imagina también que esas dos series de secuencias (la historia del director y lo que el director quiere filmar) van a confluir en la escena final, cuando el director y Kafka, por ese milagro de las co-producciones y de las imaginaciones domesticadas, van a ponerse a hablar a orillas del río Moldau.

En una secuencia de la película *Week end* de Godard, la cámara enfoca a un grupo de personas que están en una esquina y que entonan a coro: "Siamo gli attori della coproduzione italiana". Y luego la acción de la película sigue y a esos actores no los veremos más.

El espectador de *Week end* sabe entonces, gracias al propio Godard, que el film es una co-producción franco-italiana y que, seguramente por las condiciones establecidas en los contratos de co-producciones entre Francia e Italia, un cierto número de actores italianos debían aparecer en el film; a Godard no se le ocurrió, por ejemplo, que el personaje principal (un francés) tuviese un amigo italiano y que en una ocasión fuesen juntos a un bar de otro italiano donde compartieran una mesa con otros italianos durante algunos momentos, para poder así cumplir con la obligación legal. Godard no trata de disimular el hecho, escamoteándolo. El espectador de Godard es respetado por el cine de Godard.

Los amores de Kafka quedará como un documento de que en 1988 se hizo una co-producción entre Argentina y Checoslovaquia.

Contrariamente a estas otras películas, *El Ausente* toma directa, brutalmente a la historia argentina como tema. Y de los asuntos posible toma uno particularmente complicado: la situación de la izquierda en los años 70, tironeada entre la acción armada y la actividad política. Los sindicalistas de izquierda, los clasistas o los del Partido Comunista Revolucionario como Salamanca o los independientes como Tosco o los de la izquierda peronista como Atilio López, constituyen una rama particular de esa izquierda.

Después de *La Tablada* (la película fue terminada antes) se reclama el análisis y la consiguiente autocrítica de la izquierda en los años setenta, incluyendo la fascinación que ejerció la guerrilla y los intentos para justificarla. *El Ausente* realiza parte de ese análisis necesario, tomando como eje la figura de Salamanca, y encarnándola desde el único ángulo desde el cual podía Filippelli, honestamente, encarar la cuestión: el intelectual que trabaja junto al hombre público.

Muñiz, el escriba de Salas, tal como Antonio Marimón, autor del texto sobre el cual se basó la película, fue el de Salamanca, hace los discursos que Salas va a decir y los panfletos que Salas va a firmar. Su acción, módica y en la sombra, no aparece como decisiva, pero le permite estar junto al Actor, el hombre público que sí va a modificar el curso de las cosas.

Pero *El Ausente* muestra que en realidad Salas es mucho menos Actor de lo que parece. Hay otros factores que determinan los límites del campo que Salas recorre: la burocracia sindical (el José Rodríguez de la ficción), el Partido, que man-

tiene con Salas relaciones complicadas, la Represión, que lo obliga a pasar a la clandestinidad, lo que no será suficiente.

Tampoco la acción de Salas aparece decisiva. Cediendo en una ocasión, yendo al frente en otra (y de ahí vendrá la intervención al Sindicato), Salas se limita a elegir entre las escasas posibilidades que se le ofrecen, y las consecuencias de su elección estarán también determinadas por otros.

El Ausente toma la historia argentina en un nudo problemático (comienzos de los años setenta), con un eje (el sindicalismo de izquierda) y un enfoque (el del intelectual que está junto al hombre público). No hay, en el cine argentino, ningún otro film cuyo problema y cuyo enfoque hayan sido delimitados con tanta precisión.

El problema del intelectual que está junto al hombre político no se limita al caso de Muñiz junto a Salas. En la base de la cuestión, me parece está la insatisfacción que puede causar la actividad intelectual, en el intelectual cuyo objeto de estudio es la sociedad. No es fácil entonces evitar la tentación de pretender influenciar en la evolución de aquello cuyo funcionamiento se conoce tan bien. A veces se pasa al acto, y entonces la actividad política colma la carencia que la teoría parece presentar. En otros casos el rol del intelectual consiste en estar junto al hombre político e ilustrarlo para que en su acción se vean las huellas de sus ideas.

Los intelectuales del Partido Comunista en la década del 50, los del Peronismo en los comienzos del setenta y los gramscianos de Alfonsín son tres ejemplos de la situación de intelectuales cercanos a la acción política.

Curiosamente, de manera imprevista en el film cuya materia es la política, en los quince minutos finales la historia (argentina) es prácticamente evacuada y aparece mucho más imperiosa la historia de la película. Siguiendo las indicaciones del partido Salas se esconde en una casa y permanece ahí, guardado. A partir de ese momento la película se desarrolla en ese decorado único, filmado con una cámara alta (la misma que en el departamento de Brandoni en *Hay unos tipos abajo*). Las visitas de la mujer de Salas y las comidas puntúan sus días y sus noches y la minucia con que está mostrada la preparación de los bifés a la criolla está en relación directa con la importancia que adquieren las comidas en la rutina de un hombre "guardado".

La cámara alta arrinconada aún más a Salas y preanuncia su suerte, la muerte, que el film no considera necesario mostrar. La película termina antes de que a Salas lo vengán a buscar y se lo lleven.

En el artículo publicado en *Punto de Vista* Filippelli se lamentaba de que los cineastas argentinos se plantearan como único interrogante "¿cómo se hace un éxito comercial más o menos digno?", desechando cuestiones más pertinentes, más adecuadas, más verdaderas.

El Ausente es la película de un cineasta que ha desechado aquel interrogante que consideraba inadecuado y que, por el contrario, se ha planteado las dos o tres cuestiones centrales (¿qué acontecimientos mostrar, desde qué punto de vista mostrarlos, cómo organizar el tiempo, cómo filmar los espacios?) que todo cineasta argentino podría, hoy en día, debería, hoy en día, planterarse, y que se relacionan con la cuestión básica: ¿cómo narrar la historia?

ROUDINESCO, EL PSICOANÁLISIS Y LA HISTORIA

Hugo Vezzetti

¿ Cómo construir una historia del psicoanálisis?, y, sobre todo, *¿cómo escribirla?* Es a partir de estas preguntas que quiero comentar mi lectura de la obra de Roudinesco sobre el psicoanálisis en Francia¹. Si el psicoanálisis, como cuerpo teórico, ha sido más de una vez abordado según el modo de una crónica ascendente de los conceptos y los "descubrimientos", no es posible desconocer, al mismo tiempo, que es Freud quien comienza estableciendo una tradición perdurable cuando construye su historia, no del psicoanálisis, sino del "movimiento psicoanalítico". La suerte de la doctrina queda así anudada, para su creador, a las vicisitudes de una asociación humana peculiar, mezcla de academia científica, movimiento intelectual y corporación profesional.

Por otra parte, esa historia ha quedado singularmente marcada en su escritura por el sello de la *biografía*, individual o grupal, y ello se pone en evidencia, ante todo, en la zaga interminable de obras destinadas a la figura y la vida de Freud, variantes de una biografía originaria e infinita que comienza, también, el maestro vienés. Al mismo tiempo, el peso atribuido a los valores propios del "movimiento" y la institución — "normalización", integridad, fidelidad— ha fundado relatos históricos que han destacado al grupo por sobre las ideas, bajo la forma de una crónica de las desviaciones y las disidencias. Herejías y traiciones jalonan ese imaginario histórico actuante en el presente, narración endogrupal del despliegue del legado freudiano que ha sido, por otra parte, más de una vez asimilada al modelo de la iglesia.

La autora no desconoce los riesgos de tales antecedentes y es notorio que elabora su posición de historiadora con un cuidado particular y de un modo que, si no es ajeno a su formación psicoanalítica, se coloca, a la vez, a contrapelo de

las tradiciones historiográficas surgidas de la comunidad que Freud fundó. Tampoco puede decirse que se inspire en las corrientes modernas de la investigación en historia intelectual. Nada está más alejado de sus cánones que esta obra monumental, que se enfrenta a un corpus prácticamente inabarcable y toma el camino opuesto al de las investigaciones "en escala reducida", características de la historiografía actual en el campo de las ideas y las corrientes intelectuales². En este relato, que abarca cien años y 1.300 páginas, afloran períodos y temas, dominios, fuentes y problemas, suficientes, desde las perspectivas de la historia académica, para escribir media docena de libros.

Obra singular, entonces, cuya importancia deriva no sólo del impacto posible sobre los enfoques y perspectivas de la moderna historiografía del psicoanálisis³, sino del modo en que, por su fuerza y originalidad interpela, metodológica y conceptualmente, a las disciplinas históricas en ese campo mal delimitado en el que confluyen la historia de las ideas, de las instituciones y movimientos intelectuales con la historia y el análisis de la cultura.

La "situación" francesa del psicoanálisis es indagada en términos de una reconstrucción histórica que se propone como "integral" y cuyo hilo conductor reside en las alternativas de la *implantación* de la doctrina freudiana, por el sesgo, siempre desplazado, de las resistencias. No se trata, ni de un catálogo de desviaciones ni de la crónica anticipatoria de una verdad

¹ Elisabeth Roudinesco, *La bataille de cents ans. Histoire de la psychanalyse en France*, 1: 1885-1939, 2: 1925-1985, Paris, Seuil, 1986. Ya ha aparecido la traducción española: *La batalla de cien años; historia del psicoanálisis en Francia*, tomo I, 1885-1939, Madrid, Fundamentos, 1988.

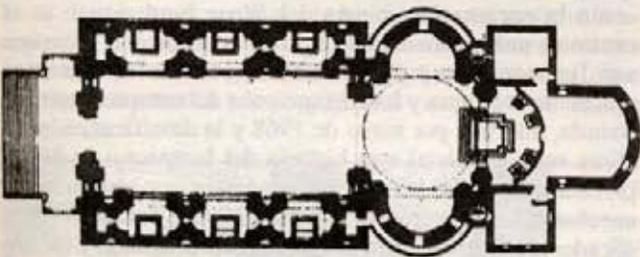
² Véase R. Chartier, "Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories"; y D. LaCapra, "Rethinking Intellectual History and Reading Texts", en D. LaCapra y S. L. Kaplan, *Modern European Intellectual History*, Ithaca, Cornell Univ. Press, 1982.

³ Campo de problemas que ha tenido un notable desarrollo en los últimos años, como lo demuestra la creación de la Association Internationale d'Histoire de la Psychanalyse, en 1986 y la reciente aparición de la *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse*.

establecida de antemano, que estuviera esperando, intangible, en algún recodo del tiempo. Para Roudinesco no hay otra vía de abordaje de las vicisitudes de una doctrina que no sea una *historia de las lecturas*, y en ellas no hay "buenas" o "malas" asimilaciones sino sólo "falsos reconocimientos" (II, p. 20)⁴. No sólo no hay lugar para una crónica reivindicativa orientada a sancionar el progreso indefinido de la disciplina, sino que esta historia —"psicoanalítica" también, por alguno de sus enfoques— lo es, ante todo, de los desencuentros y los malentendidos. Ninguna "transmisión" opera por fuera de los equívocos propios de la lectura y la traducción, y, en ese sentido, puede decirse que esta historia es concebida como un *relato* extenso y variado de los equívocos, tramados privilegiadamente como texto, que sostuvieron la introducción del discurso freudiano en Francia.

Entre el saber y las instituciones de la psiquiatría, el pensamiento y los ideales patrióticos, los movimientos literarios (del naturalismo al surrealismo) y la cultura de la izquierda marxista, circulan y se despliegan las versiones del freudismo, a partir de *condiciones* nacionales y particulares que son más bien heterogéneas a la lógica de los conceptos. De esa interacción del discurso freudiano, analizado en diversos contextos, resultan, en realidad, una *trama de historias*, que se ramifican y se expanden en el libro para reunirse en torno de algunos nudos problemáticos, lugares de cruce y condensación, focos destacados de puntuación y resignificación de un pasado siempre en construcción.

La propia autora no elude el término *relato* para referirse a su empresa. Se trata, en todo caso, de un relato que comienza más de una vez: ante todo por la separación entre el primer y el segundo tomo. El primero da cuenta de la "vía médica" de implantación del psicoanálisis, desde Charcot y el pensamiento psiquiátrico y psicológico francés de las primeras dos décadas de este siglo hasta la biografía grupal de los fundadores de la Sociedad Psicoanalítica de París, entre las dos guerras mundiales, y su superposición con el movimiento de la "psiquiatría dinámica" que se organiza alrededor de la revista *L'Evolution Psychiatrique*. El segundo tomo vuelve a contar esa historia desde lo que Roudinesco llama la "segunda implantación" literaria —que en rigor es anterior a la primera— a partir del peculiar "freudismo" de la vanguardia surrealista. Un rodeo por las relaciones del psicoanálisis con el movimiento comunista francés viene a alimentar ese análisis de un espacio "no oficial", ajeno a las tradiciones médicas, de lectura y diseminación del discurso de Freud. Jacques Lacan queda colocado en un punto de encuentro y anudamiento de esas dos vías, y, en cierto modo, desde allí toda la historia queda ordenada retroactivamente en torno a la labor de dar cuenta de su figura y su trayectoria.



⁴ Véase también "La bataille de cents ans. Entretien avec Elisabeth Roudinesco", *Littoral*, N° 22, abril 1987, Paris, Eds. Eves, pp. 113-132.

Historias y problemas

A lo largo de este relato múltiple es posible destacar algunos nudos históricos que delimitan campos relativamente específicos de problemas. En primer lugar, el análisis e interpretación del campo de la psiquiatría francesa hacia principios de siglo. En ese sentido, una línea central de indagación se focaliza sobre Charcot y los efectos de su enseñanza —entre ellos sus repercusiones literarias— progresivamente relegada frente al peso dominante de las tesis heredo-degenerativas. Veinte años después el surrealismo cumplirá la tarea efímera de recoger algo del descubrimiento de Charcot, bajo la forma de un elogio de la histeria. Por su parte, el pensamiento psiquiátrico hegemónico anuda relaciones con la sociología reaccionaria de Le Bon y crea las condiciones de constitución de un inconsciente "a la francesa", dominado por el modelo degenerativo y sobredeterminado por ideales xenófobos y valores racistas.⁵

Un segundo ámbito de análisis, que es separable del anterior aunque le sea contemporáneo, incluye la consideración de las corrientes dominantes en el pensamiento psicológico francés, en torno a las figuras de H. Bergson y P. Janet. Las vías de conciliación entre Freud y Janet, abiertas por varios de los fundadores de la primera asociación psicoanalítica, se sustentarán, a la vez, en la atención al "genio latino" —opuesto al "espíritu germánico"— y en el núcleo más irreductible del enfrentamiento teórico que el profesor del College de France mantiene con el freudismo: el cuestionamiento de la teoría sexual.

En tercer lugar, es destacable el abordaje, a nivel "micro-histórico", de los fundadores de la Sociedad Psicoanalítica de París. Y si bien pueden señalarse algunos rasgos generales en ese proceso de implantación institucional —particularmente en torno al peso teórico del janetismo y a la voluntad de afirmación "nacional", es decir antialemana, de la disciplina— lo más imponente de ese tramo de la historia acontece a nivel de la biografía de un grupo heterogéneo, que integra trayectorias personales en gran medida divergentes. Por otra parte, en ese período inicial, el psicoanálisis institucionalizado y el movimiento de renovación del saber psiquiátrico establecen sólidas relaciones y, por momentos, forman parte de un único movimiento de ideas, algo que es notorio, por ejemplo, a través de la pertenencia de una buena parte de los fundadores de la SPP al staff de *L'Evolution Psychiatrique*.

Cuarto, esa historia rehecha desde la "segunda vía" atraviesa la literatura y el pensamiento filosófico y político francés desde la primera posguerra y encuentra en el descubrimiento provocativo que Breton y los surrealistas hacen de Freud (adhesión que no entusiasmaba precisamente al maestro vienés) una condición de ruptura, en la cultura, tanto con los ideales médicos como con el lastre de las tesis racistas asociadas a la doctrina de la degeneración. La relación con el movimiento comunista, sus intelectuales —Georges Politzer, en particular— y artistas viene a destacar también algún intento aislado y fallido de aunar freudismo y vanguardia estética con los temas y las tareas de la revolución social. En fin, la historia de esa relación imposible entre el psicoanálisis y el marxismo en Francia recorta una zona del libro, alcanza un primer cierre con la guerra fría y la condena pública del psicoanálisis por parte de psiquiatras del PCF y es reabierto,

⁵ Esta zona de la investigación resulta una contribución de enorme valor para la historia del dispositivo psiquiátrico argentino, capturado por el modelo francés hasta la segunda guerra mundial.

casi veinte años después, en el clima de ideas del estructuralismo, a través de la obra de L. Althusser.

Por último, un núcleo privilegiado y muy extenso de la obra está constituido por la biografía intelectual de J. Lacan y por una primera historia del lacanismo, encarado tanto por la vía —predominante— de una minuciosa investigación "interna" al grupo, como por una indagación abierta a la cultura y las ideas de su tiempo, desde la posguerra y el clima de los años sesenta a la contestación de 1968 y las aventuras del psicoanálisis en la universidad. En ese panorama contemporáneo vienen a reunirse los hilos extendidos de esta historia que recorre casi un siglo y llega hasta la muerte de Lacan.

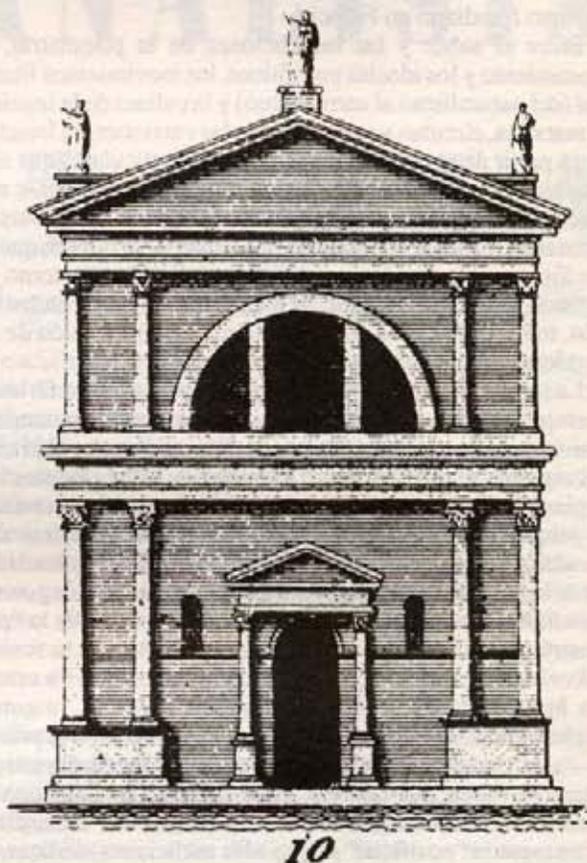
Biografía y psicoanálisis

Un objetivo de esta investigación —a la vez histórica y psicoanalítica— ha sido, entonces, construir un extenso relato que atiende, privilegiadamente, a la implementación conflictiva y la diversidad de lecturas y "usos" del psicoanálisis. Ante todo queda en evidencia que una historia así encarada impone alguna reconstrucción del espacio y el juego de las instituciones —médicas, universitarias, políticas, intelectuales— que se constituyen en un suelo difícilmente prescindible cuando se trata de perseguir los procesos de difusión y arraigo de las ideas y las nuevas corrientes del pensamiento.

Como sea, de las instituciones consagradas y permanentes a los procesos localizados a nivel de grupos y organizaciones, el trabajo de reconstrucción muestra un desplazamiento de sus énfasis. Y así se mueve, más de una vez, de la dimensión del análisis en la cultura (que remite a las cuestiones de la recepción y difusión, sus canales de impacto en instituciones y discursos preexistentes y, en general, sus relaciones "exteriores" al campo psicoanalítico) a la biografía personal y grupal, en las organizaciones psicoanalíticas, de los portadores instituidos de un saber y un discurso que funda —transferencia mediante— un dispositivo propio y relativamente cerrado de transmisión. Si el recurso genealógico a la "filialidad" en esas relaciones "interiores" a la comunidad de psicoanalistas introduce explícitamente una herramienta del legado freudiano en la interpretación histórica, que lleva así a focalizar, en gran parte, la indagación sobre las sucesivas "generaciones" de psicoanalistas y las vicisitudes de su organización inicial, cabe destacar que el protagonismo múltiple que era propio del grupo fundador tiende a transformarse, en la "segunda generación", en la construcción de un escenario capturado por la imagen y la trayectoria de J. Lacan.

Pero, si Lacan es, finalmente, el gran protagonista de esta historia interminable, hay más de un recorrido biográfico establecido en esta obra. Por un lado está Lacan el intelectual, pensador y teórico original a quien Roudinesco restituye —como nadie hasta ahora— al tejido complejo del pensamiento de su época. En ese sentido, una indagación abierta del forjamiento de sus conceptos viene a destacar el papel cumplido por un conjunto irrepetible de "maîtres à penser" que enlazan su trayectoria a la del primer Lacan: C. Lévi-Strauss, M. Merleau-Ponty, A. Kojève, R. Jakobson, A. Koyré, J. Hyppolite.

Pero, al mismo tiempo, en el interior de ese peculiar parentesco sostenido por el agrupamiento psicoanalítico Lacan se sitúa como "hijo de nadie". Que esta posición singular corresponde, en parte, a una relación atípica y transgresora con la asociación psicoanalítica internacional, no obsta para señalar que el minucioso rastreo de testimonios



incluido en el libro viene a hacer posible una reubicación de ese conflicto originario en una dimensión alejada de las certezas míticas operantes en la comunidad lacaniana. De cualquier modo, del período de gloria, en el que Lacan reina, como la encarnación misma del héroe fundacional, en el centro de una comunidad de culto, a las sucesivas crisis que van fragmentando y dispersando su escuela (en una etapa crucial de la cultura y las instituciones del campo intelectual francés, marcada por mayo de 1968 y la desarticulación del clima estructuralista) esta historia del lacanismo se desvía parcialmente de los textos y los conceptos que sostienen una enseñanza hacia la crónica —por momentos patética— de la decadencia de un maestro progresivamente aislado y carente de interlocutores.

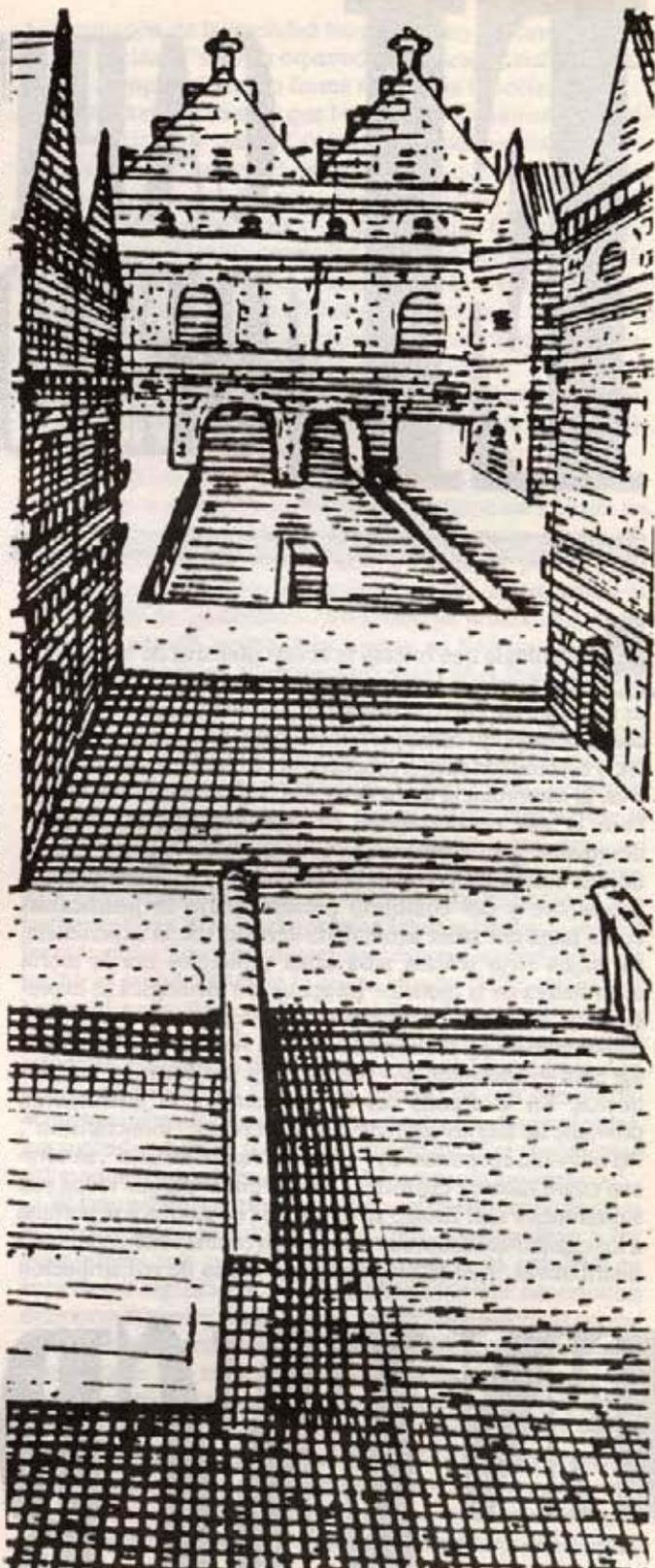
Puede decirse que esta obra viene a sancionar una verdadera "destitución" que devuelve a Lacan a la posición ambigua de un sujeto sostenido en una trama grupal que, en gran medida, se le impone y de la cual es más bien una víctima, algo

que Roudinesco acentúa impiadosamente cuando recurre a un símil de la edad de oro de Hollywood: *Sunset Boulevard*, esa historia casi real de Billy Wilder contada por un muerto. Pero, en todo caso, un efecto posible sobre el núcleo humano marcado por la transferencia a Lacan —después de su muerte y casi sostenido en ella— se sitúa, precisamente, en la restitución de un horizonte abierto a una obra y a una enseñanza respecto de la densidad imaginaria del personaje.

Finalmente, la propia implicación de la historiadora en los acontecimientos que investiga merece alguna consideración, ante todo porque es notable el desplazamiento de su posición y de su voz a lo largo del relato. En la última parte, edificada en torno a J. Lacan y dedicada a las vicisitudes contemporáneas, opta por recurrir en mayor medida a fuentes orales, bajo la forma de una impresionante masa de testimonios —y algunos archivos personales que se le abren— a los que la autora despliega, confronta y "hace hablar". Así es como muchos de los protagonistas de esa historia casi "familiar" son convocados en la empresa de reconstrucción y rememoración por la vía de la entrevista testimonial, en una dimensión abierta, propiamente "interminable", que por su ejecución (es aventurado juzgar sobre sus efectos) puede ser asimilada a un fragmento de análisis colectivo, con sus resistencias y sus amenazas de pasaje al acto, y en el cual la propia autora parece operar a menudo desde el lugar del analizante.

Si Roudinesco no elude, como se vio, la tarea de constituir una distancia adecuada respecto de sus objetos, bajo la forma de un recurso copioso a la documentación, a la vez, el tono del relato es el de una historia contada por alguien que no esconde su posición subjetiva, aunque la mediatice y la desplace a lo largo de la obra. A la vez, cierta dimensión del análisis parece destinada a interpelar principalmente a aquellos que ya forman parte de esa historia, como si un público cercano a la herencia lacaniana estuviese prefigurado en ese relato obsesivo y documentado hasta en sus mínimos detalles; en ese sentido, para quien lee desde Buenos Aires, ese despliegue de pequeñas miserias, intrigas y desencuentros resulta una crónica por momentos excesiva y prescindible.

En todo caso, un texto vale por los problemas que suscita; por consiguiente la riqueza de esta obra extraordinaria reside menos en el volumen de sus páginas que en la polivalencia e intersección de sus abordajes y en la amplitud de miras, que supera notablemente la módica visión con que se han encarado otros ejercicios historiográficos desde el psicoanálisis. Roudinesco sostiene convenientemente su posición, alternativamente dentro y fuera del campo que investiga; frente al riesgo, entonces, de una lectura cerrada y alimentada por los mitos del "movimiento", vale la pena acentuar una perspectiva capaz de reconocer la novedad de este formidable trabajo de análisis y conceptualización históricos, que no tiene antecedentes y cuyo valor historiográfico no debería perderse en los avatares de una repercusión endogrupal y limitada, entre las representaciones y los espejismos que pueblan el campo del psicoanálisis.



	ARTE Y	
	DISEÑO	
	PRODUCCION	
	GRAFICA	
	26-7335	

EL CAPITALISMO DEMOCRÁTICO

Adam Przeworski y Michael Wallerstein

La ideología que orienta la actual ofensiva de la derecha resulta, en muchos sentidos, un fantasma de los años 20: es antiestatista, enfatiza la hegemonía empresarial, concibe al consumo popular como perjudicial para los intereses nacionales, y está basada en la creencia en la racionalidad del mercado y en la importancia de la moneda como variable autónoma. Pero lo que resulta nuevo en esta ideología es el papel dominante que cumple la teoría económica "técnica". En la década del 20, las políticas deflacionistas y los principios del patrón oro y del equilibrio presupuestario se justificaban como parte del saber acumulado derivado de la experiencia. La única base teórica para estos principios era la teoría cuantitativa de la moneda. La apelación ideológica se expresaba en términos de valores populares, como frugalidad, responsabilidad y sentido común. Los voceros de esta ideología eran —típicamente— funcionarios del Tesoro y los banqueros. En la década del 70, en cambio, la justificación proviene de teorías aparentemente técnicas: "monetarismo", "la nouvelle économie", y "expectativas racionales", se ofrecen como razones científicas para explicar porqué todos van a estar mejor si el Estado se retira de la economía y se permite a los capitalistas acumular sin tener en cuenta consideraciones distributivas. Aun el programa más crudo de redistribución

regresiva del ingreso —la política económica de Reagan— aparece enmascarado tras una "teoría de la oferta", con una fraguada curva de Laffer como su principal apoyo teórico.

Fue Keynes quien transformó a la macroeconomía de un estado de ánimo en una teoría: un método deductivo para analizar los determinantes del ingreso nacional y para evaluar políticas alternativas. Sus seguidores construyeron modelos matemáticos de economías capitalistas y, a partir de esos modelos, describieron estadísticamente el comportamiento de economías particulares. La nueva teoría se convirtió en el marco dentro del cual grupos particulares presentaron sus intereses como universales, en el mecanismo para la articulación de aspiraciones hegemónicas y en el lenguaje de la política económica. El terreno del conflicto ideológico ha sido conquistado por la teoría económica "técnica": he aquí un legado perdurable de la revolución keynesiana.

Si bien desde entonces se ha insistido muchas veces en que los principios centrales de la economía keynesiana habían sido anticipados por Marx y algunos de sus seguidores, lo cierto es que la teoría económica marxista nunca tuvo importancia económica para la izquierda. La teoría de Marx aportó un análisis útil en tres planos: primero, el capitalismo está basado en la explotación (la fuente de la ganancia es la

EN LA ENCRUCIJADA

Artículo traducido de la revista *Democracy*, julio de 1982

plusvalía); segundo, la propiedad privada de los medios de producción es el origen tanto de la injusticia como de la irracionalidad del capitalismo; tercero, la caída de la tasa de ganancia es la causa de las crisis. La teoría ha sido políticamente útil tan sólo como justificación de las metas revolucionarias, y en particular, del programa de nacionalización de los medios de producción. Pero la economía marxista, aun en su versión más sofisticada, no es una herramienta útil para expresar los reclamos distributivos de los trabajadores en economías capitalistas y es inútil como sistema de administración de esas economías. Es fácil decir "¿y qué?", pero el hecho es que todos los movimientos de masas de izquierda han tenido que enfrentar precisamente esas tareas.

Como consecuencia, la izquierda adoptó el modo de entender la economía capitalista provisto por la economía keynesiana, así como sus recomendaciones en materia de políticas. Pero la economía keynesiana hoy ha perdido su antiguo brillo. Dos fenómenos que han caracterizado a buena parte del mundo capitalista desarrollado desde principios de la década de 1970 —un alza gradual de la tasa de inflación y una baja gradual de la tasa de crecimiento— han sido muy poco sensibles a las intervenciones tradicionales prescriptas por la teoría keynesiana. Sin embargo, esta tradición profundamente arraigada persiste, brindando la apoyatura para muchas de las actuales reacciones de la izquierda frente a la ofensiva conservadora. Muchos continúan insistiendo en que la demanda es crónicamente insuficiente, en que la oferta de ahorro no es problemática; y en que sólo a través de una redistribución del ingreso, políticas de pleno empleo y una expansión de los gastos sociales se puede salir de la crisis actual. El problema es que esa respuesta ya no es convincente. Representa una reacción que se mantiene aferrada a viejas ideas y viejas políticas, las cuales, sostiene no sin razón la derecha, ya han sido ensayadas y han resultado ineficaces. Una defensa obstinada de políticas asociadas con fracasos pasados deja el terreno ideológico a la derecha y esto —creemos— no es inevitable.

¿Cuáles son entonces nuestras opciones? En un nivel, estamos hablando de un proyecto económico que constituya una alternativa razonable y atractiva tanto para las políticas de administración de la demanda como para la onda actual de economías de derecha orientadas hacia la oferta. Pero las teorías económicas son racionalizaciones de intereses políticos de clases y grupos en conflicto, y como tales deberían encararse. Detrás de las diferentes alternativas económicas acechan visiones de la sociedad, modelos culturales, pujas por el poder. Un proyecto económico involucra también un modelo político y social.

La combinación de democracia y capitalismo constituye un compromiso: quienes no poseen los medios de producción aceptan la institución de la propiedad privada del capital, mientras que los dueños de los medios de producción aceptan las instituciones políticas que permiten a otros grupos expresar sus reclamos en términos de la asignación de los recursos y la distribución del ingreso. Vale la pena recordar que Marx consideraba que este compromiso era inviable, en tanto que una "república burguesa" se basa en una contradicción que la torna intrínsecamente inestable como forma de organización social. Marx sostenía que una combinación de propiedad privada de los medios de producción y sufragio universal llevaba necesariamente a la "emancipación social" de los oprimidos, a través de la utilización de su poder político, o a la "restauración política" de la clase oprimida, a través de la utilización de su poder económico. Por lo tanto, sostenía Marx, la democracia capitalista es "sólo la forma política de

la revolución de la sociedad burguesa y no su forma permanente de vida", "sólo un espasmódico, excepcional estado de cosas... imposible como forma normal de la sociedad".

Fue el keynesianismo que brindó los fundamentos ideológicos y políticos para el compromiso del capitalismo democrático. El mantuvo la expectativa de que el estado podía reconciliar la propiedad privada de los medios de producción con un manejo democrático de la economía. Como el propio Keynes dijo: "No es la propiedad de los medios de producción lo que es importante que el estado asuma. Si el estado es capaz de determinar el monto global de los recursos destinado a aumentar esos medios y la remuneración básica de sus propietarios, habrá logrado todo lo que es necesario"¹. El control democrático del nivel de desempleo y de la distribución del ingreso fueron los términos del compromiso que hizo posible el capitalismo democrático.

El problema de los años 30 fue el de los recursos ociosos: las máquinas pararon y los hombres quedaron sin trabajo. En ningún momento de la historia del capitalismo la irracionalidad del sistema fue más evidente. Mientras por un lado familias enteras morían de hambre, por otro se procedía a la destrucción de alimentos —alimentos ya producidos—. Se quemaba el café, se mataban cerdos, se pudrían stocks, se oxidaban máquinas. El desempleo era el principal problema político de la sociedad.

De acuerdo a la ortodoxia económica de la época, ese estado de cosas era simplemente un dato y el único remedio era bajar los costos de producción, lo que quería decir bajar salarios y subsidios. Era obvio que resultaba urgente tomar ciertas medidas para asistir a los desempleados, pero era motivo de controversia —cuanto menos— si tales medidas eran recomendables desde el punto de vista económico. De hecho, en Gran Bretaña el gobierno laborista propuso reducir las indemnizaciones por desempleo: ésta era la condición para recibir el aval del FMI de la época, donde "M" evocaba a la banca Morgan. Pero en Suecia, el Partido Socialdemócrata que ganó la elección de 1932, rompió con la política monetaria ortodoxa. Mientras el desempleo aumentaba bruscamente en los inicios de la Gran Depresión, dieron con una idea verdaderamente novedosa: en lugar de asistir a los desempleados, los socialdemócratas suecos los emplearon. Era el comienzo del maridaje entre la izquierda y la economía keynesiana².

El keynesianismo permitió fundar el compromiso de clase al brindar a los partidos políticos que representaban a los trabajadores una justificación para ejercer el gobierno en sociedades capitalistas. Y una justificación que necesitaban desesperadamente. Desde 1890, los socialdemócratas pensaban que un progreso electoral irreversible culminaría en la conquista de una mayoría electoral que un día les permitiría llegar al gobierno y conducir a sus sociedades hacia el socialismo. Pero no estaban en absoluto preparados para lo que efectivamente ocurrió en varios países. Los partidos socialdemócratas, laboristas y socialistas fueron invitados a formar gobierno, sin haber conquistado las mayorías que hubieran sido necesarias para llevar adelante el programa de naciona-

¹ John Maynard Keynes: *The General Theory of Employment, Interest, and Money*. New York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1964, p. 378.

² La cuestión de si las políticas suecas resultaron de la aplicación de las ideas de Keynes o de un desarrollo autónomo, a partir de Marx pasando por Wicksell, continúa siendo motivo de controversia. Cf. Bo Gustafsson: "A Perennial of Doctrinal History: Keynes and the 'Stockholm School'", *Economy and History*, 17 (1973), pp. 114-128.

lización, y como resultado de que los partidos burgueses estaban demasiado divididos como para continuar con sus coaliciones tradicionales. En verdad, el primer gobierno socialista del mundo lo formó la socialdemocracia sueca en 1920, justo cuando sufrió su primer revés electoral. Una vez en el gobierno, los socialistas se encontraron en la embarazosa situación de no ser capaces de llevar adelante el programa de nacionalización y de no tener ningún otro programa que los distinguiera de sus oponentes burgueses. Podían poner en marcha medidas *ad hoc* destinadas a mejorar las condiciones de sus bases electorales, y lo hicieron: el desarrollo de programas de vivienda, la institucionalización del seguro de desempleo, la introducción del salario mínimo, del impuesto a los réditos y a la herencia, y de pensiones para la vejez. Pero medidas como éstas no diferían de las reformas propias de la tradición conservadora asociada a Bismarck, Disraeli o Giolitti. Los socialistas se comportaban igual que los demás partidos: cierto sesgo distribucionista en favor de su propio electorado pero absoluto respeto por los principios sagrados del equilibrio presupuestario, deflación, patrón oro, etc.

El keynesianismo brindó de pronto a los partidos políticos de la clase trabajadora un motivo para gobernar. Parecía que había algo para hacer, que la economía no se movía según leyes naturales, que las crisis económicas podían ser atenuadas y el desperdicio de recursos y el sufrimiento podían disminuir si el estado ponía en marcha políticas anticíclicas para regular la demanda. Si, dado un stock determinado de capital y trabajo, la economía estaba produciendo por debajo de su capacidad, una política gubernamental adecuada podía incrementar la producción hasta aproximarla al potencial pleno de la economía. El gobierno tenía la capacidad de eliminar "la brecha del pleno empleo", de asegurar que no hubiera desempleo de hombres y máquinas. El pleno empleo se convirtió en una meta realista que podía perseguirse en todo momento.

¿Cómo podría hacerse? Aquí, nuevamente, la economía keynesiana brindaba la justificación técnica al compromiso de clase. La respuesta que daba era incrementar el consumo. En el diagnóstico keynesiano, la causa del desempleo es la insuficiencia de demanda. En consecuencia, toda redistribución del ingreso hacia abajo, hacia los sectores que consumen la mayor parte de su ingreso, y toda expansión de los gastos de gobierno estimula la producción y reduce el desempleo³. Dado un stock determinado de capital, la producción siempre puede incrementarse aumentando los salarios, los subsidios a los pobres, y los gastos del gobierno, o reduciendo impuestos. En tanto aumentar la producción quiere decir aumentar la tasa de utilización de los recursos, las mismas políticas provocarán una disminución del desempleo. De esta manera, el sesgo distribucionista de la izquierda en favor de su base electoral aparecía racionalizado por medio de una teoría económica "técnica". Como dijo Leon Blum: "una mejor distribución... reavivaría la producción al mismo tiempo que haría justicia".

³ En teoría, hay otro instrumento keynesiano: incrementar las inversiones —y por lo tanto la demanda global— bajando las tasas de interés. Pero empíricamente, el efecto de las tasas de interés sobre el nivel de inversión demostró ser el eslabón más débil de la perspectiva keynesiana, conclusión a la que llegó Tinbergen en 1939. Por lo tanto, la política monetaria se usó en la práctica principalmente para acomodar la política fiscal, o sea, para evitar que los déficit fiscales elevaran las tasas de interés, o para controlar la inflación, pero no para estimular la demanda, por lo menos no intencionalmente.

Pero había más en juego. En el pensamiento ortodoxo, toda demanda de mayor consumo por parte de los trabajadores o los desempleados aparecía como un interés particularista, perjudicial para el futuro desarrollo nacional. Incrementar los salarios o los servicios sociales era aumentar los costos de producción y distraer recursos a la inversión necesaria para el crecimiento, la acumulación de capital, y la mejora de la productividad. El bienestar de los pobres era un problema de la beneficencia privada, no de la economía. Pero en el marco keynesiano, es el consumo el que actúa como fuerza motriz de la producción y de pronto, los trabajadores y los pobres resultaron los representantes del interés universal. Su interés particular por el consumo coincidía con el interés general en la producción. El "pueblo" se convirtió en la fuerza hegemónica de la sociedad. Como dijo Bertil Ohlin en 1938: "En los años recientes se ha hecho evidente que ... muchas formas de 'consumo' —alimentos, ropa, vivienda, recreación— ... representan una inversión en el instrumento productivo más valioso de todos, la gente"⁴. Los términos del discurso se transformaron.

No todas las posiciones "keynesianas" coinciden. En términos de políticas, una orientación —calurosamente adoptada por la izquierda radicalizada— se centraba en la redistribución del ingreso hacia salarios y subsidios. Esto es lo que ocurrió en Francia en 1936. Una política más cautelosa, y más exitosa, se apoyaba en la manipulación del gasto público, los impuestos y la oferta monetaria. La política sueca de 1932 fue exclusivamente una "política de empleo": consistió en empleo público productivo financiado por el déficit y el aumento de los impuestos. Los salarios no aumentaron en Suecia hasta



⁴ Bertil Ohlin: "Economic Progress in Sweden", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 197 (1938), p. 5.

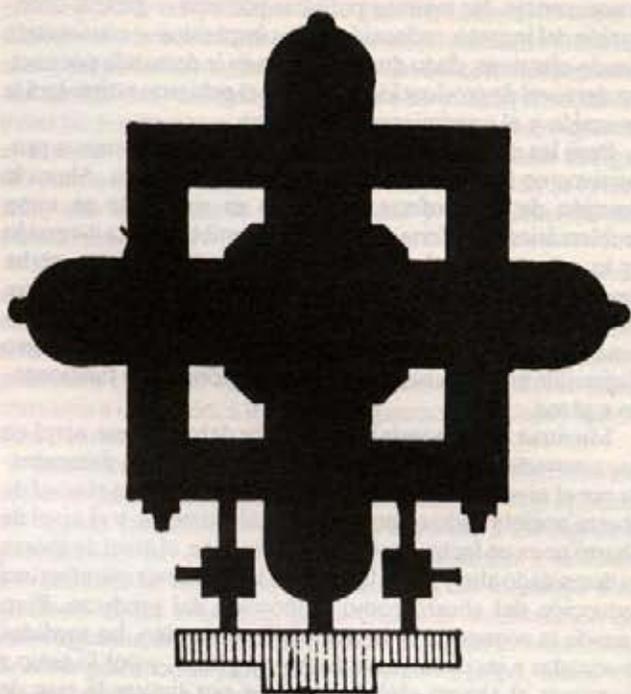
1938, bastante después que la economía saliera del colapso. En realidad, el marco formal puro de la economía keynesiana, tal como figura en los textos modernos de macroeconomía, favorece el gasto público por sobre la redistribución del ingreso: el "multiplicador" del gasto público supera a la unidad, mientras que el que corresponde a salarios y subsidios está por debajo de 1. Por lo tanto, al menos en principio, el gasto público se compensa en exceso con el aumento de la producción, mientras que la distribución del ingreso perjudica parcialmente a los demás componentes de la demanda.

En todas sus formas, el compromiso keynesiano consistió en un programa dual: "pleno empleo e igualdad", donde el primer término quería decir regulación del nivel de empleo a través de la regulación de la demanda, particularmente del gasto público, y el segundo término se refería a la red de servicios sociales que constituía el "welfare state". Por lo tanto, el compromiso keynesiano implicó para el gobierno algo más que un papel activo en la gestión macroeconómica. Como proveedor de servicios sociales y regulador del mercado, el estado actuó en múltiples campos. Los gobiernos desarrollaron programas de formación de recursos humanos, políticas para la familia, planes de vivienda, redes de asistencia pecuniaria, sistemas de salud, etc. Intentaron regular la participación de la fuerza de trabajo en el mercado laboral combinando el incentivo y la disuasión. Buscaron alterar los patrones de disparidad racial y regional. El resultado ha sido que, en lugar de mantenerse en el ámbito de lo privado, las relaciones sociales han sido mediatizadas por las instituciones políticas democráticas.

Al mismo tiempo, el compromiso keynesiano dependió cada vez más de las concesiones económicas otorgadas a grupos de personas organizadas como actores fuera del mercado. La política se convirtió en un juego de coaliciones entre esos grupos, dando lugar a tendencias corporativas de negociación directa, tanto entre grupos organizados —en particular trabajo y capital— bajo la tutela del gobierno, como entre cada grupo y el gobierno. La distribución de recursos económicos estuvo crecientemente dominada por la relación entre fuerzas políticas.

El compromiso se sostuvo mientras pudo brindar empleo y seguridad material. Más aun, según la mayor parte de los criterios de progreso económico, la era keynesiana fue un éxito. Si esto fue producto de la eficacia de la economía keynesiana o se trató simplemente de un resultado fortuito es un tema a discutir. De todas maneras, la producción creció, el desempleo se mantuvo bajo, los servicios sociales se extendieron, y reinó la paz social. Hasta fines de la década de 1960, el keynesianismo fue la ideología oficial del compromiso de clase, bajo la cual diferentes grupos podían entrar en conflicto dentro de los límites de un sistema capitalista y democrático. Con la posible excepción del programa de 1951 de Karl Rehn en Suecia y de la política de austeridad instrumentada por poco tiempo a mediados de los años 70 por el Partido Comunista Italiano, el keynesianismo brindó el único marco para tal compromiso. La crisis del keynesianismo es, pues, una crisis del capitalismo democrático.

La economía keynesiana es una economía de demanda. La oferta de capital y mano de obra se suponen constantes. La oferta de ahorro está determinada en forma endógena: siempre es igual a la inversión. Cuando se estimula la demanda, ya sea mediante políticas estatales o por causas exógenas, la producción se expande hasta igualar la demanda, el ingreso crece y también crece el ahorro hasta que se alcanza un nuevo equilibrio en el cual nuevamente el ahorro es igual a la inversión,



pero en un nivel más alto de utilización de la capacidad productiva. El nivel de producción cambia para mantener la igualdad entre ahorro e inversión. Más aún, como el problema keynesiano es llevar la producción al nivel potencial del stock de capital existente, se ignora completamente la acumulación de capital, a tal punto que se admite que una nueva inversión puede ser positiva al mismo tiempo que el stock total de capital se considera constante.

La economía keynesiana es la economía del "corto plazo" donde, más que un período de tiempo, el corto plazo es una situación en la cual cambios acumulativos en el stock de capital pueden ignorarse. Dado el problema keynesiano, este supuesto es bastante razonable, pero la consecuencia es que este enfoque no tiene nada que decir acerca de los determinantes del nivel potencial de producción, la acumulación de capital, o la productividad. El problema para las políticas keynesianas es siempre como cerrar la brecha entre producción efectiva y producción potencial, cualquiera sea ésta.

Supongamos por un momento que este problema ha sido resuelto y que la economía está funcionando a pleno. Dado que el stock de capital ya instalado está siendo utilizado totalmente, la producción no puede aumentarse sin inversión, esto es, sin nuevos incrementos del stock de capital. En la visión del mundo dada por la óptica de la demanda —no ya la del mismo Keynes pero de todas maneras muy "keynesiana"— el estímulo de la demanda todavía producirá el efecto de incrementar la producción, esta vez "acelerando" la inversión⁵. Se supone que los inversores toman sus decisiones en

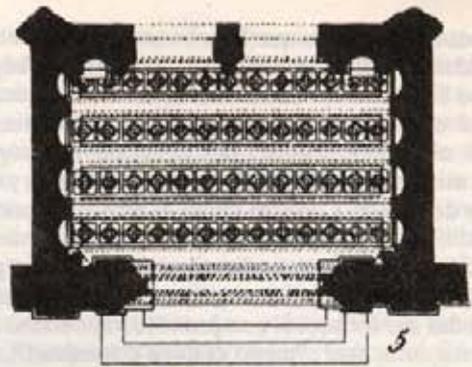
⁵ Esa teoría de la inversión fue sugerida en primer lugar por J. Maurice Clark: "Business Acceleration and the Law of Demand: a Technical Factor in Economic Cycles", *Journal of Political Economy* 25, 1917, pp. 217-235. En su acepción moderna la debemos a Hollis Chenery: "Overcapacity and the Acceleration Principle", *Econometrica*, 20, 1952, pp. 1-28.

materia de inversión con el objetivo de aumentar la producción para satisfacer la demanda global futura esperada. En consecuencia, las mismas políticas públicas —gastos, distribución del ingreso, reducción de los impuestos— continuarán siendo efectivas, dado que estimulando la demanda por encima del nivel de producción potencial el gobierno estimulará la inversión y el crecimiento económico.

Pero las cosas cambian cuando la oferta de insumos productivos no se considera más como dada o pasiva. Ahora la cuestión de si la oferta de ahorro es suficiente se torna problemática. La oferta de ahorro disponible para la inversión es lo que queda del total del producto después que se ha descontado salarios, subsidios y gasto público. Por lo tanto, las mismas medidas destinadas a estimular la demanda producen el efecto de disminuir el ahorro potencial, esto es, el ahorro disponible en el momento en que la economía está funcionando a pleno.

Mientras la economía funciona por debajo de ese nivel no hay contradicciones. Se supone que la producción determinada por el nivel de demanda global no es mayor que el nivel de ahorro posible dado el stock de capital existente, y el nivel de ahorro no es un factor limitante. En ese caso, el nivel de ahorro es demasiado alto y todas las recetas keynesianas entrañan una reducción del ahorro como proporción del producto. Pero cuando la economía se acerca al pleno empleo, las medidas destinadas a incrementar la demanda global, y por lo tanto a disminuir el ahorro global, terminan por limitar la tasa de crecimiento del producto potencial. Y dado que el producto potencial es el techo para el producto real, el estímulo de la demanda en el corto plazo termina produciendo efectos perversos sobre el largo plazo. Cuando encontramos síntomas de inversión insuficiente —el estancamiento del salario real, la caída de la productividad, la obsolescencia de plantas y equipos— la regulación de la demanda no ofrece ninguna solución. Más aun, cuando el problema es la escasez de capital, estimulando la demanda sólo se logra agravarlo.

El terreno de la oferta es el reino de la burguesía. En él, la burguesía es hegemónica: la concreción de su interés por la ganancia es una condición necesaria para la mejora de las condiciones materiales de todos. El aumento de la producción requiere inversión, la inversión se financia con el ahorro, el ahorro se financia con los beneficios. En consecuencia, la ganancia es una condición para lograr el crecimiento. Desde el punto de vista de la oferta, el ahorro es el motor de acumulación y, como todos los estudios muestran, los trabajadores mucho no ahorran. Por lo tanto, los aumentos de salarios y subsidios, así como los gastos "sociales" aparecen como obstáculos al crecimiento. Lo mismo ocurre con los impuestos a los ricos y con cualquier forma de intervención estatal que limite la rentabilidad, aunque estas restricciones reflejen costos sociales y externalidades negativas.

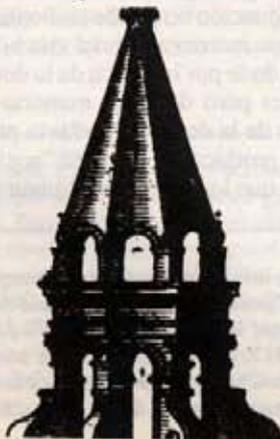


Está claro que esta visión del sistema económico no puede ser demasiado atractiva para quienes consumen la mayor parte de sus ingresos. La respuesta natural de la izquierda es afirmar que el problema mismo de la oferta de ahorro es un falso problema⁶. Esta es una respuesta implícita en el enfoque keynesiano en el cual la inversión y el crecimiento se encuentran restringidos por la insuficiencia de la demanda, pero no por la disponibilidad de ahorro. Pero la respuesta es errónea. La tasa inadecuada de inversión en los E.E.U.U. no surgió de repente en las recesiones de los últimos diez años. Durante todo el período de posguerra, la inversión, la acumulación de capital y el crecimiento del producto por trabajador han sido más bajos en los E.E.U.U. que en cualquiera de las economías avanzadas del mundo, excepto Gran Bretaña⁷. Lo que resulta falaz en los argumentos de los economistas de la derecha no es la aseveración de que la oferta de ahorro es insuficiente para financiar el nivel deseable de inversión, sino el argumento de que el ahorro es insuficiente porque las ganancias son demasiado bajas.

Es verdad que el simple hecho de que el nivel de inversión sea inadecuado no implica que el ahorro deba ser incrementado —al menos— si aceptamos que buena parte de la inversión corriente pueda ser socialmente desperdiciada, superflua o, de alguna manera, indeseable. El equilibrio global siempre esconde alternativas de índole cualitativa. Un bombardero absorbe tanto ahorro como un sistema moderno de transporte masivo para la ciudad de Chicago. Si la inversión es insuficiente, hay muchos lugares adonde mirar para encontrar despilfarro, y el gasto público no militar no sería necesariamente el primer lugar seleccionado por un observador racional para realizar el hallazgo.

Pero una respuesta cualitativa de este tipo no es suficiente. Más aún, ella no equivale a insistir indiscriminadamente en la continuada expansión del gasto público, para apoyar industrias obsoletas y para estimular en forma obstinada a la demanda. El problema de la oferta de ahorro debe enfrentarse sin rodeos.

La experiencia histórica de varios países demuestra que puede generarse crecimiento sin efectos perniciosos en la distribución del ingreso cuando los gobiernos influyen activa-



⁶ Ver, por ejemplo, V. Perlo: "The New Propaganda on Declining Profit Shares and Inadequate Investment", *Review of Radical Economics*, Otoño 1976; Paul Sweezy y Harry Magdoff: "Are Low Savings Ruining the U.S. Economy?", *Monthly Review*, 7, 1980, pp. 1-12 y, más recientemente, Emma Rothschild: "The Philosophy of Reaganism", *New York Review of Books*, 15/4/1982, pp. 19-26.

⁷ Para un estudio reciente, ver John Kendrick: "Sources of Growth in Real Product and Productivity in Eight Countries, 1960-1978", ponencia preparada para la Office of Economic Research, The New York Stock Exchange, Nueva York, 1981.

mente sobre la tasa y la dirección de la inversión y sobre la oferta de mano de obra. El "milagro" alemán de la posguerra, el rápido crecimiento del Japón y el aparente éxito de los socialdemócratas suecos para combinar un crecimiento relativamente rápido de la productividad con la distribución del ingreso más igualitaria de Occidente, demuestran que existe una alternativa tanto a la política centrada en la regulación de la demanda, como a las políticas de derecha, centradas en la ganancia y la oferta.

Aunque estas políticas de oferta alternativas han adoptado formas algo diferentes en los distintos países en que se han ensayado, nunca se han formalizado en un esquema de tipo teórico. En realidad, los socialdemócratas suecos parecen haber desembocado en ellas en 1951 de una manera que recuerda su descubrimiento del gasto deficitario en 1932: principalmente como un remedio al problema de mantener la estabilidad de los precios en condiciones de pleno empleo⁸. De las políticas alemanas post 1949 se dice que fueron un descubrimiento de los banqueros que se comportaron como si Keynes nunca hubiera existido. Sin embargo, tanto los alemanes como los suecos, como varios otros países, llevaron adelante programas exitosos que consistían en el control público sobre la inversión, la eliminación de industrias ineficientes, políticas de recursos humanos destinadas a reducir el desempleo estructural, y expansión del sistema de previsión social.

Para comprender teóricamente estas estrategias de oferta orientadas hacia la inversión, se debe tener en cuenta en primer lugar que, en economías capitalistas avanzadas, la inversión productiva se financia principalmente a través de los ingresos provenientes de los beneficios. Esto implica que la tasa de acumulación, esto es, la razón entre la variación en el stock de capital y el stock total de capital, es aproximadamente igual al producto de dos cantidades: la tasa de ahorro proveniente de los beneficios y la tasa de beneficio neto de impuestos⁹. Por ejemplo, una tasa de crecimiento de 6 por ciento podría alcanzarse con una tasa del ahorro del 60 por ciento combinada con una tasa de ganancia del 10 por ciento o, de la misma manera, por una tasa de ahorro del 30 por ciento combinada con una tasa de ganancia del 20 por ciento.

El problema crucial es si las empresas pueden ser inducidas a invertir cuando la tasa de ganancia es baja. El argumento de la derecha es que esta situación es impracticable, dado que sin suficiente recompensa futura los capitalistas no invertirán en el presente. Las grandes empresas y las fuerzas políticas que las representan siempre sostienen que la única forma de incrementar el volumen de ahorro es aumentar la tasa de beneficio neto de impuestos, un aumento que se supone tiene dos efectos. En primer lugar, dada una tasa constante de ahorro proveniente de beneficios —sea directamente de las empresas o de los que reciben ingresos provenientes de beneficios— el volumen global de ahorro crecerá en proporción al incremento en el volumen agregado de beneficios. Segundo, prometiendo una tasa de retorno más alta, se induce una mayor propensión a ahorrar a partir de la ganancia. Dando más dinero a "aquellos que ahorran", como decía el *Wall Street Journal*, se los alentará a que ahorren a una tasa más elevada. El principio central de la nueva economía es que la

redistribución del ingreso en favor de los beneficios es un costo necesario que la sociedad debe soportar para obtener una tasa más alta de inversión y de crecimiento económico. En consecuencia, las políticas de la derecha están orientadas a incrementar la tasa efectiva de ganancia, reduciendo drásticamente las tasas nominales de tributación de las rentas patrimoniales, disminuyendo el gasto público no militar, eliminando todas las regulaciones que limiten la ganancia y restringiendo el derecho de los trabajadores a organizarse y hacer huelga. Ofrecen a cambio la promesa de un incremento en la inversión, una mejora de la productividad y la aceleración del crecimiento.

Sin embargo, existen países —y los mencionados más arriba son algunos de ellos— donde la tasa de inversión se ha mantenido relativamente alta mientras que la tasa de ganancia neta se mantuvo relativamente baja. Estos son los países cuyos gobiernos buscaron cambiar los términos de elección entre consumo e inversión, a través de impuestos, créditos y subsidios directos.

Concentrémonos en el sistema impositivo. Consideremos todos los impuestos a los ingresos derivados de la propiedad del capital. Incluyen, en general, un impuesto a los ingresos provenientes del trabajo personal, un impuesto a la renta patrimonial, un impuesto a la riqueza y un impuesto a la ganancia de las empresas. Dada cualquier combinación de estos ingresos, existe una tasa media nominal de tributación de la renta patrimonial agregada. Al mismo tiempo, todos los países occidentales usan el sistema impositivo como un instrumento para estimular la inversión: dando trato preferencial a los beneficios del capital, cancelamiento por depreciación, créditos para inversión y subsidios. Dada una determinada combinación de estas diferentes formas de inversión, existe —de nuevo— una tasa media de incentivo a la inversión, que depende de la tasa de inversión. En consecuencia, la tasa efectiva de tributación —la tasa a la cual los ingresos provenientes de las ganancias son efectivamente tributados— está determinada por la diferencia entre la tasa nominal de tributación y la tasa de incentivo a la inversión.

Comparemos ahora diferentes sistemas impositivos. Cuando la tasa nominal de tributación sobre los beneficios es baja, el efecto producido por el sistema impositivo es de mantener alta la tasa de beneficio neto de impuestos —independientemente de la tasa de inversión. Un sistema tal en realidad recompensa la riqueza, no la inversión. Puede brindar —aunque la evidencia es en el mejor de los casos dudosa¹⁰— un incentivo para invertir, pero no hay ninguna seguridad de que así ocurra. No impone penalidades al uso no productivo de las ganancias. Por lo tanto, bajar la tasa nominal de impuesto a las ganancias es el programa de los empresarios. Los dueños del capital se encuentran entonces libres para hacer lo que mejor convenga a sus intereses personales sin control alguno.

Pero supongamos que la tasa nominal de impuesto a la ganancia es alta —muy alta— y que la tasa marginal de incentivo fiscal a la inversión también es alta, al menos para algunos tipos seleccionados de inversión¹¹. Se castiga así el uso improductivo de los beneficios. Quienes no invierten —personas o empresas— no tienen derecho a exenciones impo-

⁸ Gosta Rehn: "The Problem of Stability: An Analysis of Some Policy Proposals", en Ralph Turvey (ed.): *Wages Policy Under Full Employment*. Londres, William Hodge & Co., 1952.

⁹ Formalmente, $\Delta K/K = sP/K$, donde K es el stock de capital y ΔK es su variación, s la tasa de ahorro proveniente de los beneficios, P el volumen de beneficios y P/K la tasa de beneficio.

¹⁰ "U.S. Economic Performance in a Global Perspective". New York, New York Stock Exchange, 1981.

¹¹ Comodice Andrew Shonfield, refiriéndose a Alemania: "Para hacer funcionar el truco, las tasas de tributación tenían que ser altas. Y lo eran". *Modern Capitalism*. Londres, Oxford University Press, 1969, p. 282. También eran altos los créditos para inversión.

sitivas. Se alteran los términos de la opción que se ofrece a los dueños del capital: o se invierte en la dirección determinada públicamente o se paga impuestos. En ese caso, invertir se convierte en una propuesta interesante para las empresas.

Consideremos nuevamente el ejemplo de dos firmas que incrementan su stock de capital y su producción a una tasa del 6 por ciento anual: la primera con una tasa de beneficio neto de impuestos del 20 por ciento y una tasa de inversión del 30 por ciento; la otra, con una tasa de beneficio neto de impuesto del 10 por ciento y una tasa de inversión proveniente de los beneficios del 60 por ciento. Como surge del cuadro incluido más abajo, las implicaciones distributivas de estos patrones alternativos de crecimiento resultan sorprendentes. Cuando la acumulación se financia a través de una tasa alta de inversión con una baja tasa de ganancia—caso B—, la participación de los salarios y del gasto público es mucho más alta y la tasa de consumo proveniente de las ganancias es mucho más baja que en el caso A, cuando la acumulación se financia a través de una alta tasa de ganancia y una baja tasa de inversión. La elección es brutalmente clara. La misma tasa de crecimiento se puede obtener por caminos diferentes. La cuestión es simplemente quien va a pagar los costos de la acumulación: los asalariados y los desempleados o los dueños del capital.

Dos patrones hipotéticos de acumulación de capital al seis por ciento anual (relación incremental capital-producto igual a 2).

	Caso A	Caso B
Tasa de crecimiento del producto y del stock de capital	6%	6%
Inversión neta/producto	12%	12%
Tasa de beneficio	20%	10%
Tasa de ahorro proveniente de los beneficios	30%	60%
Participación de los beneficios en el producto total	40%	20%
Participación de salarios y gasto público	60%	80%
Participación del consumo resultante de las ganancias	28%	8%

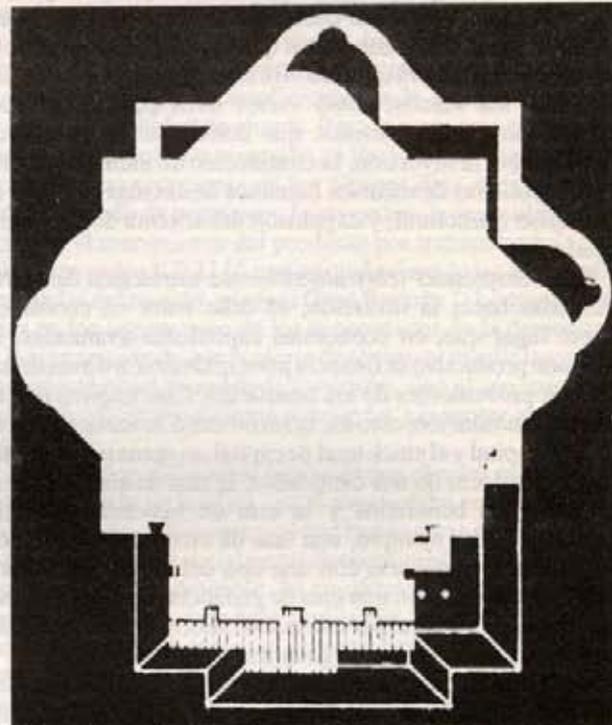
Inversiones + salarios y g. público + consumo prov. de ganancias = 100%

Por lo tanto, el problema de la oferta de capital, es decir, de la inversión y de la productividad, puede tratarse sin necesidad de redistribuir el ingreso hacia arriba ni de dismantlar los servicios públicos—si el sistema tributario se usa para premiar la inversión y desalentar el consumo de ingresos provenientes de los beneficios. Este tipo de sistema impositivo satisface tres criterios. Primero, libera inversiones. Segundo, no pone todo el peso del sacrificio sobre los asalariados y los que dependen del gobierno para su subsistencia. Tercero, si se aplica con criterios cualitativos, permite a la sociedad elegir la orientación de las inversiones sobre la base de criterios diferentes a los de la rentabilidad privada.

Nada de lo dicho arriba pretende sugerir, sin embargo, que el control democrático sobre la inversión, ejercido a través del sistema tributario, sea una panacea. Decidir sobre la distribución de las inversiones implica elegir entre opciones mutua-

mente excluyentes, elección que siempre resulta difícil. No tenemos criterios consensuales para evaluar las opciones presentadas teniendo en cuenta efectos sociales, medio ambiente, salud y seguridad, agotamiento de los recursos naturales, y rentabilidad. Y en ausencia de tales criterios cualitativos, el control sobre la inversión podría desembocar en la regulación arbitraria por parte de burócratas del gobierno que responden a presiones políticas. El ejercicio de la libertad de elección en la política de inversiones permite que una empresa—privada o pública— pueda tener éxito sobre la base de su influencia en la burocracia gubernamental más que por el mérito real de sus emprendimientos. Y mientras la racionalidad del mercado siga siendo el criterio internacional de eficiencia para la distribución de los recursos, los criterios de mercado tenderán a prevalecer en última instancia, por la presión de la competencia internacional.

Más aún, las metas de crecimiento económico e incremen-



to de la productividad están en conflicto con la meta de proteger los empleos existentes. Una política que estimule las innovaciones ahorradoras de mano de obra, que niegue subsidios a los productores ineficientes o protección a las industrias obsoletas, debe complementarse con programas de reciclaje de mano de obra y subsidios a la movilidad laboral al estilo sueco. Pero, como descubrieron los suecos, este tipo de políticas son costosas socialmente y pueden ser intolerables políticamente¹². Medidas diseñadas para hacer que la gente se movilice de acuerdo con las cambiantes necesidades de la industria implican el desarraigo de las familias, la ruptura de lazos sociales, y aún la muerte de comunidades enteras por migración de los trabajadores.

¹² Acerca de las discusiones sobre los problemas enfrentados por los socialdemócratas suecos en el intento de regular la oferta tanto de mano de obra como de capital privado por medio de políticas públicas, hasta ahora el más ambicioso ensayo por una economía capitalista, ver Goran Ohlin: "The Changing Role of Private Enterprise in Sweden" en Karl Cerny, ed.: *Scandinavia at the Polls*. Washington, D.C., American Enterprise Institute, 1977, pp. 249-265; Robert Heilbroner: "Swedish Promise", *New York Review of Books*, Dec. 4, 1980, pp. 33-36.

Pero un sistema amplio y consistente de control público sobre la inversión y la distribución del ingreso abre la posibilidad para la realización de la meta original del movimiento socialista, meta que ha sido abandonada y desnaturalizada en su historia: la reducción del tiempo de trabajo necesario. Resulta una ironía que, desde los años 30, la principal preocupación de la izquierda haya sido el pleno empleo. Lo que a mediados del siglo XIX se solía llamar "esclavitud salarial" se ha convertido en una condición que debe ser universal. La clase obrera ha recorrido un largo camino desde la búsqueda de la abolición de la relación salarial a las tentativas de asegurar que nadie quede excluido de ella. Como observara en 1906 Rosa Luxemburgo, los trabajadores se convirtieron en un obstáculo para la incorporación del cambio tecnológico que hubiera hecho posible su propia liberación. La defensa de plantas obsoletas e industrias ineficientes en nombre del mantenimiento del empleo ha sido una postura irresistible para la izquierda, con efectos perjudiciales inevitables para el bienestar económico. El mantenimiento del pleno empleo se ha convertido en una de las barreras principales a la inversión que mejoraría la productividad, incrementaría el producto, elevaría los salarios y/o reduciría la jornada de trabajo.

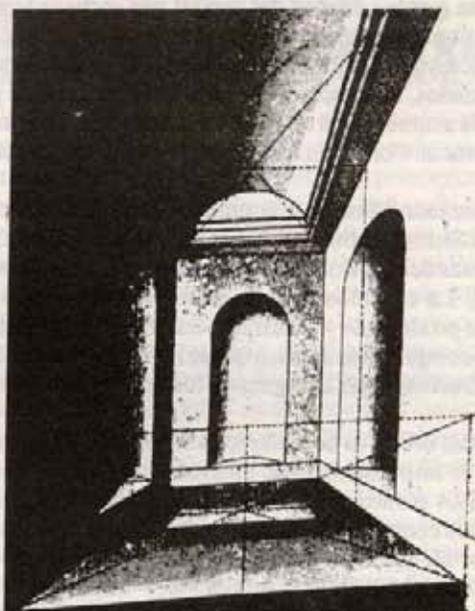
La prioridad que la izquierda ha dado a la cuestión de la creación de empleos es inevitable mientras alcanzar un nivel de vida decente siga dependiendo de lograr un empleo. Solamente cuando se garantice a todos un ingreso mínimo suficiente, el pleno empleo dejará de ser un objetivo necesario de la política económica. Un grado substancial de igualdad es, pues, una precondition para una política macroeconómica apoyada por la clase obrera, que permita la pérdida de empleos a cambio del aumento de la productividad, que no proteja las plantas e industrias tecnológicamente atrasadas, que aliente y no frene las innovaciones ahorradoras de mano de obra. Pero consideremos las recompensas. Con una tasa anual de crecimiento de la productividad de menos del 3 por ciento, el producto por trabajador se duplica en veinticinco años: en el término de una generación podríamos reducir el tiempo de trabajo a la mitad. No sabemos si la gente optaría por utilizar las mejoras de la productividad para aumentar el consumo o el tiempo libre. Pero una vez que el pleno empleo deje de ser un fetiche, una vez que se aseguren condiciones de vida decentes para todos, esa opción estará abierta.

En toda sociedad, algunas decisiones tienen impacto público mientras otras tienen un efecto limitado, privado. Y en todas las sociedades, algunas decisiones las toma el público mientras otras se adoptan en la esfera privada. Las decisiones de inversión —o sea, de desviar recursos que una sociedad puede dedicar al consumo para dedicarlos a reemplazar o aumentar los medios de producción— tienen un impacto que es a la vez general y de largo alcance, es decir, público. Pero la institución misma de propiedad privada implica que esas decisiones son una prerrogativa privada. El control sobre la inversión es la cuestión política central en el capitalismo, precisamente porque ninguna otra decisión privada tiene un impacto público tan profundo.

El programa de la derecha es dejar que el mercado determine el tipo y la cantidad de la inversión. Después de todo, el mercado es una institución que coordina las decisiones privadas y suma preferencias. Si el mercado no está distorsionado por monopolios, externalidades, etc., y los consumidores son soberanos, el mercado produce una agregación de decisiones privadas de un modo que responde a las preferencias de los individuos como consumidores. Las decisiones adoptadas por inversores que buscan la maximización de las ganancias responderá a las preferencias de los consumidores en relación

a la asignación de recursos. Pero las preferencias a que responde el mercado son ponderadas de acuerdo a la cantidad de recursos que controla cada individuo. La primera lección de la economía del bienestar es que un mercado "perfecto" contempla eficientemente las preferencias agregadas de los consumidores. Que éstas reflejan la distribución del ingreso y la riqueza es un corolario que con frecuencia se olvida.

Un sistema político democrático constituye otro mecanismo de agregación de preferencias individuales. Si la competencia política no está sujeta a coerción y los votantes son soberanos, las políticas del gobierno reflejarán las preferencias agregadas de los individuos en tanto ciudadanos. Pero como ciudadanos, los individuos tienen el mismo peso. Por lo tanto, el mismo conjunto de preferencias individuales, por bienes públicos o privados, normalmente producirá una demanda diferente en cuanto a asignación de los recursos cuando su agregación se produzca a través de las instituciones políticas y no a través del mercado.



Más aún, el mercado no garantiza que quienes tienen su consumo más restringido en el presente vayan a recibir los frutos de la inversión en el futuro. En toda sociedad, si se pretende continuar con la producción y aumentar el consumo, una parte del producto corriente debe ser sustraída del consumo. Lo que distingue al capitalismo es que la inversión se financia sobre todo a través de los beneficios, la parte del producto de que se priva a los trabajadores. De los beneficios depende la renovación y ampliación del stock de capital. Por lo tanto, en el capitalismo la presencia de los beneficios es una condición para la mejora de las condiciones materiales de cualquier grupo social. Pero no es suficiente. Los beneficios pueden atesorarse, consumirse, exportarse o invertirse mal. Aun cuando los capitalistas fueran abstemios, eficientes y prescientes, su relación de mercado con los trabajadores terminaría al completarse el ciclo de producción y pagarse los salarios, y no hay nada en la estructura del sistema capitalista de producción que pueda garantizar que los trabajadores sean quienes se beneficien del hecho de que una parte de la producción se les retiene en concepto de ganancia.

Por lo tanto, cualquier compromiso de clase debe contemplar al menos dos aspectos: el primero relacionado con la distribución del ingreso y el segundo, con la inversión. Si quienes no poseen capital están dispuestos a aceptar voluntariamente la propiedad privada de los medios de producción,

deben estar seguros de que sus condiciones materiales mejorarán en el futuro como resultado de la actual apropiación de beneficios por parte de los capitalistas. Hasta hace muy poco, este compromiso raramente se hacía explícito, en tanto es básicamente un compromiso institucional: los trabajadores aceptan la institución de la propiedad privada de los medios de producción y los propietarios de éstos aceptan las instituciones políticas a través de las cuales otros grupos pueden procesar efectivamente sus demandas. Hoy, como se está erosionando la confianza en este compromiso, los trabajadores exigen mayor explicitación. Como expresa un informe reciente preparado por la Confederación de Sindicatos Europeos: "Para aceptar el nivel de ganancias requerido por las inversiones y dar a las empresas una base financiera sólida, los trabajadores demandarán cada vez más el derecho de opinar en las decisiones sobre inversiones y una parte más equitativa del ingreso que ellos generan".¹³

Sin embargo, el momento actual es el primero desde los años 20 en que los dueños del capital han rechazado abiertamente un compromiso que implica la ingerencia pública sobre la inversión y la distribución del ingreso. Por primera vez en varias décadas, la derecha tiene un proyecto histórico propio: liberar a la acumulación de todas las trabas que le ha impuesto la democracia. Porque la burguesía nunca completó su revolución.

Justo cuando liberó a la acumulación de las restricciones del orden feudal, la burguesía fue obligada a someterla a las limitaciones del control popular ejercido a través del sufragio universal. La combinación de la propiedad privada de los medios de producción y el sufragio universal es un compromiso, y este compromiso implica que la lógica de la acumulación no es exclusivamente la lógica de los actores privados.

La actual ofensiva de la derecha no entraña solamente una cuestión de impuestos, gasto público, o aun distribución del ingreso. Los planes para reducir el impuesto a la ganancia, suprimir los controles ambientales, eliminar los programas de ayuda social, terminar con los controles gubernamentales sobre la seguridad de los productos y las condiciones de trabajo, y debilitar a los sindicatos significan mucho más que una reorientación de la política económica. Constituyen un proyecto de nueva sociedad, una revolución burguesa.

Por lo tanto, es necesario plantearse la siguiente pregunta: ¿qué tipo de sociedad sería ésta en la cual la acumulación estaría libre de cualquier forma de control político, libre de las restricciones de la distribución del ingreso, de consideraciones relativas al empleo, el medio ambiente, la salud de los trabajadores y la seguridad de los consumidores? Estas preguntas hipotéticas no tienen respuesta inmediata, pero especulemos sobre ellas.

Sería una sociedad compuesta por familias y empresas, relacionadas entre sí exclusivamente a través del mercado. Las relaciones sociales tendrían el mismo alcance que las relaciones de mercado y el rol de la autoridad política estaría reducido a la defensa del mercado de los intentos de cualquier grupo organizado de actores ajenos al mercado (o sea, cualquier grupo excepto las familias y las empresas) de alterar la racionalidad de las asignaciones mercantiles. Como las relaciones sociales y políticas estarían despolitizadas, las demandas de actores ajenos al mercado no serían escuchadas. La tensión entre acumulación y legitimación quedaría superada: la acumulación sería autolegitimante para quienes se benefi-

ciarían de ella y no se buscaría ninguna otra legitimidad. Como ya se dice: "El gobierno no le debe nada a nadie".

El ingreso familiar dependería solamente del valor de mercado del trabajo realizado. La reproducción de la fuerza de trabajo sería reprivatizada y se restablecería la división tradicional del trabajo en el seno de la familia —entre quienes trabajan fuera y quienes hacen las tareas del hogar. Las personas excluidas de la participación en las actividades remuneradas no tendrían garantía institucional de supervivencia. Podrían ser aisladas en "reservaciones", en zonas urbanas deterioradas o en regiones deprimidas, donde podrían ser olvidadas o ignoradas.

Los trabajadores quedarían desorganizados como clase. Si las negociaciones salariales se descentralizaran legalmente al nivel de empresa (como ocurre actualmente en Chile) y si continuara el proceso de internacionalización de la producción, se quebraría efectivamente el poder monopólico de los sindicatos. Los trabajadores serían controlados a través de una combinación de cooptación descentralizada por parte de algunas firmas, represión orientada contra el poder monopólico y, lo que es más importante aun, por la amenaza de desempleo.

Todos estos cambios representarían una reversión de tendencias que nos hemos acostumbrado a considerar irreversibles. El cuadro que pintamos arriba puede obtenerse fácilmente combinando las tendencias del capitalismo contemporáneo descritas por ejemplo por E.H. Carr o Jurgen Habermas, e invirtiéndolas.¹⁴ Las relaciones económicas quedarían despolitizadas. La planificación económica gubernamental sería abandonada. La legitimación quedaría en manos del mercado. El "látigo del mercado" se reinstauraría como mecanismo central de control político.

Una sociedad así ¿es viable? La experiencia chilena demuestra que es viable si está acompañada por una represión brutal, la destrucción de las instituciones democráticas, la liquidación de la política en todas sus formas. Por lo menos en Chile —coinciden la mayor parte de los observadores— una reestructuración semejante de la sociedad no hubiera sido posible en condiciones democráticas, sin la dictadura militar. Pero ¿es posible sin destruir la democracia formal, sin "chilenizar" las democracias capitalistas?

Allí donde la participación tradicional ha sido alta, donde los partidos obreros cuentan con apoyo electoral, y donde el acceso al sistema electoral es relativamente abierto —en la mayor parte de los países occidentales— el proyecto de la derecha parece condenado al fracaso en condiciones democráticas. Pero en los Estados Unidos, donde alrededor del 40 por ciento de los adultos nunca vota, donde los partidos de notables tienen un control duopolístico del sistema electoral, y donde las barreras de entrada son prohibitivas, se debe ser menos optimista en cuanto a las perspectivas. Porque suponemos que el proyecto sea económicamente exitoso, aunque sea por razones fortuitas, y beneficioso para una parte considerable del electorado, que la derecha capture a ambos partidos, y que la ofensiva goce del apoyo de los medios masivos... En ese caso, la perspectiva aquí planteada no resulta del todo improbable.

¹³ Gunter Kopke: *Keynes Plus: A Participatory Economy*. Bruselas, European Trade Union Institute, 1979, p. iv.

¹⁴ Edward H. Carr: *The New Society*. Londres, Oxford University Press, 1961. Jurgen Habermas: *Legitimation Crisis*. Boston, Beacon Press, 1975.

La obra de Waisman invierte el recorrido analítico que tanto Havens como McClintock llevan a cabo —al desentrañar el futuro mediante la interpretación de los signos del presente— y cumple una lectura de eventos históricos estructurada sociológicamente y concentrando con preferencia su atención en la década de 1940. Cuando el autor, hacia el final del libro, se aparta de esa línea de trabajo y realiza avances en el análisis de procesos políticos más cercanos en el tiempo, su argumentación se hace más débil y menos convincente.

La estructura expositiva se apoya en tres núcleos principales. El primero, en el que las clasificaciones clásicas de sociedades (Smith, Tocqueville, Marx, Engels, Turner) se aplican al análisis de la trayectoria económica de la Argentina. El segundo núcleo, elabora y discute hipótesis (culturales, económicas, sociales) destinadas a destacar su limitado poder explicativo respecto del punto de inflexión que hace girar a la Argentina desde la condición de "nueva nación" a la de sociedad subdesarrollada. Finalmente, el tercer núcleo concentra su atención en la dimensión cognitiva de las estrategias de las elites y su contenido: la percepción exacerbada de un peligro revolucionario inexistente. Esta amenaza se intenta conjurar mediante políticas de industrialización y de inclusión corporativa de la clase obrera, a través de un Estado autonomizado.

Así, las políticas de industrialización autárquica de un lado y la formación de un aparato estatal corporativo de otro lado, son entendidas como instrumentos de modificación de los patrones de evolución que habían distinguido a la Argentina hasta los años treinta. El sentido de esta modificación es el que se invoca en el título de la obra como una regresión en el patrón de evolución y más precisamente como un cambio en el sendero de desarrollo seguido.

La idea de regresión involucra tanto el estancamiento o débil crecimiento promedio de la economía desde los años cuarenta en adelante, como la paralización en el desarrollo institucional orientado a construir un régimen liberal-democrático. Para sostener este enfoque, Waisman elabora una hipótesis contrafáctica que consiste en presuponer que los rasgos socio-económicos principales observados en el sendero vigente hasta la década del treinta, extrapolados, hubieran sido cualitativamente superiores a los que surgen del nuevo sendero seguido desde los años cuarenta en adelante.

En apoyo de esta hipótesis, Waisman establece, en lo que es una de las secciones más atractivas de la obra, un marco

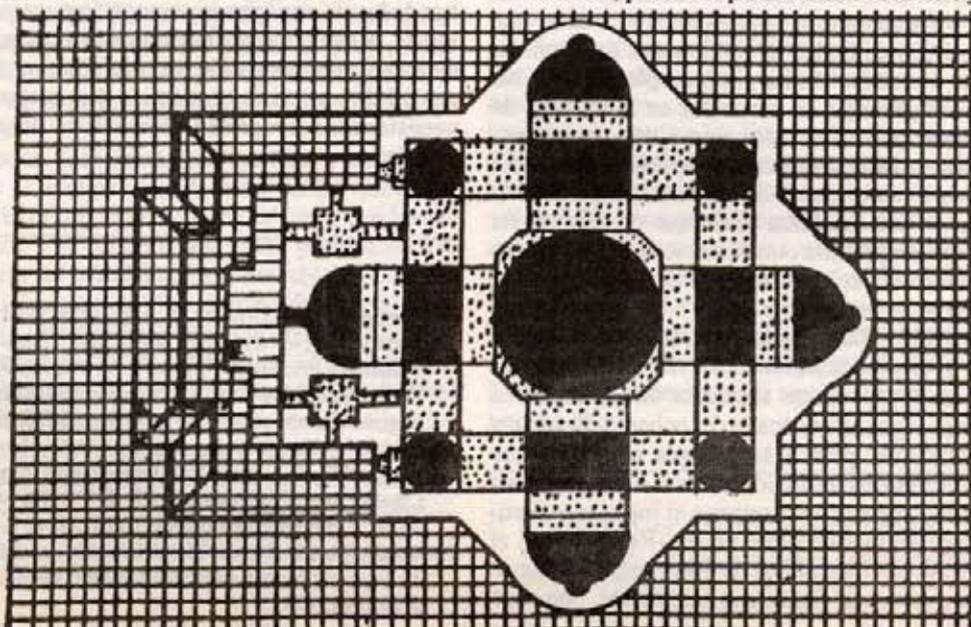
histórico comparativo en el cual localiza la evolución del caso argentino. Utilizando indicadores de actividad económica como niveles de producción y productividad en la agricultura y en la industria e indicadores "sociales" como tenencia de la tierra, nivel de vida y educación superior, el autor traza la forma curvilínea de la evolución argentina y su desplazamiento paulatino desde una proximidad que estadísticamente la emparentaba, en las primeras décadas del siglo, con otras "naciones nuevas" como Estados Unidos y Canadá, a otra que conlleva su latinoamericanización.

El esquema comparativo es eficiente en brindar la imagen de un tránsito quebrado, pero insuficiente para suponer que países como Italia, España o incluso los Estados Unidos en los años setenta, son espejos en los cuales nunca alcanzó a mirarse la Argentina. Continuar un curso convergente, o al menos, paralelo al de aquellas naciones, involucraba muy especialmente la adopción de un cierto tipo de políticas. ¿Cuál era su capacidad relativa de responder a este desafío? Es conveniente recordar que a comienzos de los años treinta, bajo el impulso del New Deal, el Estado norteamericano inicia una política de intervención activa muy vasta y compleja hacia su agricultura, que tenía el propósito de introducir reformas económicas, y en menor medida sociales, como respuesta a la crisis internacional⁴. Con este patrón de comparación, las políticas agrarias argentinas diseñadas e implementadas en el mismo período quedan reducidas a una escala trivial.

Algo similar ocurre con los enfoques industrializadores. El lector puede percibir un tono de insuficiencia en las medidas alternativas que agitaban las elites económicas hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, frente a las políticas gubernamentales. Waisman describe estas competitivas propuestas relacionadas con los alcances del fomento industrial, en la etapa previa al ascenso del peronismo al gobierno. Allí, el rol jugado por el Consejo Nacional de Posguerra, establecido en 1944, e importante promotor de la autarquía industrial, del pleno empleo y de la promoción exclusiva del mercado interno no parece haber tenido un contrapeso institucional de importancia equivalente, en la expresión de una orientación industrializadora divergente con la anterior.

Tal como asevera Waisman, la imposición última de un

4 Véase "The American Farmer and the New Deal", de Theodore Saloutos, publicado por Iowa State University Press, 1982.



"proteccionismo radical" dedicado a la sustitución de importaciones, involucraba una masiva y equivocada asignación de capital y trabajo. La modestia relativa de su performance económica⁵, confirma la incongruencia original de la orientación gubernamental de la época, que es explicada por Waisman como producto de la creciente autonomía ganada por el Estado desde los años de la crisis de 1929, en adelante.

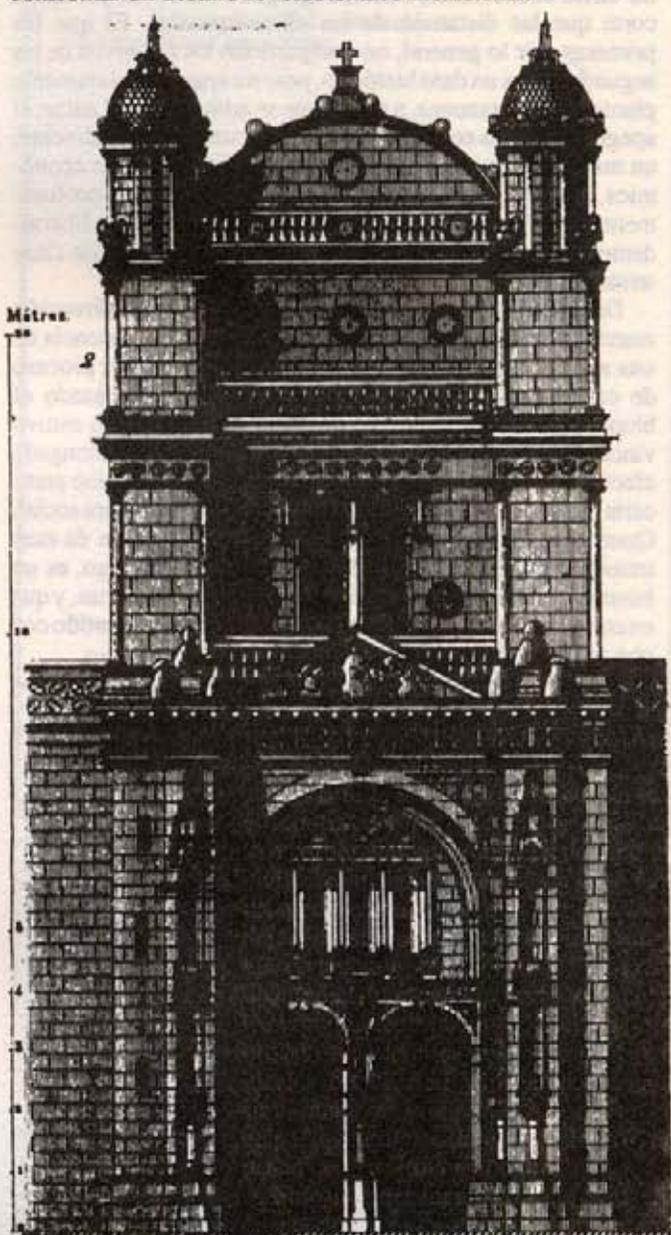
Si bien el tema de la autonomización estatal ha estado presente, de diversas maneras, en interpretaciones sobre el surgimiento del peronismo, menor atención ha recibido el contenido de las políticas adoptadas en ese período. Este enfoque problematiza considerablemente el análisis del proceso de toma de decisiones, desplegando las opciones abiertas y contrastando las políticas que son función de intereses establecidos (burguesía industrial, Ejército, Iglesia), con aquellas otras que se formulan, esencialmente, a partir de específicos marcos cognitivos. Esta distinción le permite a Waisman marcar lo que él llama la "primacía de lo político" en el proceso que conduce a la institucionalización de las orientaciones de industrialización altamente protegida y la inclusión corporativa de las clases trabajadoras.

La formulación de estas políticas y su aceptación por parte de las elites vinculadas al Estado o a cargo de la gestión estatal, se veía facilitada por una cultura política construida sobre la base del temor a la "amenaza comunista" y a su diferenciación respecto de las concepciones prevalecientes entre las clases altas. Al decir irónico del autor:

"Del lado de Perón y sus partidarios, ... , este comportamiento de las clases altas aparecía como falsa conciencia. Los políticos, clérigos, intelectuales y militares antiliberales, no vinculados directamente a los medios de producción estaban en una posición de tomar aquello que entendían era la visión de largo plazo y analizar el futuro a la luz del pasado. Dado que su juicio estaba menos oscurecido por intereses económicos, ellos podían recordar la rebeldía y la anarquía (de la clase obrera) y predecir un cataclismo para el período de posguerra, a menos que las clases altas recuperaran su conciencia de clase y tal como aconsejaba Perón entregaran un 30 por ciento a tiempo antes que perder todo posteriormente" (página 229, traducción propia, I. L1.).

Al influjo de esta percepción, el peronismo ocupa y gestiona el Estado invocando la necesidad de salvar a las clases dominantes de sí mismas. La importancia de este argumento como recurso explicativo, tiene que ver con la admisión que hace Waisman de la influencia sobre su análisis, de las ideas de Skocpol⁶. Esta influencia se expresa en al menos dos sentidos. Uno de ellos es el de la conflictiva relación que se abre entre el aparato estatal y las clases dominantes cuando el primero se erige en una institución separada. La sustentación ideológica de esta separación está, en parte, contenida en la cita transcrita más arriba. La segunda línea de influencia se advierte en el nexo que establece Waisman entre lo que él denomina una mayor aproximación a una "genuina situación

revolucionaria" en los años setenta y el fracaso de las tareas propuestas por el Estado a partir de los años cuarenta, para confrontar un desafío revolucionario inexistente.



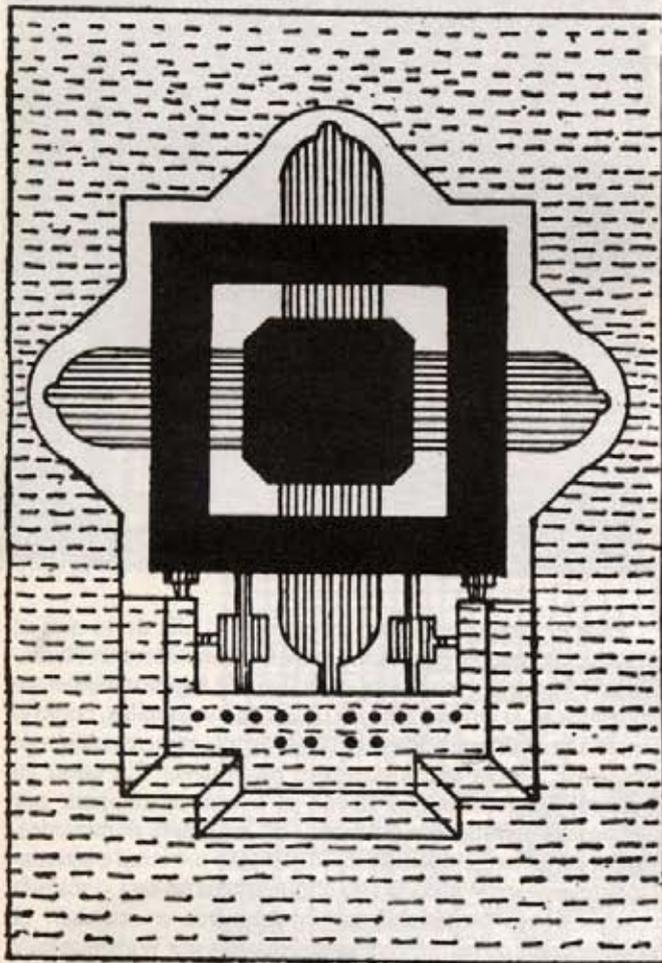
Pero el autor va incluso un poco más allá de lo que se permite el esquema estructural y declaradamente antivoluntarista de Skocpol e incorpora el análisis de algunos elementos presentes en la cultura política de las elites estatales, como el temor a la desintegración de la Nación y la rememoración de una clase obrera peligrosamente movilizada. En tanto en Skocpol las fuerzas que llevan al Estado a competir por recursos económicos y políticos con las clases dominantes, deriva de las exigencias que se le plantean nacional e internacionalmente, en Waisman esta competencia no está vinculada con presiones estructurales. Sin detenerse a examinar la contendencia de las referencias propuestas por Waisman para demostrar el curso histórico que siguen un conjunto de ideas hasta cristalizar bajo la forma de una cultura política asumida por las elites estatales, parece evidente que elementos constitutivos de esta cultura como la "mentalidad de sitio y amenaza" fueron decisivos a la hora de definir los contenidos de las orientaciones estatales.

5 El crecimiento promedio anual de la economía argentina entre 1941/43 y 1953/55 fue del 2,9%, tasa considerablemente inferior al 6,3% obtenido entre 1900/04 y 1910/14. Véase "Ensayos sobre historia económica argentina", de C. F. Díaz Alejandro, publicado por Amorrortu editores, Buenos Aires, 1983, páginas 20 y 78.

6 Theda Skocpol realiza una exposición teórica e histórica en relación con ese tema en "Los Estados y las Revoluciones Sociales", publicado por Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

Por su importancia en el desarrollo argumental del libro, un tratamiento separado de los procesos de formación cultural en las elites económicas, hubiera agregado nitidez al profundo corte que las distanció de las elites estatales. El que las primeras, por lo general, no compartirían los objetivos de las segundas es ya un dato histórico, pero no aparecen claramente planteadas sus razones, a no ser que se admita, con el autor, el apego a intereses económicos transparentes. Adicionalmente, un mayor tratamiento de la cultura política de la elite económica, en particular sus sectores agrarios, iluminaría profusamente aquella original convivencia entre un régimen liberal-democrático en expansión (1880-1930) y una poderosa clase terrateniente.⁷

Del conjunto de la obra se desprende, y en esa dirección marcha el énfasis de Waisman en el epílogo, la existencia de una serie de importantes obstáculos a remover en el proceso de consolidación democrática. Así como en el pasado el bloqueamiento al desarrollo de este tipo de régimen estuvo vinculado a la adopción de políticas de profundo y prolongado efecto, el actual proceso de arraigamiento democrático parecería estar asociado a la transformación de la estructura social. Quedan como incógnitas la radicalidad y dirección de esas transformaciones. La obra de Waisman, sin embargo, es un buen recordatorio de que siempre hay opciones abiertas, y que en consecuencia también se pone en juego el buen sentido con que cuenta toda sociedad.



7 Esta convivencia es particularmente llamativa si se tienen presentes las actitudes anti-democráticas que le son atribuidas a las clases terratenientes y que con frecuencia la sociología toma como rasgo inherente a su condición social. Véase Barrington Moore, "Los Orígenes Sociales de la Democracia y la Dictadura", publicado por Editorial Península, Barcelona.



ENERO-FEBRERO 1989 N° 99

Director: Alberto Koschuetzke

Jefe de Redacción: Camilo Taufic

COYUNTURA: José Miguel Insulza: EEUU: ¿Qué esperar de Bush en América Latina?; Roberto Bardini: Centroamérica: otro año de esperanzas frustradas. Heinz R. Sonntag: Venezuela: la vuelta de Carlos Andrés Pérez.

ANÁLISIS: Andrés Serbin: El mito de la retirada europea del Caribe no-hispánico; María Eugenia Hirmas: La campaña electoral en la era de la TV; Julio Sevares: Volga, volga... Huelga, huelga. Nueva realidad sindical en la URSS; Alejandro Indacochea: Entre la usura y la asfixia. El financiamiento de la economía informal; Francisco López Segre: El diferendo Cuba-EEUU. Una visión desde La Habana.

POSICIONES: CIDOC/IOCU: La lista de la muerte (remedios/productos químicos). Alvaro Tirado Mejía: Derechos Humanos en Colombia; avances y amenazas.

TEMA CENTRAL: Hugo E. Biagini: La identidad, un viejo problema visto desde el Nuevo Mundo. Patricia Bifani: Lo propio y lo ajeno en interrelación palpitante. Jorge E. Luis Gibert: La especificidad cultural latinoamericana. Enrique Ali González: Caracas: un caso de aculturación urbana. Mauricio Langon: ¿Qué tenemos que ver unos con otros? Hacia una identificación latinoamericana. Daniel Eduardo Matul Morales: Estamos vivos; reafirmación de la cultura maya. María Cristina Salazar: La explotación empieza cuando usted nace. El trabajo infantil en América Latina. Víctor Hugo Torres: Quito: la ciudad como herencia cultural.

SUSCRIPCIONES ANUAL BIENAL
(Incluido flete (6 núms.) (12 núms.)
aéreo)

América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del Mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 300	Bs. 500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

Revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección: Antonio Cornejo Polar

Av. Benavides 3074, Urbanización La Castellana, Tel.
456353 - Lima - 18 Perú.

HUMBERTO

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh
MD 20878 USA

Tarifas de suscripción

Bibliotecas e instituciones US\$ 21
Suscripciones individuales US\$ 30 Patrocinadores US\$ 30
(Excepción Año I Nos. 1, 2 y 3 US\$ 25.)

Revista Iberoamericana

Órgano del Instituto Internacional
de Literatura Iberoamericana

DIRECTOR-EDITOR: Alfredo A. Roggiano
SECRETARIO-TESORERO: Keith McDuffie
DIRECCION: 1312 C.I. Universidad de Pittsburgh,
Pittsburgh, PA 15260, U.S.A.

SUSCRIPCION ANUAL (1989)

Miembros en Latinoamérica:	US\$ 25.00*
Instituciones en Latinoamérica:	US\$ 30.00
Suscriptor regular:	US\$ 40.00
Miembro regular:	US\$ 45.00*
Instituciones:	US\$ 60.00
Socio Protector:	US\$ 70.00**
Instituciones Protectoras:	US\$ 70.00**

SUSCRIPCIONES Y VENTAS:

Erika Arredondo

CANJE:

Lillian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

CECICO

Cooperativa de Enseñanza y
Producción de Cine y Video

Taller
Escuela
Video



para
que

el hombre no solo sea un prototipo
de consumo de una era electrónica que
no le pertenece, sino que se incorpore a esta
para aprehender aquello
que forma parte de su entorno cotidiano.

HUMBERTO P 832 pb I. Tel. 247555

LA CIUDAD FUTURA

revista de cultura socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero
y Jorge Tula.

PROXIMO NUMERO

* Balance de la transición

* La Revolución Francesa

Bartolomé Mitre 2094, 1er piso

Buenos Aires

S U M A R I O

Pluralismo y nación , por Hilda Sabato	2
Borges y la literatura argentina , por Beatriz Sarlo	6
Bioy, Borges y Sur, diálogos y duelos , por María Teresa Gramuglio	11
Heidegger y el fascismo , por Osvaldo Guariglia	17
Estructuralismo y después , por Adolfo Prieto	22
Crítica argentina 1988: esos raros objetos nuevos , por Graciela Speranza y Aníbal Jarkowski	26
Narrar la historia , por Raúl Beceyro	30
Roudinesco, el psicoanálisis y la historia , por Hugo Vezzetti	32
El capitalismo democrático en la encrucijada , por Adam Przeworski y Michael Wallerstein	36
Vías de desarrollo y consolidación democrática , por Ianacio Llovet	45

